

LAS CANARIAS EN LA OBRA DE LOPE DE VEGA

P O R

SEBASTIAN DE LA NUEZ CABALLERO

Catedrático de Literatura.

El poderoso aliento poético de Lope y su ansia por testimoniar la realidad de la España de su tiempo le llevaron a tratar temas tan inesperados como el de la visita de un fraile lego a unas islas recién descubiertas, o a cantar la heroica defensa de una ciudad canaria frente a un famoso pirata, y, por fin, también, a dramatizar la conquista de una de las islas más bravías del Archipiélago Atlántico.

Trataremos pues, en este ensayo, de penetrar en esa viva realidad, realidad sentida, aunque parezca paradójica, a través de la imaginación desbordada y poética de Lope. Estudiaremos los motivos y las fuentes donde buscó y encontró esos temas canarios y atlánticos; y, finalmente, intentaremos despejar ciertas incógnitas que siempre interesan a los apasionados de la obra y la vida del Fénix. Por ejemplo, ¿se sabe cómo Lope estableció contacto con la realidad canaria?, ¿o de qué fuentes dispuso para llegar a ella?; ¿qué cosas conoció y qué adivinó su genio poético en el período de integración de Canarias a la patria común?; ¿cómo vio el mundo nuevo y fascinante que se abría a las puertas del océano, y cómo lo presentó y lo plasmó en su obra?

Afortunadamente, importantes trabajos de investigación, e incluso de interpretación poética, como los de Lorenzo-Cáceres y

los de María Rosa Alonso, por citar sólo los más modernos, facilitan mi labor y dan solidez a mi trabajo. Procedamos, pues, con la ayuda de tan buenos concedores de nuestras cosas, y siguiendo, sobre todo, las fuentes vivas de las obras de Lope que de algún modo tocan autores, temas y hechos relacionados con Canarias.

I

INTRODUCCION BIO-BIBLIOGRAFICA

A través de las diversas obras de Lope —comedias o poemas— se puede ir jalonando una serie de contactos del gran dramaturgo con la temática y la historia canaria. A primera vista es lógico distinguir las relaciones humanas de las puramente literarias.

De la primera parte hay muy poco que decir, pues todo se reduce a una hipótesis sobre el conocimiento de Lope y Antonio de Viana o con algunos amigos que pudieron tratar a personas que estaban en contacto con las Islas. No obstante la falta de datos, podemos aventurar ciertas conclusiones sobre los momentos en que el poeta estuvo más propicio para el conocimiento de las cosas y los temas canarios. Hay una primera etapa, situada entre 1588 y 1600, período en el que se encuentran las obras que tienen referencias circunstanciales a Canarias: el episodio de *San Diego de Alcalá* en Fuerteventura (1588) y el del ataque de Drake a Gran Canaria en la *Dragontea* (1598). En esta primera etapa, los conocimientos de Lope pueden ser de diversa índole, porque además de las fuentes hagiográficas para componer la obra sobre San Diego, podía haber tenido algunas referencias a las costumbres y a la naturaleza de aquellos salvajes, en la época en que se sitúa la obra, aún no convertidos. En lo que se refiere a las aventuras de Drake, se sabe que conoció alguna copia testifical de una relación de los acontecimientos ocurridos en Canarias o que pudo conocer algún relato de oídas, a tan corta distancia de los hechos ocurridos en 1595. Pero de todo ello trataremos con más detenimiento cuando nos toque hablar de las fuentes directas o literarias que Lope tomó para componer los pasajes canarios de estas obras.

La segunda etapa canaria de Lope puede estar situada entre la fecha de su primera estancia en Sevilla (dudosamente en 1600 y seguro en 1602) y la composición de su comedia *Los guanches de Tenerife* (entre 1604 y 1609), toda ella dedicada a la epopeya hispano-canaria. A mi juicio, las relaciones Sevilla-Lope y Canarias-Lope están estrechamente condicionadas.

Aunque algunos historiadores, como Rodríguez Moure, opinan que Lope pudo conocer a Viana en Valladolid o en Madrid, en alguna academia literaria, cuando éste andaba persiguiendo a la Corte para obtener las licencias de la edición de su *Poema sobre las Antigüedades Canarias*, me parece más lógico creer, con María Rosa Alonso, que lo conoció en Sevilla, y precisamente en la casa de D. Juan de Arguijo, que tanta amistad y protección dispensó al Fénix.

En el referido año de 1602 se sabe que Lope estuvo en Sevilla en compañía de Micaela de Luján (Camila Lucinda), viviendo en casa del célebre Mateo Alemán, y que asistía a las tertulias literarias del poeta y mecenas D. Juan de Arguijo. Por esta época ya le había dedicado una estrofa en la *Dragontea*, situándolo entre los insignes varones que merecen ser cantados en la España de su tiempo:

Las letras, la bondad, la cortesía,
de aquel don Juan de Arguijo sevillano,
en que se ve por gracia y gallardía
la imagen de un perfecto cortesano.
De aquel varón insigne que podía
llamar el mundo Macedón cristiano,
donde tantas virtudes resplandecen,
que eternos versos y laurel merecen.

(Canto VIII, estrofa 593) ¹.

Pero también le dedica la segunda parte de sus *Rimas*, editadas en

¹ La primera edición fue en Valencia, 1598, y la segunda en Madrid, 1602, seguramente bajo la protección de Arguijo. Nosotros citamos por la edición del Museo Naval, Madrid, 1935.

Sevilla en 1604, bajo el mecenazgo de Arguijo, a quien le dirige los laudatorios y obligados versos siguientes:

A vos, famoso hijo
de las musas, que sólo
a vos de polo a polo
para su cetro elijo;
a vos, asilo sacro,
soberano de Apolo simulacro.

A vos, Mecenas claro,
dulce, divino Orfeo,
clarísimo museo,
de los ingenios faro;
porque a vos dirigidas
más que sus versos
tendrás vidas

Después, Lope hizo un corto viaje a Granada, en el mismo año de 1602, acompañando siempre a la célebre cómica. Luego volvió a Sevilla, donde contrajo una grave enfermedad, en la que fue atendido por la poetisa Angela Vernegali. Se sabe que volvió a la ciudad del Betis el año siguiente, ahora para ayudar a su amante Micaela de Luján, que había enviudado y estaba cargada de hijos. Al parecer estuvo en la hermosa ciudad hasta la primavera de 1604. Por esta época edita *El Peregrino en su Patria*, bajo la protección del mismo ilustre caballero y poeta, al que también dedica esta obra, o miscelánea de obras, puesto que no sólo contiene una novela de aventuras, sino también poesías y dramas.

Claro que aquí no terminan las relaciones de Lope con Sevilla o las referencias que de ella hace en sus obras, aunque sí, probablemente, los viajes que pone a esta ciudad. Todavía le dedicaría una comedia, *La Buena Guarda*², a D. Juan, en cuyo prólogo resume todo lo que hasta el momento le debe: "A la sombra de su valor tuvo vida mi *Angélica*, resucitó mi *Dragontex* y se leyeron mis *Rimas*; y si vuesamerced, por modestia, no me hubiera mandado que no pasara adelante en esta resolución tan justa, mi *Jerusalén* tuviera el mismo dueño". Como se ve, es el mismo poeta quien nos

² Fue escrita en Madrid, 1610, editada en 1621, y modernamente en la BAE, tomo XLI

ayuda a confirmar las veces que el de Arguijo aparece citado en sus obras. A propósito de estas relaciones de Lope con esta ilustre casa sevillana, Lorenzo-Cáceres, además de citar el ejemplo de *La Buena Guarda*, en su documentado trabajo sobre *Las Canarias en el teatro de Lope*³ recoge también la curiosa referencia que hace Antonio de Viana a la familia de los Arguijo, a los que el poeta canario cita entre los pobladores de Tenerife, pero nombrando no a D. Juan, sino a D. García. Narrando, en su obra, la subida de los conquistadores al valle donde se asentaría La Laguna, dice que en un repecho

donde después fundaron una ermita,
a la sagrada encarnación de Cristo,
que la virgen de Gracia se intitula,
de que es patrón el noble caballero
Don García de Arguijo, Veinticuatro
de la famosa y gran ciudad Sevilla.

(VIANA, Canto V, fol. 127)⁴.

En esta breve cita se notan dos cosas: primero, el forzado pie para señalar la participación en la conquista de Canarias a un antecesor de D. Juan de Arguijo, indicando de paso su vinculación a un lugar de Tenerife⁵, y segundo, la admiración por la gran ciudad del Betis. Estos dos factores son, con gran probabilidad, los lazos que unen al vate canario con el más famoso poeta de su tiempo: los Arguijo y Sevilla. Todos sus biógrafos, desde Fernando de la Guerra y Viera hasta Rodríguez Moure y María Rosa Alonso, opinan que el joven lagunero Antonio Hernández de Viana, descendiente de uno de los

³ Vid Rev. "El Museo Canario", Las Palmas, mayo-agosto 1935, núm. 6.

⁴ Las referencias al *Poema* las haremos por la edición de 1854, que es la que hemos podido consultar. Su título completo es: "*Antigüedades de las Islas Afortunadas de la Gran Canaria, conquista de Tenerife, y aparición de la santa imagen de Candelaria*"; en verso suelto y octava rima, por el bachiller Antonio de Viana, natural de la isla de Tenerife; dirigido al capitán don Juan Guerra y Ayala, señor del mayorazgo de Valle Guerra". Impreso en Sevilla en 1604, y reimpreso en Santa Cruz de Tenerife, en la "Imprenta Isleña", 1854.

⁵ Lugar que luego se haría célebre, en los anales canarios, por el poema de Nicolás Estébanez dedicado a Canarias y al almendro de Gracia, comentado por Unamuno (véase mi obra en prensa: *Unamuno y Canarias*).

soldados conquistadores, y, con gran probabilidad, de parentesco guanche, fue a Sevilla —protegido por D. Juan de la Guerra— a estudiar medicina hacia fines de 1599 o principios de 1600. Allí, entre viaje y viaje a Canarias, y quitándole tiempo a sus estudios, acabaría su famoso poema sobre las *Antigüedades de las Islas Afortunadas*, acaso comenzado ya en su tierra natal. Su carrera debió durar hasta 1605 aproximadamente, fecha en que se graduó de licenciado en medicina, y en la que aparece en La Laguna, aunque era bachiller en 1602. En este año debía tener terminado su Poema, pues en la primera edición de Sevilla, 1604⁶, dice que le fue otorgada la aprobación por el licenciado Francisco de la Cueva y Silva, en Medina del Campo, el 3 de septiembre de 1602.

Todas estas actividades estudiantiles, literarias y editoriales de Antonio de Viana en Sevilla coinciden, curiosamente, con las fechas que hemos señalado para las estancias de Lope en aquella famosa ciudad. A pesar de la diferencia de edad entre los dos poetas, pues el Fénix le llevaba a Viana dieciséis años, ambos debieron **fraternizar**. Incluso podemos imaginarnos al joven poeta canario recitando algunas tiradas de versos de su brioso poema en la tertulia de la casa de Arguijo. El célebre dramaturgo —ya en la cumbre de su fama— le oiría un poco sorprendido, y un tanto admirado, los épicos versos y el original tema de que trataban; que tan de su gusto eran ahora, pues no en vano había pretendido componer, hacía poco tiempo, el poema épico de su tiempo con la *Dragontea*, y estaba en vías de componer otro, aún de más aliento, *La Jerusalén*, ambos, como hemos visto, vinculados a los Arguijos.

Bien se reflejan estos sentimientos en el conocido soneto que aparece entre las composiciones laudatorias que ilustran el Poema, dedicado, por Lope, al bachiller Antonio de Viana. Lo vamos a reproducir aquí, una vez más, para tratar de analizar lo que Lope sentía frente al poeta canario y de confirmar lo que nos dice Valbuena Prat, sin probarlo, de que ese “soneto elogio” es, “con los

⁶ Andrés de Lorenzo-Cáceres dice, en el citado ensayo, que poseía un ejemplar de la primera edición, y María Rosa Alonso cita la papeleta de Gallardo, *Ensayo*, t. IV. Madrid, 1899.

sonetos de Unamuno, una de las más acertadas interpretaciones poéticas de las Islas por un peninsular”⁷:

1. Por más que el viento entre las ondas graves
montes levante y con las velas rife,
vuela por alta mar, isleño esquife,
a competencia de las grandes naves.
5. Canta con versos dulces y suaves
la historia de Canaria y Tenerife,
que en ciegos laberintos de Pacife,
da el cielo a la virtud fáciles llaves.
Si en tiernos años, atrevido, al Polo
- 10 miras del Sol los rayos orientales,
en otra edad serás su Atlante sólo.
Islas del Océano: de corales
ceñid su frente, en tanto que de Apolo
crece, a las verdes hojas inmortales.

A nuestro juicio, la estructura interna o temática del soneto puede resumirse en tres conceptos:

a) Sobre la misma naturaleza y género de la obra. Ya sea la mejor imitación de la *Araucana*, como quiere Menéndez Pelayo, ya sea, en escala menor, una especie de *Os Lusíadas* canaria, como quiere Valbuena, el Poema de Viana pertenece a la épica y osa compararse con las mejores obras del género, según nos muestra la afortunada imagen lopesca en la que aparece el “... isleño esquife / a competencia de las grandes naves” (verso 4). Al mismo tiempo señala Lope las dificultades inherentes al género épico, con las que él mismo tanto luchó, y las que veía sortear ahora, casi siempre airoosamente, al joven poeta canario:

que en ciegos laberintos de Pacife,
da el cielo a la virtud fáciles llaves.

(Versos 7-8).

Imagen cultista en la que alude al famoso laberinto del minotauro de Creta, a través de su madre Pacifae, donde sólo los héroes, como Teseo o Viana, podrían salir airoso, gracias a su virtud y la ayuda del cielo.

⁷ Vid. *Historia de la Poesía Canaria*, ed. Facultad de Filosofía y Letras, Barcelona, 1937, t. I, pág. 16.

b) Sobre las circunstancias biográficas del poeta que, en tan extrema juventud, fuera capaz de construir un poema épico, que para Lope era el polo de toda poesía artística. No en vano se necesitaba, no sólo técnica e inspiración, sino un gran dominio del tema, hasta el punto de que el mismo Lope no acometió el cultivo del género hasta su plena madurez. Por esto se explica que diga con admiración y con tono profético:

Si en tiernos años, atrevido, al Polo
miras del Sol los rayos orientales,
en otra edad serás su Atlante sólo.

(Versos 9-10-11).

Lógico era pensar —con Lope— que el que en tan temprana edad compusiera un poema en dieciséis cantos, pudiendo mirar, por ello, serenamente los rayos orientales o sean los del naciente sol, en la edad madura podría sostener, sobre sus espaldas, como Atlante, todo un mundo de poesía. Pero esta profecía no se cumpliría, pues la ciencia triunfó, esta vez, sobre las letras, y el joven médico que, según sus biógrafos, ejerció su profesión en La Laguna, Las Palmas y Sevilla, y, al parecer de su mejor estudiosa, María Rosa Alonso, llegó a componer, no un gran poema atlántico, sino un tratado de medicina, célebre en su época, intitulado *Espejo de Chirugía* (1631) ^s.

c) Y finalmente podemos señalar la temática propiamente canaria, diluída por todo el ámbito del soneto. Más que algo concreto que nos indique, en Lope, el conocimiento de lo esencialmente isleño, hay una adivinación de las Islas, que puede simbolizarse en esa imagen del esquife, pequeño como estas nuevas partes del imperio, situadas en la alta mar, en competencia con otros territorios que necesitaron empresas mayores. Pero también puede estar esa adivinación en los versos “dulces y suaves”, tan propios para cantar la historia de Canaria y Tenerife, ya que en ellas se situaron los antiguos Campos Elíseos . Y también puede sentirse esa simpatía en el símbolo de ese Atlante futuro, que se imagina Lope que podrá llegar a ser Viana, componiendo el gran

^s Vid. *Datos biográficos de A. de Viana*, en los apéndices de su magnífico estudio del *Poema de Viana*, ed. C. S. I. C., Madrid, 1952, pág. 465 y ss.

poema sobre el que yacen las atlánticas islas. Pero esto estaba reservado, para tres siglos más tarde, a otro gran poeta isleño, con su obra de amplias resonancias oceánicas y grandes evocaciones míticas, *Las Rosas de Hércules*.

Otra referencia de Lope de Vega a un poeta canario, coetáneo y más viejo que él, es la que hace a Bartolomé Cairasco de Figueroa (1538-1610), autor de *El Templo Militante*, célebre por su inmenso calendario de vidas de santos escrito en versos esdrújulos, y publicada su primera parte, en 1603, en Valladolid. He aquí los versos que le dedica Lope en *El Laurel de Apolo*⁹:

Mas viendo que salía
de los confines de la noche el día,
en un yerto peñasco,
sobre la mar pendiente,
los pies en el agua y en el sol la frente,
alborotó las musas de Cairasco,
que esdrujular el mundo
amenazaron con rigor profundo.

(Versos 54-61, silva II)

¿Hay en esa alegoría del poeta, visto “sobre la mar pendiente”, una alusión a su condición de canario perdido en unas islas y empeñado en “esdrujular al mundo”? No lo sabemos, pero desde luego no se refiere para nada a sus poéticas santorales, y estas imágenes recuerdan un poco a las empleadas por Lope en el soneto de Viana.

Aparte de estos contactos con obras y autores canarios, Lope de Vega, en sus diversas estancias en Sevilla —centro del tráfico comercial y humano de España y su imperio—, debió tener vivencias directas de las cosas canarias, aun tan siquiera por el mismo alentar de la vida en la ciudad. Hacía muy poco tiempo que los esclavos canarios o sus descendientes se vendían en las plazas públicas o se reclamaba contra los fugitivos por medio de pregones callejeros. Y con seguridad la gente hablaba aún de los indígenas canarios que vinieron con el “guaire” de Telde a establecerse en la Puerta de Mihojar de Sevilla, como cuenta Bernáldez en su *Historia*

⁹ Se publicó en 1638. Aquí copiamos de la ed. de la BAE, t. XXXVIII

de los Reyes Católicos, aparte de otros muchos que se establecieron en Niebla, Jerez o la misma Sevilla, de lo que hay testimonios fehacientes, como nos prueba Morales Padrón¹⁰. Y a más abundamiento, el comercio canario-peninsular se hacía regularmente por los puertos de las Muelas o de las Nueve Fuentes de Sevilla¹¹, de esa Sevilla —como el mismo investigador resume— que fue escenario de tratos y préstamos para la conquista de las Islas Canarias¹². De esta vinculación de Canarias a lo sevillano podría hablarse extensamente, pues con frecuencia se citan planos de iglesias, barrios, calles, costumbres canarias, inspiradas en costumbres, en iglesias y barrios sevillanos. El mismo Lope refleja en sus obras —aunque no deliberadamente— esta relación de lo sevillano-canario cuando, por ejemplo, nos presenta el milagro de Fray Diego de Alcalá ante la Virgen de la Antigua en Sevilla, que era precisamente la patrona de la villa de la Antigua en Fuerteventura, donde el santo fue a predicar.

II

LOS PRIMEROS CONTACTOS DE LOPE CON LOS TEMAS CANARIOS

1) LAS MISIONES FRANCISCANAS DE CANARIAS EN "SAN DIEGO DE ALCALÁ".

Siguiendo un orden cronológico, nos interesa señalar ahora los primeros contactos del poeta con los temas relacionados con Canarias. Después de hacer unos sondeos en la vasta obra de Lope, que

¹⁰ Vid. *Canarias en el Archivo de protocolos de Sevilla*, ANUARIO DE ESTUDIOS ATLÁNTICOS, Madrid-Las Palmas, 1961, pág. 239 y ss. Además véanse los trabajos de Serra Rafols, Rumeu de Armas, etc., sobre temas semejantes en "Rev. de Historia" y "El Museo Canario".

¹¹ Vid. F. Morales Padrón. Obra citada y *El comercio canario-americano* (siglos XVI, XVII y XVIII). Sevilla, 1955.

¹² Vid. Morales Padrón. *Conquista de Gran Canaria*, "Anales de la Univ. Hispalense", vol. XX, año 1960, pág. 18.

acaso otro, más afortunado y con más paciencia, pueda hacer de una manera exhaustiva (cuando se clasifique y se conozca mejor la obra del Fénix), hemos venido a confirmar lo que otros investigadores vieron: que es en una comedia —clasificada entre las de santos por Menéndez Pelayo— donde primero aparecen, aunque sea accidentalmente, temas sobre las costumbres y los acontecimientos relacionados con las Islas. Me refiero a *San Diego de Alcalá*, escrita, al parecer, en 1588 (fecha crucial en la vida del poeta, pues este año es el de su primer matrimonio, el de su pleito con la Osorio y el de su viaje heroico en la *Invencible*). Se basa D. Marcelino, para dar esta fecha, en que en ella se celebraron fiestas, en Madrid, por la canonización de San Diego, porque Felipe II era “devotísimo del santo desde que a la aplicación de sus reliquias se atribuyó la curación del príncipe D. Carlos cuando en 1562 estuvo a punto de muerte a consecuencia de una caída que dio en Alcalá”. Y para más abundamiento añade otros detalles de tipo psicológico, como el de observar “el aspecto simpático con que se presentan las costumbres de los moriscos, y se remeda su media lengua”, lo que le hace pensar que fue compuesta, esta comedia, antes de la expulsión de los moriscos¹³.

Sin perjuicio de que volvamos a tratar —en la segunda parte de este ensayo— los temas y adivinaciones que Lope logró volcar en esta comedia, creemos que es necesario indicar aquí lo que fue para él su primer contacto con Canarias. Según Menéndez Pelayo, lo más probable es que Lope, aunque pudo conocer algunas narraciones de la vida de San Diego, tomara, como fuente principal, el *Flos Sanctorum* del P. Rivadeneira, que tiene un resumen de la vida del santo el día 12 de noviembre. Por si esto es verdad conviene reproducir aquí los fragmentos que refieren la estancia del fraile menor en las Islas:

“Hecha su profesión, fué con obediencia a las islas de Canaria en compañía de un sacerdote de la misma orden llamado fray Juan de Santorcaz, varón de gran zelo y virtud, que iba para plantar la Fe en aquella gente idólatra. Repararon en una de las islas, adonde

¹³ Vid M. Pelayo: *Estudios sobre el teatro de Lope de Vega*, C. S. I. C., Madrid, 1949, t II, pág 71.

el santo fray Diego edificó un monasterio y, aunque frayle lego, fué d'él guardián. Exitábase en la mortificación de su carne, y de su propia voluntad, con sus oraciones, ayunos y penitencias, sacrificándose continuamente al Señor y aparejándose para aquel largo y continuo martirio, para derramar su sangre por la Fe católica entre aquellos bárbaros, como él lo deseaba. Con este fervoroso deseo se embarcó en un navío para pasar a la Gran Canaria, que aun no era conquistada de cristianos y era poblada de gentiles, para alumbrarlos con la luz del Evangelio y, si fuese menester, morir en esta demanda. Mas los que gobernaban el navío no se atrevieron a saltar a tierra, por temor de aquella gente feroz y bárbara, guardando Dios al santo fray Diego para otras cosas de su servicio”¹⁴.

Pocos son los datos que tenemos de esa expedición franciscana a Canarias, aunque D. Marcelino afirma que de ella “hablan largamente los historiadores de aquel Archipiélago”. Uno de los primeros que la consigna es Fray Juan de Abreu Galindo, sin duda por ser de la misma Orden y andaluz como el santo. Dice así:

“Hay al presente en esta isla de Fuerteventura un convento de frailes de la orden del señor San Francisco, el primero que en estas islas se fundó¹⁵, que hizo Diego de Herrera y Doña Inés Peraza, señores de estas islas, que se llama San Buenaventura. Los primeros frailes que a él vinieron fueron Fray Juan de San Torcaz, que

¹⁴ Vid. *Flos Sanctorum*, ed. Sebastián Comellas. Barcelona, 1623, pág. 782 y siguientes.

¹⁵ El doctor Serra Ráfols afirma en su trabajo sobre *Los Mallorquines en Canarias* (“Rev. Hist.”, t. VII, 1941, pág. 206) y en la introducción a *Los franciscanos de Fuerteventura y el Manuscrito Iuhano Torcaz, I* (ed. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de La Laguna, 1949), que los frailes menores son los que pedían ayuda para la empresa de la evangelización de las Canarias en el año 1369, y que seguramente a esa misma Orden pertenecieron los que fueron sacrificados en Gran Canaria en 1391 “De ella —dice— salen los primeros obispos de Rubicón y seguramente en relación con éstos surge la fundación del primer convento de las Islas Canarias, en Fuerteventura”.

era muy docto en Teología, y compuso muchos libros de los cuales hoy hay muchos en dicho convento donde está sepultado ...¹⁶. Trajo este venerable Padre consigo a Fr. Diego de San Nicolás, fraile lego que murió en Alcalá de Henares el año 1463... Hízolo canonizar el católico rey Felipe II de Castilla a 2 de Julio de 1588, día de la Visitación de Nuestra Señora”¹⁷.

A esta breve noticia que, como se ve, da más importancia al fraile enterrado en Fuerteventura, Fray Juan de San Torcaz, hay que añadir la que M. Pelayo copia de Viera, sin duda porque es la que mejor conocía nuestro polígrafo:

“El fue —dice— uno de los siete franciscanos, hijos los más del convento del Abrojo, en la provincia de Castilla¹⁸, que por primera vez implantaron su instituto religioso en aquellas islas¹⁹, a donde aportaron en la armada del Señor de ellas, Diego García de Herrera, el año 1446... Apenas desembarcaron, se echó auestas San Diego una pesada cruz que traía consigo, y caminó con ella hasta la puerta de la iglesia del convento, donde la colocó”²⁰.

¹⁶ No es necesario insistir en que éstos no fueron los primeros frailes, como ya rectifica Viera y Clavijo, y todos los historiadores posteriores. Don Elias Serra ha confirmado la afirmación de Abreu Galindo y de Viera, de que Fray Juan de San Torcaz compuso muchos libros, si entendemos que copió o comentó algunos libros de teología, en su citado estudio sobre *El Manuscrito luhano, conservado en el Seminario diocesano de Las Palmas*, “puesto que el convento de Betancuria está abandonado a su ruina”.

¹⁷ Vid. Abreu Galindo: *Historia de la Conquista de siete islas de Gran Canaria* (1592-1632), ed. Imp. V. Sanz, Santa Cruz de Tenerife, 1940, pág. 46.

¹⁸ El Sr. Sancho de Sopranis nos dice, en su erudito trabajo sobre *Los conventos franciscanos de la Misión de Canarias (1443-1487)* (ed. ANUARIO DE ESTUDIOS ATLÁNTICOS, núm. 5, 1959), que los misioneros franciscanos San Diego de Alcalá y Fray Juan de Santorcaz, aunque procedían de otra comunidad, según la tradición, salieron del convento de Santa María de la Rábida, hacia el convento de la custodia canariense.

¹⁹ El mismo Viera ha de rectificar esta aseveración de que estos franciscanos fueron los fundadores del convento de San Buenaventura de Betancuria, pues ciertos privilegios demuestran que desde principios del siglo XV ya se había fundado dicho convento (vid. las *Noticias*, tomos IV y VI).

²⁰ Vid. José de Viera y Clavijo: *Noticias de la historia general de las Islas Canarias*, 2.ª ed., Santa Cruz de Tenerife, 1871, t. I, pág. 395. Esa fecha es errónea.

A ello se añaden otras tradiciones, leyendas y milagros del santo que luego la musa popular fue convirtiendo en tradición viva desde los tiempos de Lope hasta los de Viera y Clavijo.

A la vista de estos datos y del texto de la obra de Lope, no cabe reprocharle al poeta que no aprovechara mejor sus conocimientos sobre la historia y las costumbres de Canarias, como hace D. Marcelino, pues si es verdad que esta obra está compuesta en 1588, no es posible que conociera —como bien dice Lorenzo-Cáceres— el *Poema* de Viana, publicado en 1604, principal fuente de los conocimientos canarios de Lope de Vega. Pero, por otra parte, nos parece algo exagerada la afirmación del mismo investigador cuando afirma que “fuera de algún dato concreto, referentes más bien a la historia militar de España en el Archipiélago, y algún otro, como aquel en que señala que si el tiempo es bueno, fray Diego aportara a la Península después de ocho días de navegación desde Canarias, lo demás es fábula”²¹. Acaso Lope no conoció más textos literarios sobre San Diego que el de Rivadeneyra y alguna otra “vida” que aportaría muy pocos datos más, pero es indudable que los datos sobre las Canarias los tomó de algún otro sitio o los conoció de oídas, o de la noticia viva de su tiempo, comentada y transformada. Así, por ejemplo, el elemento folklórico del baile llamado “el canario”, tan popular en Francia y en España, aunque los investigadores modernos duden de su naturaleza primitiva, y algunos detalles sobre los aborígenes y sus costumbres, como el notar la existencia de cuevas, los bastones en forma de maza, el notar la leyenda de los gigantes canarios, etc. Es evidente, pues, que Lope, antes de conocer el *Poema* de Viana y entrar en contacto con un ambiente más saturado de canarismo, como hemos deducido de su estancia en Sevilla, tenía ya algunas ideas, procedentes de tradiciones canarias, como la vida y milagros de San Diego, o las ideas librescas sobre unos seres extraños, gigantes e ídólatras, que había creado la fantasía medieval, de que andaban llenos los libros de caballería o algunas leyendas que eran dominio del pueblo, aunque su base se apoye en una realidad histórica, como lo probó el malogrado

²¹ Vid Andrés de Lorenzo-Cáceres · *Las Canarias en el teatro de Lope de Vega*, Rev “El Museo Canario”, mayo-agosto 1935, núm 6, pág 30

investigador canario José Perdomo en un trabajo sobre *Las Canarias en la literatura caballeresca*²². Sobre todo ello volveremos al hacer el análisis de los temas canarios de esta obra; pero podemos indicar desde ahora que esta fase representa el momento en que Lope revivía una Canaria medieval, de la cual pasaría, a través del episodio que vamos a analizar, a la Canaria renacentista, que representa la temática de *Los guanches de Tenerife*.

2) CANARIAS EN LA "DRAGONTEA".

En esta famosa obra Lope de Vega pretendió hacer la epopeya de la defensa española, personificada en Diego Pérez de Anaya, frente al pirata inglés; pero el resultado fue bien distinto, ya que cantó la historia épica de Drake desde el lado español. Es acaso, aparte de esta singularidad, una de las obras de Lope escrita más cerca de los acontecimientos que narra. El ataque a Canarias y la heroica defensa de sus habitantes, que es la parte del poema que a nosotros nos interesa, ocurrió en octubre de 1595, y la obra fue editada en 1598, sólo tres años más tarde. En realidad, Lope quiere destacar bien la expedición de Hawkins y Drake, de 1595, porque fue la última y más funesta para estos temibles piratas, pues en ella perdieron la vida y sólo lograron regresar a Inglaterra cinco de los 54 navíos que salieron de su patria. Ya D. Francisco de Borja, comendador mayor de Montesa, en el prólogo a la *Dragontea* lo señala: "las honradas resistencias que les hicieron Canaria y Puerto Rico, en que les mataron otros tantos; y no es esta victoria tan pequeña, que no sea de mucha consideración, pues detuvo su furia con tan felicísima osadía española, y acabó con sus dos generales de mar y tierra..."²³. En cuanto a las fuentes históricas que Lope utilizó para la composición de su poema, ya han sido señaladas por investigadores extranjeros y españoles²⁴; pero el documento que más aprovecha el poeta es el que ya indica el señor de Borja al fina-

²² Vid. "Rev. Hist.", Facultad de Filosofía y Letras, La Laguna, 1942.

²³ Vid. ed. Museo Naval, Madrid, 1935 (reproduce la edición príncipe de Valencia, 1598), pág. 15.

²⁴ Los ingleses fueron Ray, Janeson y Hoffman.

lizar su prólogo: “todo lo cual resulta en honra de nuestra nación, como se podrá ver en estos diez cantos, sacados de la relación que la Real Audiencia de Panamá hizo, y autorizó, con fidedignos testigos”.

En lo referente a los sucesos de Canarias, en la última expedición de Drake, Lope dedica diez octavas reales —desde la 225 a la 234— del canto III de su poema. Antonio Rumeu de Armas ha historiado, con exhaustiva documentación y abundantes referencias literarias (incluido Lope y los poetas canarios que cantaron estos episodios), todas las circunstancias e incidencias del ataque de la poderosa escuadra de Drake a Las Palmas²⁵, lo cual nos exime de entrar en los pormenores de la trama histórica sobre la que se fundamentan los versos de la *Dragonetea*, pero no de analizar el valor histórico o literario de éstos, guiados por el estudio del gran historiador canario.

Rumbo hacia América, en septiembre de 1595, la formidable escuadra combinada de Hawkins y Drake, hubo entre los dos capitanes cierta discusión a causa de que este último había tomado demasiados hombres de armas a bordo, e iba a ser difícil mantenerlos en la larga travesía. En vista de ello, Drake propuso atacar a las islas de la Madera o las Canarias, con el fin de sacar botín para hacer las pagas y abastecerse de agua y víveres, y continuar luego su ruta. Hawkins rechazó al principio tal idea, pero como el asunto del abastecimiento urgía, al fin los capitanes llegaron a un acuerdo: atacar y saquear Las Palmas. El jefe de las tropas de desembarco, sir Thomas Baskerville —según Rumeu—, “en extremo imprudente, ofreció conquistar la ciudad, cuyas fuerzas y defensas ignoraba, en unas cuatro horas”²⁶. También en la reunión, afirma Cabrera de Córdoba, Drake dijo que había de hacer “desembarcación pomposa, y los canarios se le habían de ofrecer rendidos reconociéndole por señor y pidiendo merced de sus vidas”²⁷.

Véase cómo Lope resume en dos estrofas —verso a verso— la partida de la escuadra de Inglaterra, sus propósitos y necesidades,

²⁵ Vid. *Piraterías y ataques navales contra las Islas Canarias*, C. S. I. C., Madrid, 1948, t II (2.ª parte), págs. 680-743.

²⁶ Idem, pág. 679.

²⁷ Vid. *Historia de Felipe segundo, rey de España* Madrid, 1877.

y, finalmente, nos muestra la actitud jactanciosa y rapaz del famoso pirata frente a las Canarias:

¡Con estas arrogancias sale agora
la inglesa fuerte y codiciosa armada,
juzgándose del mundo vencedora,
a la prosecución de su jornada!
Corre el inglés de su rosada aurora
hasta Canaria por probar la espada,
¡cómo si fuera gente que pudiera
huir el rostro a su arrogancia fiera!
“Aquí, les dice, amigos, este saco
será para regalo del viaje,
que de conservas dulces viene flaco
el salado y naval matalotaje”.
Como blasona entre los bueyes Caco
antes que Alcides por Italia baje,
ya puede ser que alguno el porte pida,
que no hay dulce sin agro en esta vida.

(Canto III, estrofas 225 y 226.)

Después, nos describe Rumeu de Armas, “la flota contorneó Lanzarote, cruzó entre esta isla y la de Fuerteventura por el estrecho o canal de La Bocaina y fue a dar a las costas de Gran Canaria, cuya ciudad capital, Las Palmas, contemplaban los ingleses en la madrugada del día 6 de octubre”²⁸. Nada nos dice Lope de cómo en la Gran Canaria los isleños hicieron sus preparativos, ni cómo el gobernador de la ciudad, D. Alonso de Alvarado, organizó la defensa con la colaboración del lugarteniente, Pamochamoso, y los alcaides de las fortalezas, Venegas y Serafín Cairasco, hermano del poeta-canónigo, que había admirado Lope. Y tampoco cómo fueron aprobados los planes de defensa de Alvarado, que “conocedor de su gente, y de los hábitos y costumbres de lucha de los canarios, como de la imposibilidad de combatir a un enemigo fuerte, aguerrido y superior mil veces en número, una vez que hubiese desembarcado y formado escuadrón, había tomado el resuelto propósito de combatirle fuera de la ciudad, impidiendo el arribo a la marina

²⁸ Op. cit., pág. 680.

del enemigo, por todos los medios a su alcance”²⁹. Al fin se hacen todos los preparativos: se aprestan los cañones de las fortalezas, se transportan otros a la caleta de Santa Catalina, se guarnece de tropas regulares y paisanos, que habían acudido del interior de la Isla, toda la orilla del Golfete que forma el puerto natural de Las Isletas, se avisa con fogatas y con toque a rebato que la ciudad está en peligro y sobre las armas... He aquí cómo describe el momento culminante del ataque nuestro cronista: “Las naves inglesas avanzan hacia tierra muy ordenadamente. Tres iban delante protegiendo a las 27 lanchas de desembarco, que remaban alineadas paralelamente a la playa”. Y más adelante, para más detalle, concertando con los versos de Lope, copia de Herrera de Tordecillas³⁰, al hablar de los que iban en las barcas “gente armada de coseletes, mosqueteros y arcabuceros, y tocando cajas, pífanos y clarines, con sus banderas tendidas en escuadrón, en forma de media luna, se iban acercando a tierra. .”. También el poeta dedica su atención a la distribución de la armada inglesa, al número de lanchas de desembarco, a la posición de las fortalezas y a las fuerzas de choque canarias que esperaban en la costa:

Su armada en luna extiende, porque arribe
desde la fortaleza al baluarte,
en cuya lengua de la mar recibe
daño cruel por una y otra parte.
Con gente veinte lanchas apercibe,
y a la ciudad apercebida parte,
donde ochocientos hombres le esperaban
con salva, en que su gente condenaban.

(Idem, estrofa 227.)

Muy escuetamente resume el poeta, en la estrofa que sigue, la heroica defensa de la ciudad por aquel grupo de valientes patriotas que, sin experiencia de combates, sin preparación y con unos pocos soldados, impidieron el desembarco a las aguerridas tropas al mando del temible Francis Drake. Basándose en las “Informaciones

²⁹ Idem, pág. 639

³⁰ Vid. *Tercera parte de la historia general del Mundo*. Madrid, 1612, página 587 y ss.

restificales”³¹ de los mismos que tomaron parte en los hechos, Antonio Rumeu nos describe, con gran realismo y veracidad, todos los incidentes de la lucha. Vale la pena seguirle en algunos párrafos:

“El fuego lo rompieron los ingleses alrededor de las doce, cañoneando a la gente que estaba en la marina, sin causarles ningún daño. Con ello los canarios se fueron animando y las dos piezas de artillería del capitán Armas respondieron al fuego enemigo con certeros disparos que detuvieron el avance de los navíos de Drake...

“Las lanchas inglesas se acercaban a remo hacia tierra disparando constantemente sus armas de fuego, pero la arcabucería y los cañones de Santa Catalina las hacían retroceder. Volvían las lanchas a los navíos a dejar los heridos y buscar refuerzos, y precedidos de un fuerte cañoneo de las naves, se aproximaban otra vez a tierra en vano intento, porque los disparos de arcabuces y mosquetes las volvían a detener. (En todo ello se fija Lope.) Por tres veces intentaron infructuosamente el desembarco; mas en ninguna de ellas pudieron poner pie en tierra.

“Así como la fortaleza de Las Isletas, al mando de Cairasco, se reservó, desafortunadamente, para mejor ocasión, lo que “le quitó para siempre la imperecedera gloria de haber hundido en la rada varios galeones de la reina de Inglaterra”, “la acción de la artillería de campo fue singularmente eficaz este día, bajo la experta dirección del cabo Negrete, pues tirando, primero, “con bala rasa” a los navíos y lanchas en formación, y disparando, más tarde, verdaderas rociadas de “saquillos de bala de mosquete”, al aproximarse las lanchas a tierra, sembró la confusión y la muerte por doquier e hizo imposible el objetivo primordial de Drake”.

“En vano sir Thomas Baskerville, cubierto de todas las armas, con morrión y coselete, exhortaba a los marineros a bogar para alcanzar la playa próxima, ... el fuego de la artillería y arcabucería estableció una infranqueable cortina, contra la que se estrellaron todas las heroicidades del enemigo, dejando el mar regado de sangre y las lanchas materialmente cubiertas de muertos y heridos.

“La desesperación de Drake, que dirigía la batalla desde el “Defiance”, bajo la mirada inquisitorial y despectiva de su maestro,

³¹ Vid. op. cit. Rumeu de Armas, nota 130, págs. 724-725, con todas las referencias a historias, crónicas y documentos que tratan de este episodio.

John Hawkins, no tuvo límites y blasfemaba una y mil veces jurando que había de entrar a saco en la ciudad.

"Ante la imposibilidad de poder desembarcar en este punto y viendo el daño que podía hacerle la fortaleza de Las Isletas por las pocas pero certeras muestras que había dado de la potencia de sus cañones, "las naves fueron derivando hacia el sur" y "las lanchas comenzaron a remar de regreso a la armada, surta en El Golfete, junto a los Roques, mientras los 14 navíos siguieron costeando hacia la ciudad y caleta de Santa Ana" ³².

He aquí cómo esta fracasada intentona inglesa y heroica resistencia canaria, cantada por poetas y cronistas canarios, la resume Lope —según dijimos— en una octava que, aunque sola, es suficientemente intensa y significativa:

Eran arcabuceros y piqueros,
y jinetes de costa valerosos
Cuarenta ingleses matan los primeros,
retirando los otros temerosos
Conocidos del Draque sus aceros,
y los pasos del puerto peligrosos,
volvió la espalda e hizose a la vela,
que allí no le valió fuerza o cautela

(Idem, estrofa 228)

Aunque algunos historiadores hacen ascender la cifra de los ingleses muertos en este combate hasta 400, como Cabrera de Córdoba y Herrera de Tordecillas, y otros la reducen a 200, como Castillo y Viera, está probado —como afirma Rumeu—, por cartas de Próspero Casola y el Cabildo, que los muertos fueron sólo 40, como dice Lope ³³. Por parte de los defensores parece que sólo hubo algunos heridos leves.

Una vez terminada la intentona, reunidos los capitanes ingleses, Baskerville "hubo de reconocer ante Drake —pese a sus bravatas— que los cálculos sobre las fuerzas de la Isla y el valor de sus moradores habían sido erróneos...", con lo que se dio por finalizado el ataque a la ciudad, pero no el propósito de hacer agua-

³² Vid op cit, págs. 708 a 714

³³ Vid. op cit, nota 129, pág 723.

da y proveerse de leña en algún punto desguarnecido y desierto de Gran Canaria.

Las seis estrofas restantes de este trozo de la *Dragonetea*, dedicado a Canarias, se refieren al desembarco de Drake y los suyos en una playa, al sur de la misma Isla. ¿Por qué esta desigualdad entre ambos episodios? Sin duda es debida a los informes de que disponía Lope al componer su poema, y como los episodios de Drake estaban narrados desde el punto de vista de América y por americanos, no tenían testimonios de lo ocurrido en la ciudad de Las Palmas, pero sí de todos los detalles del encuentro con los canarios en las desiertas playas de Arguineguín, acaso porque uno de los soldados ingleses, presos en Panamá, fuera testigo presencial de los hechos.

Como Rumeu dedica varias páginas a narrar también este episodio, por él seguiremos nuestro paralelo entre la obra del poeta y del historiador. Dos días más tarde Drake —creyéndose bien seguro—, después de bordear la costa, alejándose de la ciudad unas 15 leguas (no cinco, como dice Lope), fondeó en la tranquila rada sureña de Arguineguín (no en Melenara, playa de Telde, como dice el poeta), desembarcó quinientos hombres, instaló su campamento, entregándose al descanso y al esparcimiento, hasta el punto que, según un testigo presencial, “los ingleses estaban holgándose con músicas”. El Fénix se ciñe escuetamente a la acción guerrera:

Cinco leguas corrió más adelante:
mas no hay remedio, aunque la Isla ciña,
para sus pretensiones importante,
por más que sus montañas escudriña.
Determinase hacer agua bastante,
y veinte ingleses pone en la campiña
que llaman los isleños Melenara,
pero vendió el agua allí cara.

(Idem, estrofa 229)

En realidad, las octavas de Lope se refieren más bien a una escaramuza habida entre unos marineros que desembarcaron un poco más lejos del campamento, a causa de haber subido la marea, y cerca de seis soldados canarios a los que se habían añadido unos

cuantos campesinos y pastores, seguramente de origen insular. Al parecer, en la embarcación inglesa iban unos diez soldados al mando del capitán Grimston, muy amigo de Drake, y que murió en la refriega. Al adentrarse un poco en la costa en busca de algún arroyo para tomar agua, “no encontraron mejor ocasión los canarios —dice Rumeu—, y dando pruebas inequívocas de su legítima ascendencia aborigen, cayeron como tromba sobre ellos y en pocos minutos, a golpes y a palos, dejaron a nueve tendidos en tierra y huyeron con dos prisioneros”, a los que hay que añadir un polaco que iba huyendo a nado, con los que suman tres como dice Lope, aunque no fueron 14 muertos como él indica (estrofa 233).

Lo sorprendente es cómo la intuición lopesca logra captar, con singular maestría, todos los detalles de la escaramuza, dejándonos con ello una viva expresión poética de la manera de luchar que tenían los canarios, “las mismas que un siglo antes emplearon en defensa propia la población aborigen de las Islas”³⁴. He aquí la primera estrofa de este episodio:

Que ciertos ganaderos, que a sus dueños
guardaron más el agua que las reses,
ya con tejidas hondas, ya con leños
como troncos de pinos o cipreses,
prueban los brazos rústicos isleños
en los soldados míseros ingleses,
como ministros del ayudante en fragua,
haciéndoles llevar sangre por agua

(Idem, estrofa 230)

Después de hacer, en la estrofa siguiente, una imagen comparativa de exclusión por medio de un conocido pasaje bíblico, continúa la descripción de la lucha, fijándose sobre todo en la técnica guerrera empleada por los canarios y su terrible eficacia:

Que como no eran de David soldados,
ni la cisterna de Belén aquella,
quedaron en el campo destrozados
sin llevar al Dragón el agua de ella

³⁴ Vid. op. cit, nota 56, pág. 689.

A cuál deja los sesos machucados
la voladora piedra, que con ella
no hiciera más extraña batería
el pedrero mejor de artillería.

Hinchan los nervios de los fuertes brazos,
y con rústica voz escaramuzan,
dividiendo los cuerpos en pedazos,
las piernas quebran y las caras cruzan.
Al que por su desdicha viene a brazos,
crujéndole los huesos desmenuzan,
y allí se vio que al fin de tantos robos
mueren a manos del pastor los lobos.

(Idem, estrofas 231 y 232.)

Mucho menos realista y mucho menos afortunada, con haber vivido estos hechos, es la descripción que hace Bartolomé Cairasco en su *Romance*³⁵, pues sólo le dedica unos versos, donde los canarios aparecen como seres semi-míticos, y sus contrincantes como simples ganapanes uniformados. Véase:

Y estando todos en tierra,
soldados y generales,
diez hórridos semicapros
les hicieron bravo ultraje;
puñales y medias lanzas
aquestos sátiros traen,
y acometen resolutos
a los armados jayanes.

No hay en esta narración poética los detalles realistas, casi anatómicos, del cuadro de Lope, donde parecen oírse los fuertes gritos de los salvajes-guerreros, el quebrar de los huesos, los lamentos de los moribundos; ni tampoco nos presenta imágenes brillantes, como la que el Fénix utiliza en la estrofa que copiamos a continuación, donde compara al campo, donde quedan malheridos o muertos los ingleses, con una plaza de toros después de la lidia, para hacer más vivo el color del cuadro sangriento.

³⁵ Titulado *Por la Victoria de Canaria sobre Drake* (1595), incluido en *El Templo Militante*, ed. 1603.

Como suele quedar después que ha sido
 acabada la fiesta de los toros:
 éste desjarretado, aquél tendido,
 vertiendo sangre los abiertos poros,
 así en el campo, el escuadrón herido
 miraba el vencedor riendo a coros,
 porque de veinte los catorce tienden,
 y de seis que quedaban, los tres prenden.

(Idem, estrofa 233)

Y he aquí cómo nuestro historiador pone punto final a la fracasada intentona del capitán inglés a las Canarias: "El ataque imprevisto de Argunegúin despertó por completo los recelos de Drake, temeroso de pensar tan sólo que los canarios le pudiesen cortar la comunicación con la escuadra aislándole por completo, y así que vio sucumbir a Grimston dio orden de reembarcar precipitadamente. De esta manera, en la misma noche del domingo 8 de octubre, la escuadra abandonó las costas de Gran Canaria con dirección a las de la Gomera"³⁶, donde terminó de hacer aguada para luego internarse en el Océano. Todo lo cual remata Lope con una expresiva estrofa:

Que los huídos se arrojaron luego
 de aquellos riscos al tormento eterno,
 que aun en la mar vencidos, se dan fuego
 y se van a gozar el del infierno
 El Draque entonces, de coraje ciego,
 no le sonando muy alegre y tierno
 de los canarios el presente canto,
 arrojóse a la mar trocado en llanto

(Idem, estrofa 234.)

Las consecuencias del frustrado ataque a Canarias debían ser fatales a la flota de los capitanes ingleses. El gobernador de Gran Canaria avisó a La Palma y a Tenerife de la presencia del enemigo; y de allí partieron veloces navíos que llegaron a tiempo a América para comunicar los planes de Drake, pudiéndose así organizar la defensa de Puerto Rico y Panamá. De esta manera preparados,

³⁶ Vid. op. cit, pág. 724.

después de diversas peripecias, los españoles derrotaron a las fuerzas de mar y tierra, acabando el clima y los sufrimientos con Hawkins y Drake, que murieron sin poder alcanzar los objetivos de esta desastrosa expedición.

Como era natural, en Las Palmas, al conocerse las fuerzas del poderoso enemigo, al que habían hecho frente e impedido desembarcar, se celebraron diversas fiestas religiosas y profanas. Fueron muchos los poetas que cantaron la victoria de los canarios sobre los ingleses, pero aquí sólo citaremos a dos autores. Gonzalo Argote de Molina, famoso erudito que se tituló conde de Lanzarote y provincial de la Santa Hermandad de Andalucía, que tomó parte en la defensa de Las Palmas, escribió un romance que fue seleccionado por la Real Audiencia, pero hoy se desconoce su paradero. Ya hemos citado también el romance dedicado a la *Victoria de Canaria sobre Draque*, de Cairasco de Figueroa, canónigo de la catedral de Santa Ana. Más tarde este romance se insertaría en la monumental y ampulosa obra hagiográfica y poética *El Templo Militante, Triumphos de Virtudes, Festividades y Vidas de Santos*, en su primera edición de Valladolid (1603). El pretexto para incluirlo fue celebrar la festividad de San Pedro Mártir (29 de abril), patrón de la Isla, con la narración de una gran victoria alcanzada bajo su divina protección. Pero pensando, sin duda, que la forma popular del romance no era propia de tan culto y sacro poema, se suprimió en la segunda edición de *El Templo Militante* de 1615, en Lisboa, sustituyéndolo por una composición en endecasílabos heroicos, que evocan sucintamente la derrota de la armada inglesa en Canarias y las consecuencias de ella. He aquí una muestra:

La valerosa gente de Canaria
mostró el gallardo brío de su pecho
haciendo ultraje y burla de su armada
que en todo el mar océano dio cuidado,
y queriendo estrenarse con Canaria
se arrepintieron dello, y finalmente
fueron con tan mal pie y perdidos bríos
que aportando después a Puerto Rico
se les dio a los restantes presta paga ³⁷.

³⁷ Vid. *El Templo Militante*, 2.ª parte, ed. 1615, pág. 286.

Pero además del romance, escrito a raíz de los hechos, el cultista canónico, no conforme con su popular musa, todavía compuso, en sonoros y revesados esdrújulos, otro *Canto heroico a la victoria que ganó Canaria de la poderosa armada de Francisco Draque a 6 de Octubre de 1595*, dedicado al licenciado Rojas de Carvajal, oidor de la Real Chancillería de Granada³⁸. Y aún hay que añadir al haber del escritor canario una *Historia de la vana empresa de la jornada de Draque contra Canarias*, que Fernández de Navarrete cita en su *Biblioteca Marítima*³⁹, que a su vez tomó los datos de D. Nicolás Antonio⁴⁰, según el cual Gil González Dávila tenía el original en su poder, en el *Teatro de la Santa Iglesia de Zamora*⁴¹.

Dejamos para otra ocasión y trabajo el hacer una comparación literaria entre las estrofas de Lope que hemos estudiado más arriba y las composiciones poéticas, naturalmente más amplias y circunstanciadas —excepto el episodio del desembarco de Arguineguín— que la corta pero intensa relación del Fénix. Bástenos, por ahora, comprobar que éste se hizo eco, en su epopeya, de la significación que Canarias tuvo en la última y desastrosa expedición del célebre pirata inglés.

III

LAS CANARIAS EN DOS COMEDIAS DE LOPE

Una vez analizados los primeros contactos de tipo histórico, biográfico y literario de Lope con los temas canarios, entramos a realizar —en esta tercera parte de nuestro ensayo— un estudio de sus comedias en relación con la temática de Canarias. Fundamentalmente este análisis tiene que basarse en dos obras dramáticas

³⁸ Cit. A. Millares Carlo en *Biobibliografía de escritores canarios*, pág. 141. Dice que Millares Torres publicó en su *Biografías de escritores canarios* un fragmento de este Canto, pág. 184, y se reprodujo en la Rev. "El Museo Canario", t. XVI (1905), pág. 34

³⁹ Vid. ed. 1851, t. I, pág. 208

⁴⁰ Vid. *Biblioteca Hispánica*, t. I, fol. 147.

⁴¹ Vid. ed. F. Martínez, Madrid, 1645-1650, t. II, pág. 419.

que ya hemos citado: *San Diego de Alcalá* y *Los guanches de Tenerife*; la primera toca accidentalmente el tema, pero la segunda está dedicada íntegramente a Canarias, como indica su título. Ambas fueron estudiadas, por primera vez, en las introducciones que hizo Menéndez Pelayo a muchas de las obras dramáticas de Lope para la edición de la Real Academia ⁴². Luego también lo fueron por nuestro erudito D. Andrés de Lorenzo-Cáceres en su citado ensayo sobre *Canarias en el teatro de Lope de Vega* ⁴³ y en su conferencia *Las Canarias de Lope* ⁴⁴. Además, *Los guanches de Tenerife* ha sido analizada por nuestra escritora María Rosa Alonso en el prefacio de su edición a la comedia de *Nuestra Señora de la Candelaria* ⁴⁵ y en su monumental estudio de *El Poema de Viana* ⁴⁶.

A estos trabajos hemos de referirnos repetidamente; pero nosotros pretendemos hacer ahora, por primera vez, un estudio temático e histórico de ambas comedias, planteándonos, no sólo el problema de las fuentes —que ya ha sido resuelto en parte por M. Pelayo—, sino también la dualidad realidad-mito, lo heroico-histórico, el antagonismo de los personajes, los elementos estructurales y artísticos, el reflejo de la polémica sobre los derechos de la conquista en Canarias, etc. Con todo ello queremos dar, finalmente, una visión crítica del conjunto de los temas de estas dos obras dramáticas de Lope en relación con las Islas, para ayudar a esclarecer diversos motivos que pertenecen a las corrientes de la literatura general.

1) FUENTES, ESTRUCTURA Y COMPOSICIÓN.

A) *San Diego de Alcalá* ⁴⁷.

De esta obra sólo nos interesa el segundo acto, que, sin tener en cuenta la unidad de tiempo clásica, se desarrolla a dos años de

⁴² Vid. ed. C. S. I. C., Madrid, 1949, tomos II y V.

⁴³ Vid. Rev. "El Museo Canario", núm. 16. Las Palmas, 1935.

⁴⁴ Vid. ed. Instituto de Estudios Canarios, vol. I, La Laguna, 1935.

⁴⁵ Vid. ed. C. S. I. C., Instituto Nicolás Antonio, Madrid, 1944.

⁴⁶ Vid. ed. C. S. I. C. Anejo Cuadernos de Literatura, Madrid, 1952.

⁴⁷ Seguimos la ed. BAE, t. IV, Rivadeneyra, Madrid, 1860.

distancia del primero. Desde el comienzo nos enteramos de que el joven Diego, lego franciscano del convento de Arruzafa de Córdoba, ha partido, hace tiempo, hacia un lugar lejano, que es la isla de Canaria, pues como dice el hermano portero:

Pero aquesta admiración
nace de buscarle agora,
cuando ya tan lejos mora
desta tierra.

(LOPE, II, 522-a)

Versos que manifiestan el concepto de lejanía remota en las Islas. Pero el hermano portero precisa aún más, haciendo una síntesis de la situación de aquellos territorios, de sus habitantes y de la misión que llevaba allá a los franciscanos:

Hermano, está en medio el mar,
porque la obediencia, luego
que su virtud conoció,
para bien de aquella tierra,
y hacer al demonio guerra,
a Canaria le envió,
que es bárbara aquella gente,
y no conocen a Dios

(Idem, II, 522-a)

Y aún añade que fue fray Juan de Santorcaz el que lo llevó, como lego, "por animoso y capaz de esta nueva conversión". Aquí, pues, Lope no hace más que versificar *La vida de S. Diego de la orden de los Menores, confesor*, del *Flos Sanctorum* (1599-1601), del P. Rivadeneyra, como vio Menéndez Pelayo, donde dice: "Hecha su profesión, fue con obediencia a las islas de Canaria en compañía de un sacerdote de la misma orden, llamado fray Juan de Santorcaz, ... que iba para plantar la Fe en aquella gente idólatra".

Después, en la escena tercera, la acción se desarrolla en Fuerteventura. El hermano Diego, el mínimo franciscano, es elegido Guardián del convento, cargo que él trata de rechazar humildemente, argumentando que un ignorante no puede gobernar a los letrados. Pero sus superiores le obligan a obedecer, alegando las

supremas razones por las que están en las Islas: la conversión de los infieles, que Diego viene realizando con gran éxito.

Ya que en Fuerteventura se convierten
por sus palabras tantos, que parece
que Dios le ha dado gracia como apóstol.

(Idem, II, 522-b)

Mas el santo emplea todavía una curiosa refutación que prueba —según él— aún más su rusticidad, pues si convierte a los indígenas al cristianismo es porque se identifica con ellos:

Y aún en eso verán si yo soy bárbaro,
pues que los que lo son, sólo me entienden.

De este hecho hay en Ribadeneyra sólo una breve referencia, pero suficiente para que Lope construyera la escena: “aunque frayle lego, fué d’él guardián”. Pero la idea de la refutación es de la cosecha del poeta o bien la aprendió de boca del pueblo que —de acuerdo con el sentir de su Rey— pedía la canonización del humilde franciscano.

Animado por su fe fervorosa y su celo apostólico, fray Diego quiere acompañar a una expedición que va a conquistar y a convertir a los indomables indígenas de la Gran Canaria. No se desanima, aunque un hermano del convento, fray Pablo, le advierte de los peligros que corre en aquella bárbara tierra y de la poca gente de armas que le acompaña:

Padre, la Gran Canaria, como ha visto,
rayo no tiene de la luz de Cristo:
mire cómo ha de ser el convertilla.
Las armas de la gente de Sevilla
no parece que será importante

(Idem, II, 522-b)

Pero el futuro santo está decidido, y ninguna objeción es buena, porque, aunque pocos, los españoles siempre han triunfado, por su experiencia en los combates, contra enemigos superiores en número, como lo demostraban los numerosos hechos del descubri-

miento y conquistas de lejanas tierras, cosa que Lope no necesitaba ir a mirar en los libros para ponerlo en boca de Fray Diego:

Verdad es que son pocos, aunque es gente
ejercitada, práctica y valiente,
y los bárbaros muchos; mas yo quiero
ir en la nave y verlos el primero.

(Idem, II, 522-b)

Ya dispuesto el viaje, confirma Lope lo que ha leído en Ribadeneyra: que el lego franciscano estuvo “sacrificándose continuamente al Señor y aparejándose para aquel largo y continuo martirio, para derramar su sangre por la Fe Católica entre aquellos bárbaros, como él lo deseaba”, y por eso dice —como monologando— confirmando su voluntad de martirio:

Vamos a concertar que yo me embarque.
¡Ay Dios de mis entrañas! ¡Ay, si fuese
Diego tan venturoso que muriese!

(Idem, II, 522-b y c)

Y el escritor jesuíta nos dice cómo el santo salió hacia la Gran Canaria, llamada así desde el tiempo en que Bethencourt la consideró inexpugnable a causa de la fiereza y bravura de sus habitantes que no dejaban poner pie en ella. “Con este fervoroso deseo se embarcó en un navío para pasar a la Gran Canaria, que aún no era conquistada de cristianos y era poblada de gentiles, para alumbrarlos con la luz del Evangelio y, si fuese menester, morir en esta demanda”.

Pero, históricamente, ¿a qué expedición corresponde la que llevaba a bordo al célebre franciscano? Los historiadores más antiguos de Canarias no precisan con exactitud el número de desembarcos e intentonas que, desde Bethencourt a Juan Rejón, se hicieron a la isla de Gran Canaria. Las únicas fechas que tenemos para situar la estancia de San Diego en Canarias es la de 1444, que según Abreu Galindo es la de su viaje, y la de 1463, que es la de su muerte en Alcalá de Henares. Sabido es cómo las islas de señorío, Fuerteventura, Lanzarote y el Hierro, y aún se dice que la de la

Gomera, después de la muerte de su conquistador, pasaron, por venta o herencia, a una poderosa casa de la nobleza sevillana, la de Guillén de las Casas, caballero veinticuatro y alcalde mayor de Sevilla. Pero fue Hernán Peraza (por haberse casado con Inés de las Casas, prima de dicho Guillén) quien pasó a las Islas y puso orden en ella; debía sucederle su desafortunado hijo Guillén Peraza, que pereció a manos de los indígenas, en una entrada a la isla de La Palma, por lo que son, por fin, su hermana la bella Inés Peraza y su esposo Diego de Herrera, también noble caballero de Sevilla, los que nos interesan para nuestra hipótesis. Según Abreu Galindo, "Procuró Diego de Herrera, luego que casó con Doña Inés Peraza de las Casas, y se vio señor de las islas de Canaria, venirse a ellas . y aderezando tres navíos partió de Sanlúcar. año de 1444. llevando en su compañía muchos hidalgos nobles, dueñas y doncellas, para que se heredasen en las Islas, y para conquistar las demás que estaban por ganar .". Y un poco más abajo añade que "... vino en compañía de Diego de Herrera el Santo fray Diego y fray Juan de San Torcaz, con otros frailes, que por todos fueron siete padres, que venían a predicar el Santo Evangelio a esta Isla y a recibir martirio..."⁴⁸. Así, pues, si aceptamos esta fecha, San Diego estuvo en Canarias aproximadamente unos seis años, puesto que, según sus biógrafos, en 1450 hizo un viaje a Roma para asistir a la canonización de San Bernardino de Sena. Pero hoy está demostrado que Diego de Herrera y D.^a Inés Peraza no fueron a Fuerteventura y Lanzarote hasta 1454 ó 1455. Por lo que, concretamente para la entrada de fray Diego a Gran Canaria, sólo podemos recurrir a meras suposiciones, que pueden desprenderse del capítulo XXIV de la *Historia* de Abreu Galindo, que cita varias intentonas frustradas en la conquista por la persuasión, el engaño o las armas de la isla de Gran Canaria, y da incluso varias fechas: "Muchas entradas hizo Diego de Herrera en Berbería, Tenerife y Gran Canaria, pero donde más resistencia hallaba y mayor daño recibía era en la isla de Gran Canaria". Nuestro historiador se detiene especialmente en las entradas de 1461, 1462 y 1464; fechas que, según lo expuesto, caen fuera de las supuestas para la estan-

⁴⁸ Vid. op. cit., ed Santa Cruz de Tenerife, 1940, pág. 77.

cia del santo en Canarias, pero no fuera de la posibilidad física, a no ser la última. Sobre todo la correspondiente a la segunda, reseñada por Abreu, parece una fiel réplica histórica a la dramatización que hace Lope de ese viaje fracasado de San Diego a la "Isla redonda".

Veamos este pasaje, que puede representar la verdad psicológica de unos hechos históricos, y cotejémoslo con la intuitiva escenificación del Fénix: "Otro año, que fue el de 1462, el obispo D. Diego López de Illescas, con el deseo que tenía de ver reducidas al cristiano gremio las ovejas que le estaban encomendadas, acordó venir a Canaria, y vino con él Alonso de Cabrera Solier, capitán y gobernador de las islas, con 300 hombres. Tomaron puerto en Gando. Los canarios, como vieron venían de guerra, apellidaron toda la Isla para resistirles la entrada, diciendo mirasen lo que hacían, no entrasen con armas. . Visto por el Obispo no poder atraerlos a lo que querían, se tornó a embarcar y venirse a Lanzarote"⁴⁹. En la obra de Lope oímos a uno de esos bárbaros anunciando la llegada de los españoles, cuyas intenciones ya conocían:

¿ Qué hacéis? . que un fuerte navío,
lleno de españolas armas,
viene de Fuerteventura
con capitanes de España,
haciendo con altas voces
del mar resonar las aguas
y estremecerse los montes.

(Idem, II, 523-c)

Entonces surgen los héroes canarios, personificados en el personaje Tanildo: los míticos y heroicos Guanartemes que exhortan a las huestes a la lucha. Llegan a desembarcar los expedicionarios en la playa, acompañados por el santo evangelizador que anima a todos a la empresa. Pero el capitán de los españoles (cuyo nombre Lope no especifica) no quiere hacer frente, con sus pocos soldados, a la avalancha de salvajes que se les viene encima, a pesar de la fe que el fraile lego había puesto en ellos.

⁴⁹ Vid. op. cit , pág. 80.

Y destas montañas bajan
bárbaros que el suelo cubren,
y mar y tierra amenazan;
y si allá en Fuerteventura
dijeran que gente tanta
aquesta isla cubría,
¿quién viniera a conquistarla?

(Idem, II, 523-c)

Mas el buen fraile se agarra desesperadamente a su empresa:

Pues vayan con Dios, Señores,
que aquesta cruz es mi espada
y yo pelearé con ella.

(Idem, II, 523-24)

Y el capitán porfía con el franciscano, que casi tiene que ser llevado, a bordo, a viva fuerza, entre los gritos de alerta.

Los canarios, a la playa,
bajan con arcos diversos.
¡Embarca! ¡a la mar! ¡embarca!

(Idem, II, 524-a.)

La referencia del P. Ribadeneyra a estos hechos puede servir de colofón a esta escena, pues la resume en pocas palabras: "Mas los que gobernaban el navío no se atrevieron a saltar en tierra, por temor de aquella gente feroz y bárbara, guardando Dios al santo fray Diego para otras cosas de su servicio".

Todavía hay otras alusiones al paisaje, a los habitantes, al folklore canario, etc., en esta obra, que analizaremos al mismo tiempo que los elementos semejantes en *Los guanches de Tenerife*. Por ahora tenemos ya una visión de la estructura dramática e histórica del episodio canario de la vida del santo franciscano de Alcalá escenificado por Lope de Vega.

B) *Los guanches de Tenerife y Conquista de Canaria*⁵⁰.

El común sentir de todos los comentaristas de esta obra de Lope, con ligeras variantes, es el que María Rosa Alonso expone en su introducción a la comedia anónima *Nuestra Señora de la Candelaria*⁵¹: "El propósito que sin duda animó al autor no fue otro que el de hacer una de las tantas obras de circunstancias y aprovechar un argumento para hacer una obra más, que apenas cuida y que poco debió interesarle, a juzgar por la prisa que tiene en plantear y acabar un acto tan flojo y precipitado. La conquista de Tenerife era un hecho español y el "monstruo" tenía que registrarlo en su haber poético"⁵². A ese sentir no tenemos nosotros más remedio que adherirnos, con ciertas restricciones que, aunque no modifican los resultados de nuestro análisis, pueden añadir algunos puntos de vista nuevos y una visión más ancha de la comedia en función del tema Lope-Canarias.

Un estudio muy semejante al que María Rosa ha hecho para el *Poema de Viana* podría hacerse para la comedia lopesca, puesto que hasta ahora D. Marcelino como Lorenzo-Cáceres y la investigadora canaria se limitan a señalar su fuente principal, indicando los pasajes más sobresalientes (el presagio de la venida de los españoles, los amores de Dácil y Castillo, la aparición de la Virgen y algún otro episodio accesorio) y llamar la atención sobre los supuestos elementos del folclore canario aprovechados por Lope en su comedia.

Suficientemente probado se halla, pues, que la fuente fundamental —tomado en su sentido lato— de esta comedia está en el poema de las *Antigüedades de las Islas Afortunadas de la Gran Canaria*⁵³, de Antonio de Viana. Menéndez Pelayo duda de que lle-

⁵⁰ Seguimos la edición de la Real Academia, t XI Madrid Pero existe además otra en *Obras Escogidas*, Teatro, ed. Aguilar Madrid, 1962, tomo II, páginas 1262-83

⁵¹ Ed del C. S. I C, Madrid, 1944.

⁵² Vid. op cit, pág. 15.

⁵³ El título se completa con la siguiente apostilla: "Conquista de Tenerife y aparecimiento de la Imagen de la Candelaria. En verso suelto y octava rima por el Bachiller Antonio de Viana; natural de la Isla de Tenerife. Diri-

gara Lope a leerse entero el poema, porque acaso él tampoco hizo más que hojearlo, pero lo cierto es que captó lo esencial de la obra, tanto en su aspecto poético como en el histórico, e incluso en lo que tiene de dramático. El mismo D. Marcelino dice que a Lope de Vega "agradóle sin duda el estilo lozano y exuberante del buen Bachiller, su fantasía pródiga y amena, la candidez idílica de sus cuadros y, sobre todo, la extrañeza y novedad de las cosas que cuenta y de la naturaleza que describe. Le enamoró el color local del argumento, y con los materiales del poema labró esta comedia"⁵⁴.

A continuación, en el estudio de la estructura y composición de la comedia, señalaremos, con más precisión, esas influencias literarias en relación con los mismos acontecimientos históricos o elementos costumbristas, para plantearnos, finalmente, los problemas de índole temática, ideológica y artística de la obra de Lope.

Análisis del acto I.—Se inicia este acto —que, según los críticos, es el más logrado— con una exposición del héroe, D. Alonso de Lugo, el futuro conquistador de Tenerife, y de los motivos que le llevan a reemprender la lucha. Esto sirve para situar, ante el espectador, a los protagonistas y los móviles de la acción dramática: los conquistadores españoles y sus propósitos de echar al demonio de la idolatría de aquellas tierras.

Vosotros que en las conquistas
de naciones nunca vistas
habéis hecho hazañas tales,
que los tiempos inmortales
serán vuestros coronistas

(LOPE, I, 303-a.)

Situada históricamente la acción en la encrucijada de la última década del siglo xv, los españoles tenían bien justificadas estas pa-

gido al capitán D. Juan Guerra de Ayala, Señor del Mayorazgo del Valle de Guerra. En Sevilla por Bartolomé Gómez. Año 1604". Hay otras ediciones en 1854, 1882, 1883, 1904 y 1905, todas agotadas en la actualidad

⁵⁴ Vid. *Estudios sobre el Teatro de Lope de Vega*, ed. C. S. I. C., 1949, tomo V, pág. 287.

labras de exaltación: reconquista de Granada y descubrimiento de América en 1492, viajes de Colón y exploración de las Antillas y de la costa americana entre 1493 y 1499, sin contar con la conquista de La Palma en 1493 y anteriormente la de Gran Canaria en 1484.

Señala con precisión Lope las veces que Lugo ha intentado entrar en Tenerife:

Tercera vez animosos
a Tenerife volvéis,
a probar los belicosos
brazos que ya conocéis,
de sus bárbaros famosos
Tercera vez este mar
hemos vuelto a pasar,
y desde la Gran Canaria,
por tanta fortuna varia,
nos dan sus puertas lugar

(LOPE, I, 303-b.)

Pero se equivoca en indicar a ésta como tercera entrada, pues según los acontecimientos corresponde a la última sin serlo, pues a ella se refiere Abreu Galindo cuando dice: "hecha, pues, la reseña de toda la gente, el capitán Alonso Fernández de Lugo se embarcó en las seis carabelas que tenía juntas, y tornó a la isla de Tenerife por tercera vez sobre los guanches, y fue a desembarcar en el puerto de Santa Cruz", y que, según parece, fue el año 1495 —en verdad en 1496—, fecha en que se rindieron los últimos indígenas, mientras que en la comedia todavía volverán los españoles por cuarta vez.

Aunque estudiaremos con más detalle el tema de la licitud de los españoles para conquistar estas nuevas tierras pertenecientes a otros pueblos, debemos anotar aquí las razones que D. Alonso alegaba para realizar sus propósitos:

Bárbara es esta nación,
y desnuda de riqueza,
mas nuestra justa intención
es resistir su fiereza
¡Ah, piadosa Religión!

(LOPE, I, 303-b)

Pretendía, pues, sostener que a pesar de que los españoles sabían que no encontrarían tesoros en Tenerife, realizaban sus hazañas sólo para imponer la verdad religiosa. Pero en los versos siguientes parecen invocarse razones estratégicas misionales o militares:

Eche el demonio de sí,
como sahó de Canaria
por vosotros, y por mí;
que es razón contraria
sufrir tal vecino aquí.

(LOPE, ídem.)

Hay en una comedia de Lope, poco conocida, *El Nuevo Mundo descubierto por Cristóbal Colón*⁵⁵, una escena alegórica que tiene mucho de misterio medieval, que nos da la clave del concepto tópico de estos últimos versos. Colón, en su imaginación, cree ver disputar a la Providencia con la Idolatría y el Demonio. Una frase de la Idolatría nos da la misma idea de posesión del demonio sobre las tierras por descubrir y conquistar, igual que en las Canarias.

Tras años innumerables
que en las Indias de Occidente
vivo engañando la gente
con mis errores notables,
.

El demonio en ellas vive,
la posesión le entregué.

(LOPE, I, 351-a y b.)

Ni que decir tiene que la Providencia —a pesar de las pretendidas razones que los representantes de las tinieblas le dan— le otorgará a Colón permiso para descubrir las nuevas tierras para España y la Religión.

En *Los guanches de Tenerife* todos estos motivos son ratificados por Lope, por boca del Maestre de Campo a continuación de las palabras de su general:

⁵⁵ Vid. ed. de la Real Academia, t. XI, situada a continuación de *Los guanches de Tenerife*

La razón que os ha traído
a la conquista presente,
justa, heroica y santa ha sido,
y a España tan conveniente
como cuantas ha tenido.

(LOPE, I, 304-a.)

Y como iniciación de la acción, señala el objetivo y punto de arranque de la empresa:

Sola Tenerife queda
destas islas de Canaria,
que resistirsenos pueda,

(LOPE, I, 304-a.)

Completan la primera escena la presentación de dos nuevos personajes: Castillo y Trujillo, dos capitanes españoles que representan el impulso juvenil, fanfarrón y temerario, que siempre se atribuyó al soldado español de los siglos de oro.

En la escena siguiente, la acotación escénica explica cómo el decorado va dando la vuelta y la nave se transforma en un monte. Se supone, pues, que al propio tiempo que la nave capitana echa anclas en la costa tinerfeña, los guanches celebran una reunión. Ahora aparece la falda de un monte, probablemente a la salida de una caverna o residencia guanchesca, donde conversan los bárbaros de Tenerife como cortesanos del Renacimiento. La entrevista de Dácil y Bencomo tiene su fuente en los versos del *Poema* de Viana, que pueden servir de explicación comentada:

Sale Dácil, la hija de Bencomo,
doncella hermosa de su Reyno y Corte,
a la vega do estaba La Laguna
con la licencia de su caro padre,
y el capitán Sigoñe, y cien soldados
en guardia suya, porque ella desea
tener las fiestas del alegre día,

(VIANA, III, 81.)

Aquí se aprovecha Lope para introducir la bella descripción de los bosques y prados que rodeaban a la laguna, que Viana sólo describe más adelante, en el encuentro de Dácil y Castillo. Ahora es cuando el poeta isleño pone en labios de Dácil su monólogo frente al mar, donde —como nueva Nausicaa— presagia la llegada de un héroe que ha de conquistar su albedrío, cosa que suprime Lope, a pesar de su bello sentido poético y su estirpe clásica, acaso por ser un sentimiento isleño que él no comprendía demasiado bien:

Un pájaro muy grande, extraño, ageno,
espero que vendrá por ti volando

(VIANA, III, 84)

Lope dramatiza bellamente el pasaje. La gentil infanta pide licencia a su padre, el rey Bencomo, para que la deje ir a bañarse a una hermosa laguna. Téngase en cuenta que estamos en mayo y aprieta ya el calor:

En esa verde ríbera,
cuya selva pisa el mar,
hay una fresca laguna
que vierte una fuente bella:
quisiera bañarme en ella,

(LOPE, I, 304-b)

Bencomo le otorga el permiso, pero a condición de que la acompañe una fuerte escolta, puesto que la Isla está recelosa de otra acometida hispánica:

No quiero estorbar tu gusto,
pero advierte que tenemos
los españoles, que habemos
probado ya su disgusto.

(LOPE, I, 305-a.)

Y a continuación hace un breve resumen de lo ya acaecido hasta el momento histórico. Así, pues, el capitán Siley (el Sigoñe de Viana) parte con cincuenta guanches para acompañar a Dácil.

En la escena siguiente, también inspirada en otro interesante pasaje de Viana, vemos al rey Bencomo que ha convocado en el "tagoro" (o plaza de la audiencia) a sus nobles guerreros, y cómo, de pronto, la reunión es interrumpida por la llegada del agorero. He aquí, como comentario de fondo, los primeros versos del pasaje del *Poema canario*:

Júntanse todos en el real alcázar,
sale Bencomo bien acompañado
de los grandes y nobles de su corte,
llega al Tagoro, y entran en consulta
para tratar las cosas del gobierno,
y al mismo instante un agorero mágico,
llamado Guañameñe, pide audiencia,

(VIANA, III, 72)

A continuación Viana relata la escena del presagio, la reacción de Bencomo, el castigo del adivino, etc., de modo distinto a como lo dramatiza Lope, y lo veremos en el estudio de los caracteres de los personajes.

Luego vuelve a aparecer el campo español. En esta escena no hay una clara correlación entre los pasajes equivalentes de la *Comedia* y el *Poema*. En éste se evoca el momento de la fundación de la ciudad de Santa Cruz y los propósitos evangelizadores de la conquista:

En el puerto de Naga, a quien pusieron
desde aquel día el venturoso nombre
de Santa Cruz, así por esta causa
como porque en el punto deseado
que saltaron en tierra, don Alonso,
el general, sacó una cruz hermosa
en los brazos a tierra, por principio
de la predicación del Evangelio,
y por memoria la fijó en la playa

(VIANA, V, 126-27.)

Y en la *Comedia* los capitanes españoles se limitan a indicar la conveniencia estratégica del lugar donde asientan sus reales:

DON ALONSO: Este sitio me parece
que era bien fortificar
DON LOPE: Esta peña le guarnece,
y desta parte la mar
segura defensa ofrece.

(LOPE, I, 306-b.)

Después el general, Alonso de Lugo, departe con sus oficiales, animándoles a la lucha con el incentivo de los repartimientos, muy lejos de los propósitos evangelizadores:

Que della seréis señores,
y como conquistadores
la repartiréis, ganada
por los filos de la espada,
tantas veces vencedores.

(LOPE, I, 307-a)

También introduce Lope una disputa entre los dos capitanes, Trujillo y Castillo, sobre quién ha de realizar un reconocimiento al interior de la Isla. Al fin se echa a suertes y le toca a Gonzalo. Esta escena, típicamente teatral, no tiene antecedentes en Viana, pero sí la salida del héroe hacia La Laguna con una escolta, y no sólo como en Lope, aunque éste pone en boca de D. Alonso una prudente orden:

Formado
quede el valiente escuadrón
para cualquier suceso.

(LOPE, I, 308-a)

La descripción de Viana es un comentario precioso para la égloga-guanche (como la llama D. Marcelino) o el mito de Dácil-Castillo, y que, aunque certeramente comentada y cotejada por Lorenzo-Cáceres, estudiaremos en el apartado de los elementos idílicos y en el de los personajes de la *Comedia*.

Primero día del florido Mayo
estaban los navíos españoles
surtos en el seguro y quieto puerto

de Naga, al dulce abrigo de la tierra,
y en ella en larga playa el grueso ejército
con gran concierto y militar recato.

Y a continuación se inicia la acción donde interviene

el capitán Gonzalo del Castillo
con veinte de a caballo, de a pie treinta,
estaba en la espaciosa vega y bosque
de La Laguna, que del puerto dista
tres millas

(VIANA, V, 116)

En la escena siguiente, para iniciar el poético y delicado idilio hispano-guanche, Lope —siguiendo sus patrones teatrales— introduce a dos pastores guanches, que hacen también de soldados, Firán y Manil, mezcla de figuras de criados y graciosos, que aquí departen picarescamente para tratar de ver a Dácil bañándose en la laguna. Después sigue el encuentro de la infanta y el capitán Castillo en un delicioso paraje del bosque de Agüere. Al finalizar estas escenas, en Viana, es Castillo quien lleva de la mano a Dácil, casi forzada, a su campamento:

Llevándola con esto de la mano,
ella no lo consiente, y, porfiándola,
al fin camina con turbados pasos,
teme Dácil, dudosa, a dó la llevan,
congójase de verse así forzada,
ya anda, ya se para, ya revuelve
a una y otra parte con la vista,
para ser socorrida de sus guardas;

(VIANA, V, 124)

En cambio, Lope, por lo contrario, hace que la princesa Dácil conduzca al español extraviado en la selva, y éste es quien parece desconfiar, puesto que le dice a la salvaje:

—Parece que no me guías
hacia la mar, y a la tierra
te vuelves

(LOPE, I, 311-b)

El paralelo entre el *Poema* y la *Comedia* continúa, pero los episodios cambian un poco en la estructura externa, y mucho más de sentido, como se adivina hacia el final del canto V y del acto I. Así el capitán guanche —en Viana—, al oír los lamentos de Dácil, sigue el rastro dejado por ella misma:

Dácil se aflige en verse sola, siente,
siente su gran peligro, disimula,
quebra la sarta larga que traía
puesta por rico adorno al blanco cuello,
de caracoles, conchas y juguetes,
y deja en las veredas del camino
segundo rastro, conocido y cierto

... ..

(VIANA, V, 124.)

Todo lo cual es seguido fielmente por Lope al ponerlo en boca de Siley, el capitán guanche, cuando, alarmado por la tardanza de la infantina, sale en su busca acompañado por Manil y Firán:

—Algún extraño mal le ha sucedido,
por esta senda misma caminemos,
que señas ha dejado, a la costumbre
nuestra, de su desdicha y pesadumbre.

La sarta que de blancos caracoles
llevaba al cuello, de ámbar embutidos,
en señal que la llevan españoles
rompió, y dejó en las sendas esparcidos.

(LOPE, I, 311-a.)

A continuación Viana sigue la narración, que se supone sucede también en Lope.

En esto ya llegaba el gran Sigofne
a la fuente, buscando diligente
a Dácil que, siguiendo otra vereda,
subió por la otra parte del arroyo
No la halla, se admira, y reconoce
el rastro, va siguiendo sus pisadas
con tal solicitud, que en breve tiempo
alcanza a divisar, de allí muy cerca
al caballero, y a la bella infanta.

(VIANA, V, 124.)

Castillo quiere hacer resistencia, protegido por sus soldados, y cuando parece que se va a entablar una pelea entre ambos bandos, la gentil infanta detiene a los suyos:

Quieren acometer a los de España,
mas Dácil se lo impide y los detiene,
y le manda a Sigoñe que no excedan,
so pena de la vida, de su orden.

(VIANA, V, 125)

En Lope la situación y los matices de los sentimientos son distintos. Castillo está solo; Dácil, por precaución, ha dejado unas señales, pues no va desconfiada al lado del capitán español, y cuando se presenta el oficial guanche, no sólo grita que no le acometan, sino le hace acompañar, por uno de los suyos, al campamento de los invasores. Siley y Castillo se quieren acometer, pero la infanta, con serenidad, explica el episodio para salvar a su galán:

—El español ha venido
con la armada de Canaria,
que tantas veces contraria
para Tenerife ha sido.
Entrando a reconocer,
me halla, y tan bien me ha tratado,
que a lo que véis me ha obligado

(LOPE, I, 312-a)

Pero, como aún Dácil se queda intranquila, ordena al viejo soldado Manil que acompañe a D. Gonzalo:

—Con este español agora
has de ir en guarda hasta el mar;

(Idem)

Este generoso hecho, que no tiene precedente en Viana, se encuentra en la historia primitiva de la conquista de Gran Canaria, de donde acaso lo tomara Lope de oídas. Conocido es el episodio de Diego de Silva, que al internarse con un fuerte destacamento de los suyos en tierras del guanarteme de Gáldar, fue sorprendido y ro-

deado por los isleños, que en vez de exterminar a los expedicionarios les perdonaron la vida y les condujeron, por una enorme cuesta, uno a uno, hasta el mar para que se retiraran, en paz, a sus tierras ⁵⁶.

A continuación someten a interrogatorio a Manil. Este dice por qué conoce la lengua española, lo que explica también que, en Lope, Dácil y Castillo se entiendan, aunque ella se exprese sin soltura todavía. Cosa que alguien le ha reprochado a Lope de inverosímil, pero que tiene una base histórica, comprobada por el intercambio de españoles y tinerfeños habidos con anterioridad al último desembarco en Tenerife:

—Sí, entiendo,
que, aunque de bestias nos traten
allá vuestros españoles,
no somos tan ignorantes;
las veces que habéis venido,
por maestros nos dejastes
algunos cautivos vuestros:

(LOPE, I, 313-b)

Lope, para cerrar el acto, enfrenta, con el parlamento de Manil, al salvaje con el civilizado, pero visto desde la perspectiva del guanche (que bien puede ser la de Lope mismo). De ello resulta, en realidad, una sátira de los cortesanos que visten pulidamente y que viven fuera del contacto de la naturaleza:

—Ni es posible que se ensanche
con tan estrechas ropillas
el corazón por las carnes.

(LOPE, I, 314-a)

Frente a esto, el hombre guanche, libre y fuerte, se desarrolla sin traba alguna:

—Acá sí que, en traje libre,
hallaréis hombres gigantes
que se comerán un toro
y se beberán dos mares,

⁵⁶ Vid. op. cit. Abreu Galindo, pág. 83.

y machacarán de un golpe,
con un cepejón de un sauce,
diez o doce de vosotros

(LOPE, I, 314-a)

Ante esta fanfarronada, propia del soldado gracioso, que mezcla las burlas con las veras, no es extraño que el capitán Castillo, que, por otra parte, tiene, como Trujillo, algo del "milites gloriosus" de las comedias, suelte también su bravata:

—¡Vive Dios, que sólo baste
a sorberme, como huevos
frescos, canastas de Guanches!

(LOPE, I, 314-b)

Por el desarrollo y composición de este primer acto se habrá podido comprobar que —si tiene elementos tomados del *Poema de Viana*, como base, la *Comedia*— el sentido de la obra, así como su estructura e interpretación, son distintos a sus fuentes. Hay en este acto un buen repartido equilibrio entre las escenas de los españoles y los guanches; con ello nos quiere, sin duda, llevar el autor a un enfrentamiento del salvaje y el civilizado, como insinuó Menéndez Pelayo. Lope no deja de señalar la codicia y la fanfarronería en el bando español, aunque las figuras del general y el maestro de campo guarden cierto continente y seriedad, que se desprende de su mandato y misión. Como contrapartida, el mencey de Taoro, su hermano Tinguaro y el agorero también están investidos de una misión noble: defender sus tierras y su estilo de vida de unos intrusos invasores. Y en otro plano, los soldados españoles, con sus bravatas, frente a los soldados graciosos guanchinescos, con sus exageraciones y picardías. Y solitario, embelleciendo el cuadro de la obra, el comienzo del idilio de Dácil y Castillo, en su primer encuentro en las selvas del Agüere. Así el espectador queda en situación de comprender el drama que se plantea en esta obra, su realidad hispánica, que —aunque referida a un pequeño episodio de la gran empresa histórica de la conquista— representa los mismos conflictos de todas las partes a donde fueron los españoles. Acaso Lope, llevado por su instinto, viera que la falta de riquezas de las Islas

podiera ser compensada por la explotación de las fértiles tierras canarias:

—La tierra es bella, y podría
tener en sí más provecho
del que por bárbaros cría.

(LOPE, I, 307-a.)

Análisis del acto II.—Comienza con una reunión, más íntima que la anterior, en el rústico palacio guanche, donde el mencey Bencomo expone, en una hermosa descripción, el cuadro de su sencilla vivienda, sus vestidos, alimentos y costumbres patriarcales. que, en la obra de Lope, podrían tener su correlación con la vida de Juan Labrador en *El Villano en su rincón*. La escena puede tener como fondo algunos versos descriptivos del canto primero del *Poema*:

Sus ricas casas eran cuevas cóncavas,
que en levantados cerros se hacían,
y otras casas de solas piedras toscas,
cubiertas de madera, paja y tierra;

(VIANA, I, 35.)

o como dice el Bencomo de Lope:

—Es mi palacio dorado
la cueva de un risco entero.
De una vez Naturaleza
mis aposentos labró;

(LOPE, II, 315-a.)

Del resto del discurso Lope toma poco de la parte descriptiva del canto señalado del *Poema*, a pesar de que tenía allí una abundante información de la vida y costumbres de los antepasados isleños del bachiller lagunero.

En la siguiente escena, Manil se presenta ante el rey y cuenta su visita al campamento español. Continúa la parodia de la vida cortesana, y para celebrar lo fácil que representa el vencer al enemigo y conseguir apartar la tristeza de su hija, el mencey manda

organizar unos festejos. Recurso muy lopesco para animar las comedias.

—Que contra los españoles
hagáis fiestas, bailes, juegos,
convites y grandes fuegos.

(LOPE, II, 316-a.)

Pues, como dice Viana, los guanches eran muy aficionados a toda clase de diversiones:

Haciendo grandes gastos en convites,
y, sobre apuestas para regocijos,
hacían fuerzas, levantaban pesos,
en luchar, en correr, saltar, y en pruebas,
en bailes, con destreza y valentía,
mostrando su valor en competencias.

(VIANA, I, 29)

Siguen unas escenas —acaso las más flojas del acto— en que Lope, para salir del paso, recurre a las manoseadas entrevistas del criado y la dama. También es otro fácil recurso, muy lopesco, el presentar, luego, una duplicidad de parejas, que enfrentan el amor idílico de Dácil con el más terreno y positivo de la soldadesca española y las bellas mujeres guanches.

Es curioso observar, en primer término, cómo el gracioso guanche es el primero en españolizarse. Lo que, entre bromas y veras, concuerda con la realidad que atestiguan todos los historiadores: la facilidad con que asimilaron los canarios la superior cultura de los hispanos. He aquí cómo monologa Manil:

—Aunque al español traté
poco tiempo y de camino,
a su valor peregrino
aficionado quedé.
No me enfada su nación,
aunque volví por la mía,

(LOPE, II, 316.)

Aparte de la conversión final de los indígenas, hay otros antecedentes de españolización en el *Poema* de Viana, como es el relato del salvaje Antón que refiere la historia de la Virgen de las Candelas:

Decía ser cristiano, y como hablaba
la lengua castellana diestramente,
sí, según se entendía, era nacido
allí en aquella isla entre gentiles

(VIANA, V, 156.)

Se produce luego un diálogo entre Dácil y Manil, que tiene mucho de juego picaresco y conceptista, con fondo de platonismo renacentista. Se trata de lo que D. Marcelino y María Rosa llaman puerilidades y ñoñeces lopescas, pero que me parecen, simplemente, recursos teatrales muy de época. Así, por ejemplo, las palabras de Dácil, enamorada como cualquier doncella española de cualquier comedia de la época:

—No sé qué traigo en el pecho
desde que vi su hermosura,
que no me deja dormir
ni en cosa tener placer.

(LOPE, II, 317-a)

Al ser tomados al pie de la letra —como corresponde a la rusticidad de los protagonistas— la idea del alma, da lugar a todo ese juego conceptista al que nos referimos.

Este juego tiene su prolongación en las escenas siguientes, donde el capitán Trujillo y el soldado Valcázar obtienen un refugio hospitalario y amoroso en las cuevas de las guanches Palmira y Erbasia (nombres poco guanchinescos, pero algo norteafricanos y exóticos). También aquí los españoles dejan sus almas en una placentera visita a las cavernas, interpretación de isleñas Arcadias o Cítereas. A continuación se intercala el episodio del robo de la espada de Trujillo, inspirado en otro del canto IV del *Poema* del médico lagunero. Aquí es Sigoñe, que, cuando acompañó a la infanta a la laguna, le quitó la espada al capitán español, mientras dormía cerca del campamento, y ahora se la lleva, como despojo,

al rey. Le hace una estupenda descripción de las armas y vestimentas de los españoles, muy superior a la que hace Manil en la obra de Lope. Entonces Bencomo toma posesión del arma y

Mira el fulgente acero de la espada,
pasa los dedos con cuidado y tiento
por sus agudos filos, y apretándolos,
córtase sin sentir; queda confuso
de ver la roja sangre que derrama,

(VIANA, IV, 112)

Lope aprovecha el episodio para presentarnos la simplicidad de los isleños, y por eso lo lleva sobre la misma acción, y para no menoscabar la realeza, atribuye el hecho a Tinguaro, el hermano del menecy Bencomo. Véase la acción condensada en el diálogo:

TINGUARO: El arma que trae ceñida
le quiero agora quitar,
y aún no quieren despertar.

ARFINO Pónla en el suelo;
Tira.

ARFINO: ¡Ay, lo que dentro tenía!
Tócala, a ver

TINGUARO: Estaos quedos

ARFINO: ¿Sueitas?

TINGUARO: ¡Cortéme los dedos!⁵⁷.

(LOPE, II, 319-b.)

Luego vuelve a intercalar dos escenas más sobre el desafortunado tema de las almas; una en la corte del mismo Bencomo, que se entera de lo ocurrido por Manil y Siley, que confiesan, tranquilamente, que Erbasia, desposada con Tinguaro, "de otro español que la vio / tiene el alma y anda triste" (II, 320-b). Cosa que está en total desacuerdo con las declaraciones de los historiadores y de Viana, en que el adulterio era castigado severamente por las cos-

⁵⁷ El precedente histórico de este hecho puede estar en un pasaje del *Diario* de Cristóbal Colón, donde dice, hablando de los indios cances: "No traen armas ni las cognocen, porque les amostré espadas y las tomaban por el filo, y se cortaban con ignorancia".

tumbres guanches. Otra escena es la del encuentro y contraste de las enamoradas y gozadas Erbasia y Palmira con la gentil Dácil, quienes se comunican sus sentimientos:

—¿No sentís un no sé qué
de las almas españolas,
allá cuando estáis a solas?

(LOPE, II, 321-a)

Al contestar ellas negativamente, Manil aprovecha el momento para hacer un comentario picaresco y subido de color como en otras comedias de Lope.

—Sintiéronlo todo junto,
y no les queda qué sientan.

(LOPE, II, 321-a)

Estas escenas son algo disculpables por la obsesión erótica de Lope, y su afán por acentuar el carácter primitivo y simple de los salvajes isleños. Extremando las cosas por otro lado, podría interpretarse esta entrega de las almas, no como traición o hechicería, como dicen los guanches, sino en función de un símbolo platónico de captación espiritual-amorosa, y al propio tiempo cristiana, de los guanches por los españoles. Porque ya con esta donación amorosa del alma se les daba lo esencial cristiano, puesto que para Lope aquéllos eran bárbaros que vivían sin tener conciencia de su noble naturaleza anímica, casi como bestias. Dejándoles el alma se les elevaba a categoría de seres humanos.

Por otra parte, como réplica a las parejas amorosas de tipo renacentista, tomadas por Viana de Ariosto y de Tasso, que corresponden a los exóticos nombres de Ruimán y Guazimara, Guetón y Rosalva, Tinguaro y Guájara, aparecen las parejas de Castillo y Dácil, Trujillo y Palmira, Valcázar y Erbasia, que, aun tarados de los tópicos literarios y de recursos teatrales, están mucho más cerca de la realidad histórica contemporánea.

Luego el rey Bencomo envía a Siley con una embajada a los españoles, y dispone la celebración de las fiestas, como ya se había indicado antes. Se realiza el baile y el canto, de los que hablaremos

en otro lugar. Pero la escena de regocijo es interrumpida por el anuncio de la llegada de las tropas españolas que se acercan.

—Los rayos y truenos son
con que esta fiera nación
temor siempre nos ha puesto.

(LOPE, II, 322-a)

Bencomo, como buen estratega, manda a los suyos recogerse y a convocar a sus vasallos para la guerra. Mientras, esta escena se alterna con otra donde aparecen los jefes del bando español, a los que también informa Trujillo de su reconocimiento.

—Oímos de armas belcoso estruendo,

(LOPE, II, 322-b.)

A continuación se escenifica la entrevista entre los representantes de ambos ejércitos, que en Viana reviste mayor dignidad que en Lope, donde se limita la embajada a un parlamento entre Siley y D. Alonso, y no entre ambos jefes como en Viana. He aquí la descripción de la llegada de las huestes enemigas:

Forman el batallón con buen concierto
en campo raso, y entre dos quebradas
por más seguridad, y en breve punto
descubren a la parte de aquel bosque
gran número de gente, que acercándose
con orden, poco a poco, caminaba,

... ..
Los que llegaban era el Rey Bencomo,
con cuatrocientos hombres, que venía
a visitar de paz los españoles,

(VIANA, V, 127-28)

En Lope este hecho está brevemente indicado por el soldado Valcázar:

—Un bárbaro del monte al llano baja,
donde su peña forma aquel portillo

(LOPE, II, 323-a)

En Viana el parlamento está todavía antecedido de toda la pompa reglamentaria de los desafíos medievales. Intervienen incluso los intérpretes o lenguas, como en los poemas épicos de la época.

Se llega cerca del real de España;
háceles desde a fuera ciertas señas
de paz, según usaban a su modo;
salen las lenguas a saber su intento

(VIANA, V, 129.)

En la *Comedia* Siley, el embajador de los guanches, después de hacer el saludo de rigor, expone las fuerzas de las armas invasoras para compararlas con la pobreza de la Isla y la sencillez de sus habitantes, hace alusión a la supuesta hechicería de las almas y termina desafiando a los españoles:

—A esto mi Rey me envía,
y a deciros que os aguarda
en la falda de ese monte,
para daros la batalla;

(LOPE, II, 323-b)

D. Alonso contiene a duras penas al impetuoso capitán Castillo, que quiere atropellar al embajador salvaje, sin respetar sus privilegios. Muy lejos de esto, en el texto de Viana, Bencomo manda a sus lenguas que pidan al general enemigo exponga sus intenciones:

—Decid al noble capitán valiente,
a quien sigue ese ejército famoso,
qué quiere en estas tierras con su gente,
siendo de ellas el paso peligroso,
declare su intención abiertamente,

(VIANA, V, 129.)

Y entonces el general del ejército español le expone, por el mismo medio, sus pretensiones:

—Responded que agradezco su embajada,
y que para su bien tres cosas quiero:
la paz, que pues os dice que le agrada,

la pido en amistad, que es lo primero;
 lo segundo, que admitan la sagrada
 Fe, que en salvarse es medio verdadero;

.....
 Lo tercero, les pido y les declaro,
 que obediencia den al Rey de España.

(VIANA, V, 129.)

Muy desfigurado aparece este grave y sencillo discurso en Lope, pues en las palabras de D. Alonso de Lugo se nota cierto tono despectivo, a causa de la pobreza de los salvajes, en contraste con las fabulosas riquezas de su patria. He aquí parte de su discurso:

—Dile a Bencomo, tu Rey,
 ese guardador de vacas,
 que yo no vengo a sus islas
 ni por oro, ni por plata
 vengo a obedecer no más
 lo que mis Reyes me mandan,
 que reduciros desean
 a la ley de Cristo santa.

(LOPE, II, 324-a)

La contestación de Bencomo, que no existe en la *Comedia* de Lope, es todo un equilibrado manifiesto de serena y razonada independencia, que pudiera ser usado como réplica a favor de la emancipación de cualquier estado moderno frente a su antigua metrópoli:

En cuanto a la amistad, de muy buen grado
 la acepto, que la paz es lo que quiero,

.....
 será la paz dejando nuestras tierras,
 porque asistiendo en ellas habrá guerras

En cuanto a ser cristianos sólo pende
 de voluntad, nosotros no sabemos
 qué cosa sea, porque no lo entiende

.....
 Y en cuanto a darle obediencia, toca
 al Rey que dice, todos lo negamos,
 que sólo imaginarlo nos provoca
 a que luego la paz interrumpamos,

(VIANA, V, 130.)

Es curioso cómo Abreu Galindo, copiándolo de fuente seguida por Viana, reproduce este pasaje, dándole crédito histórico:

“Traía consigo el rey de Taoro sólo 300 hombres escogidos; y, como lo encontró, le dijo Alonso de Lugo que venía a procurar su amistad y a que fuesen cristianos, y que fuesen vasallos del rey de España, que les haría mercedes. A esto respondió el rey de Taoro: que en cuanto a la paz y amistad que pedían, que él las aceptaba, porque ningún hombre la había de desechar de sí, y que era bien para todos, y que él la admitía de buena voluntad con tal que se fuesen de su tierra, que él les daría todo cuanto hubiesen menester; y no sabía qué cosa eran cristianos; y a lo que decía de sujetarse al rey de España, que no lo conocía ni sabía quién era, ni pensaba sujetarse a otro hombre como él”⁵⁸.

Para las escenas siguientes —aparte del episodio de la espada de Trujillo, que también está muy desfigurado en Lope, porque es a Bencomo a quien se la pide— hay que buscar la inspiración de nuestro dramaturgo en los versos del canto VIII, que naturalmente al pasar a la *Comedia* quedan muy esquematizados. El comienzo de la escena de la batalla de Acentejo está marcado por una breve indicación que dice: “Las cajas toquen, y hagan la batalla saliendo algunos bárbaros con los españoles”. Para situar los hechos y explicar las palabras del Tinguaro lopesco sirven de fondo estos versos del *Poema*:

Descubriendo los lianos de Centejo
se ponen sin recelo en el peligro;
llegan donde el ganado está apastando,
que fue del Capitán Tinguaro industria
para comodidad de su propósito; .
cercan en breve tiempo un gran rebaño,
y, para bien hacerlo, se dividen
desordenando el escuadrón formado,

(VIANA, VIII, 200)

Y en Lope se indica el plan estratégico, por una orden del jefe Tinguaro:

⁵⁸ Vid op cit., cap XVII, pág 229

—No salgáis, guanches famosos,
 hasta mejor ocasión,
 pocos los contrarios son,
 puesto que son valerosos;
 estad a punto esperando,
 hasta cogerlos en medio,
 porque no tengan remedio.

(LOPE, II, 324-a)

Se desarrolla la batalla o matanza de Centejo o Acentejo, descrita por Viana con gran lujo de detalles, unos históricos, otros legendarios y algunos tomados de sus modelos del género épico. He aquí cómo son sorprendidos los españoles en la quebrada:

Alzan los gritos, silbos y alaridos
 los naturales, y ligeros bajan
 de la alta cumbre con terrible estruendo

 Retumba el eco de las roncadas voces,
 y de las cajas, pifanos y trompas
 en altos montes y profundos valles

(VIANA, VIII, 201)

En la escena siguiente continúa la acción, después de la sangrienta lucha, cuando aparece Lugo, dispuesto a morir junto a sus soldados, exclamando en el colmo de la desesperación:

—Pues ¿es bien hecho
 que yo no muera aquí, Lope famoso,
 viendo todo mi ejército deshecho?

(LOPE, II, 324-b)

Lope Hernández de la Guerra, como buen patriota, quiere justificar la derrota por haberse realizado el ataque por sorpresa y ser muchos más los guanches que los españoles:

—Si deste monte por lo más estrecho,
 este bárbaro guanche, belicoso,
 puso siete mil hombres en celada,
 ¿qué importa al brío y la española espada?

(LOPE, II, 324-b)

Al hacer el recuento de los caídos en la batalla, Viana, aunque excede a Lope en los hombres que lucharon, se queda por debajo en el número de muertos:

Donde tres horas largas batallaron,
y murieron quinientos españoles
y canarios católicos trescientos,
y más de tres mil guanches: que eran tantos
los que acudieron, que, según se afirma,
nueve mil batallaron aquel día.

(VIANA, VIII, 221)

En cambio, en el número de supervivientes de la matanza coinciden ambos poetas. Así en el *Poema* dice:

Y así los que con Lugo se juntaron
y otros algunos que después vinieron
hacen tocar a recoger la tropa:
congréganse cincuenta mal heridos,

(VIANA, VIII, 220.)

Y en la *Comedia* el soldado Valcázar nos da la misma cifra:

—¡Oh, valeroso General!, ¿qué haremos,
que apenas de mil hombres hay cincuenta?

(LOPE, II, 324-b.)

Hay un detalle que bastaría para demostrar hasta qué punto conoció Lope la obra de Viana, y lo que de ella tomó. Este es la alusión que hace a uno de los tantos episodios de la sangrienta lucha de Acentejo. Se refiere el *Poema* a un grupo de supervivientes que huyeron de la matanza a refugiarse en una cueva, para pasar luego a un islote de la costa:

Por escapar las vidas, retirándose,
siguen un cerro por lo más tajado,
hallan en lo más alto una gran cueva

(VIANA, VIII, 222.)

Que tiene su réplica en la referencia que hacen las prudentes palabras del capitán Trujillo cuando aconsejaba :

—Yo soy de parecer que a la ribera
del mar retires esa gente poca
que se libró de la batalla fiera,
escondida en la cueva desa roca.

(LOPE, II, 325-a.)

En la escena siguiente D. Alonso considera que deben seguir luchando hasta morir para lavar el deshonor de la derrota ; mas las prudentes y generosas palabras de su maestro de campo le devuelven otra vez la esperanza. Estos hechos tienen lugar, en Viana, ante el consejo en torno a sus nobles oficiales :

Entró en consejo con su gente noble,
por resolver en lo que hacer debía,
y aunque algunos quisieron se dejase
la pretensión costosa de conquista,

.....
al fin Lope Hernández de la Guerra,
viendo a su general tan angustiado,
sin gente, sin dineros y sin armas,
se ofreció de ayudarle con su hacienda,
diciendo vendería dos ingenios,
que en Gran Canaria poseía entonces.

(VIANA, VIII, 237)

Estos versos tienen su reproducción exacta en la escenificación de Lope sólo con poner la misma declaración en boca del mismo héroe :

—Volvamos a Canaria, que mi hacienda,
mis ingenios de azúcar y otras cosas,
haré que en plaza pública se venda,
y armaremos dos naves belicosas

(LOPE, II, 325-a)

A continuación la escena se desarrolla —como contrapartida al campo español— en el campo guanche, donde se celebra la victoria con el despojo de los vencidos. Una vez más Lope hace resaltar la

simplicidad de los isleños, mostrándolos asombrados ante las ropas y las armas de los españoles, cosa que tiene algún antecedente en Viana, como el episodio del mortal accidente de la ballesta que se dispara sola. La escena de regocijo es interrumpida con la llegada de la infanta Dácil, que hace exclamar a Tinguaro: "¡Qué triste la infanta viene!". El rey intenta animarla como el buen padre de las clásicas comedias, pero ella se retira a solas con el pastor Manil, que se ha convertido en su confidente.

Esta entrevista la aprovecha Lope para disminuir la tensión dramática, creada por la batalla, con una graciosa escena basada en el encuentro de Manil con una bota de vino, que él cree instrumento venenoso y mortal. Ambos beben de la bota para morir e ir en busca de ese mundo donde Dácil piensa ha de reunirse con su amado Gonzalo que cree muerto en la matanza, pues

muchos dicen que se parten
las almas, cuando se mueren
los cuerpos, a un reino grande;
pues si es muerto mi español,
luego, como yo me mate,
iré al mundo donde está.

(LOPE, II, 326-a.)

Cuando el vino comienza a hacer sus efectos aparece el capitán Castillo herido gravemente. He aquí cómo lo pinta Viana y cómo también se lo imagina Lope:

Animase y camina, aunque no puede
por estar malherido y lastimado.

Pero el encuentro con Dácil es menos directo, pues, en el *Poema*, sería luego de ser conducido preso ante Bencomo cuando lo ha de reconocer ella entre los prisioneros. Lope suprime este rodeo y hace terminar esta escena con el segundo encuentro de Dácil y Castillo. Ella promete curar a su galán

. con hierbas saludables,
que acá conocemos muchas.

(LOPE, II, 327-a.)

Así pues, en este acto segundo, acaso por no haberse planteado, desde el principio, el sentido dramático de la obra o porque asustado de la grandeza belicosa y el sentido de exaltación por la lucha de independencia a que le arrastraba el seguir demasiado fielmente la obra épica de Viana, altera el rumbo establecido en el primer acto, y desfigura o modifica mucho más el carácter y los hechos de sus personajes, perdiendo, con ello, cierta sinceridad y delicadeza poéticas con que había iniciado su comedia. Continúa la alternancia, aunque menos acusada, entre los temas guanches y los españoles, pues, con el episodio de la unión amorosa entre españoles y salvajes y el intercambio de discursos o embajadas, parecen desdibujarse las diferencias. Son momentos cruciales de este acto: la escena de la embajada de Bencomo y su ultimatum, y la respuesta de D. Alonso de Lugo que determina los fines ideales de la conquista, indicándonos, de paso, el concepto que el poeta tenía de los bárbaros isleños. Otro episodio importante, pero irrepresentable, es la tremenda derrota de los españoles en Acentejo, sólo insinuado, y que termina con la parodia de la victoria guanche y con la embriaguez de Dácil y su criado Manil, buscando la entrada a una región superior.

Análisis del acto III.—Se inicia este último acto de la comedia con las escenas de la aparición y primeros milagros de la Virgen de la Candelaria, que Lope también toma del *Poema de las Antigüedades de las Islas Afortunadas*, alterando su situación histórica y algunas circunstancias de la piadosa leyenda para servir a los fines de su obra. A partir de este momento la comedia queda como escindida por el pathos religioso, y adquiere un sentido semidivino-profano, característico de muchas comedias de la época, y que tanto censuraron los críticos clasicistas del siglo XVIII.

Aparte de Viana, también trata de esa aparición milagrosa la obra dramática de un autor anónimo titulada *Comedia de Nuestra Señora de la Candelaria*. Tanto este autor como el poeta médico se inspiran en la obra del P. Espinosa ⁵⁹ *Del origen y milagros de Nuestra Señora de la Candelaria, que apareció en la isla de Tenerife*,

⁵⁹ Obra de Fray Alonso de Espinosa, de la Orden de Predicadores, ed. Sevilla, 1594. Vid. ed. Tenerife, Biblioteca Isleña, 1848

con la descripción de esta isla. Viana, aparte de la referencia que hace en el canto I a la Virgen "Que apareció en el Reino de Güímar / cien años antes que cristianos fuesen", dedica gran parte del canto VI al relato de Antón, el guanche bautizado y devuelto a Tenerife, que cuenta la historia y milagros de la imagen santa, aparecida años antes de que llegara Alonso de Lugo con sus tropas. De este relato saca Lope las principales escenas del acto III de su comedia.

Lo mismo que en Viana, son dos pastores guanches los que descubren la imagen de la Virgen en la cueva. Estos pastores, que no nombra el poeta lagunero, es la conocida pareja de pastores-graciosos, Manil y Firán, y que en la *Comedia de Nuestra Señora* reciben los nombres más clásicos de Dorito y Lucindo⁶⁰. He aquí algunos versos que sirvieron a Lope para componer esta escena: La Virgen

pareció con celestes resplandores,
a dos simples zagales descudados,
a boca de un barranco una mañana
en pie sobre una peña al mar cercana.

Después relata con detalle el acontecimiento:

Allí los dos pastores, sin sospecha
de tan alto suceso, su manada
como en aprisco siempre la ordeñaban
y así para la cueva caminaban.
Pasando pues al punto acostumbrado,
las cabras comenzaron a espantarse,
que indignas ya de aquel lugar sagrado
no querían pasar
El uno de ira y cólera movido,
se adelantó, por ver qué causa hubiese,
de aquel ganado manso, detenido,
pasar, como solía, no quisiese,
y como fuese necio y atrevido
y de cerca la imagen santa viese,
vencido (aunque confuso) del corage,
osado hizo un desigual ultrage.

(VIANA, VI, 164)

⁶⁰ Vid. ed C S I C, Madrid, 1944, pág 61 y ss.

En vez de esta prosaica narración de Viana o la seguida, al pie de la letra, de la fuente común por el autor anónimo de la *Comedia* sobre la Virgen, Lope reduce la aparición a los elementos esenciales. Los dos rústicos —que van hablando de los españoles a pesar de que hace ya más de un año de su última entrada en la isla Nivaria— van a encerrar su ganado, y de pronto surge la divina imagen:

MANIL: Metámosle en esta cueva,
 Firáñ, porque no se mueva
 antes que salga ordeñado

(LOPE, III, 327-b)

Y luego en la notación escénica dice: “Abrase una puerta de esta cueva, que será de rama, y véase una imagen de Nuestra Señora con una candela en la mano y su santísimo Hijo”. Los dos guanches atribuyen la aparición, como hace Viana, a través de Espinosa, a una mujer real. Mas una ley guanchinesca les prohibía hablar a las mujeres que iban solas; pero el poeta madrileño —con gran acierto— prescinde de esto, y hace pensar a los pastores que se trata de una dama española que se ha quedado abandonada, después de haber dado a luz en aquella cueva. En flúidas redondillas nos va describiendo la imagen por boca de los pastores asombrados:

FIRÁN: Es así
 un niño tiene en los brazos,
 y el niño un pájaro tiene.
MANIL: Con una candela viene
 a darle tiernos abrazos

(LOPE, III, 328-a)

Viana, siguiendo la narración, relata cómo el pastor, al ver que no se apartaba la mujer del paso de su ganado, que estaba como hechizado, se decide a apartarla por la fuerza:

Y viendo que no hacía mudamiento
en quitarse del paso del barranco,
ni en responderle, con furor violento
... ..

arrebató con bravo atrevimiento
una piedra, y quedó, al tirarla, manco.

(VIANA, VI, 164-65.)

Y en Lope, Manil, después de intentar hablar con ella, se impacienta, la increpa, procurando aún convencerla de que debe retirarse:

—Pues ¿es bueno que os vengáis
al pesebre de mis cabras?
Y ¿aún no pagáis con palabras?
Salid fuera, ¿qué aguardáis?
¡Pardiez, que os he de tirar
esta piedra! ¡Ay, ay de mí!

(LOPE, III, 328-b.)

Y lo mismo que en el *Poema*, el otro pastor, en vez de escarmentar con la manquedad de su compañero, al intentar cortar un dedo de la imagen para saber si era un ser humano, se corta él mismo,

Que no menos su cólera y desprecio
fue castigada, como en el primero

(VIANA, VI, 165.)

Luego los pastores claman por sus dueños, y acuden Bencomo y sus capitanes, que, al oír las exageradas exclamaciones de los rústicos, atribuyen, lo mismo que ellos, a los españoles estos sorprendentes hechos. Manil explica, a continuación, lo sucedido, en unas redondillas como breve resumen de lo que relata Viana en nueve desmayadas octavas reales:

—Queriendo entrar, ¡ay de mí!,
no me quiso responder;
una piedra alcé del suelo,
fuéle a tirar, y al tirar
me pudo el brazo dejar
como convertido en hielo
Firá, por venganza mía,
fuéle a cortar una mano;
cortóse una suya

(LOPE, III, 329-a.)

Viana cuenta cómo se curan ambos lisiados por el solo hecho de ordenar el Rey que ellos mismos transportasen la imagen a otro lugar:

Con esto el Rey mandó, determinado,
que aquellos dos que ya heridos fueron
mano le echasen, porque ya han llevado
lo que por atreverse merecieron
Los dos obedecieron su mandato,
y así como las manos le pusieron
quedaron sin lesión, como antes, sanos,
con gran admiración de los paganos.

(VIANA, VI, 166)

Pero Lope dramatiza más la milagrosa curación, haciendo que Manil se interponga entre el Rey y la imagen para que no la destruya, con lo que la escena adquiere mayor espectacularidad, aprovechando, de paso, la proclamación de fe en la Virgen, que hace el pastor:

—¡Señora, ayúdame agora
para que os libre! ¡Ay, Señora,
grande valor, grande precio
debéis de tener en vos,
que quien esto pudo hacer,
o es hija, o madre, o mujer
de algún poderoso Dios!
En vos desde hoy más confío,
y por mi dueño os abrazo,
pues yendo a tener el brazo
del rey, me disteis el mío.

(LOPE, III, 329-a-b)

Siguiendo el ritmo dramático de los acontecimientos, introduce aquí Lope el anuncio de la nueva arribada de los españoles con un lucido ejército, que causa el espanto de los espías guanches en Viana y de Palmira en Lope, y la orgullosa fanfarronada del Rey bárbaro en ambos, aunque más acentuada e hiperbólica en el poeta madrileño. Compárense algunas estrofas que están compuestas en el mismo metro en la *Comedia* y en el *Poema*. He aquí la noticia comunicada por el temeroso espía:

—Irresistible mal, señor, te aguarda,
 que en sólo imaginar tu orgullo fiero,
 el ánimo viril se me acobarda,
 y no puedo contártelo, aunque quiero;
 cuando el fuego de Marte (?) abrasa y arde,
 juzgarás el poder del extranjero,
 que viene apercebido a la venganza,
 del daño grande de la gran mañanza.

(VIANA, XII, 305.)

Véanse algunas de las octavas de Lope, desde luego mejores que las del juvenil bachiller lagunero, puestas en boca de la guanchinesca Palmira, que viene a decir lo mismo aunque con más inspiración. Una estrofa nos basta para ver cómo el movimiento de las tropas es expresado paralelamente a los del ánimo:

—Los varios gritos, voces e instrumentos,
 bien muestran el aliento a la venganza,
 y que de la victoria los contentos,
 previene la hsonja a la esperanza
 El cielo, el mar, las ondas y los vientos
 favorecen su justa confianza;
 si no salís al paso rendíos luego,
 que es gente que en el agua enciende fuego.

(LOPE, III, 329-b)

La réplica de Bencomo es también semejante en uno y otro poeta, aunque siempre en Viana resulte más prolija. Escojamos una de las estrofas más cercanas a la *Comedia*:

—El uso es ley, que ley es la costumbre
 y debo ser de ley obedecido,
 Bencomo soy, Bencomo, espejo y lumbre
 de sangre de Tinerfe esclarecido,
 de esos aceros limpiaré la herrumbre
 en su atrevida sangre, pues han sido
 despojos suyos, que con sus despojos,
 triunfan de sus placeres mis enojos.

(VIANA, XII, 307.)

Y en Lope dice el mismo rey Bencomo:

—Palmira, yo soy Rey, yo por dos veces
eché de Tenerife esa canalla,
y mil les echaré, que sois jueces
todos de mi valor en la batalla.
Yo soy dios de la mar, si ellos son peces;
este pino que véis que agora calla,
dará a sus naves golpes que las hunda
de la cara del mar a la profunda.

(LOPE, III, 329-b)

En la escena siguiente vuelven los dos pastores ante la “Señora de la Candela”, como la llama Manil. Solicitan de la Virgen un nuevo milagro, que ella les concede en seguida. Hay una mezcla de sencillez y rusticidad, muy propia de cualquier época entre la gente del campo, en las palabras de la petición y de la ofrenda:

—Vendremos los dos aquí
para que jamás os falte
el necesario sustento,
leche, miel y dulces dátiles

(LOPE, III, 330-a)

De nuevo en la escena siguiente aparecen los mismos personajes españoles que vuelven a Tenerife. Les sorprende, desde antes del desembarco —de acuerdo con el clima de lo maravilloso en que ahora se desenvuelve la obra—, unas extrañas luces en la cima de un monte. La referencia exacta de este misterioso hecho está en una de las octavas reales del relato poético de Viana sobre la Virgen, al que ya hemos hecho referencia:

Habrá ciento y tres años que se oía
en la playa de Güímar, adonde ahora
está la Santa Imagen, cada día
música acordadísima y sonora:
y luego en siendo noche parecía
con grande admiración a cierta hora
procesiones con lumbré, gozo y canto
convirtiendo la tierra en cielo santo

(VIANA, VI, 163)

Que Lope traslada, primero en prosa, en la acotación escénica de la *Comedia*: "Cantan la copla con música por lo alto de un risco; pase una procesión de candelas, que estarán en una rueda". Y luego también lo comentan, en verso, los soldados españoles.

VALCÁZAR. Quedo, ¿no véis coronados
de aquel monte los cabellos
de más orbes estrellados
que el cielo que está sobre ellos?

(LOPE, III, 331-a)

Cada uno de ellos quiere dar una explicación natural al fenómeno. Así D. Alonso cree estar en lo cierto al decir que aquellos bárbaros al conocer su llegada, para reunirse, "fuegos juntándose encienden", como hacían los indios americanos. Don Lope le da una explicación más corriente y propia de la soldadesca:

—Que en haciendo esas hogueras
es que hacen sus borracheras,
sus bailes y sus convites.

(LOPE, III, 331-a)

Pero ninguno adivina el carácter milagroso del prodigio.

Continúa, en la escena siguiente, la aventura idílico-amorosa de la infanta Dácil y el capitán Castillo, que, como se recordará, fue curado de sus heridas por aquélla. Lope supone que Castillo ha vivido, como un salvaje más, entre el pueblo enemigo, disfrutando de su amor como verdadero marido de la princesa, pues cuando ella quiere arrancarle la promesa de que ha de formalizar el matrimonio él afirma cínicamente realizarlo, aunque no pensara en ello, como en cualquier comedia clásica donde se planteaba el tema honra-amor.

DÁCIL: Jura ser mi marido,
pues que te precias de hidalgo.
CASTILLO. Lo juro, por cuanto valgo,
de serlo como lo he sido.

(LOPE, III, 332-b.)

Pero lo que nos interesa destacar ahora no es el idilio y el juramento ante la peña, del que hablaremos, sino el pequeño discurso que hace el capitán para sostener su fe en la vuelta de sus compañeros a Tenerife, ante la incredulidad de su amada. En estas palabras se muestra lo que conocía Lope de la historia de Canarias a través del canto II del *Poema* de Viana. Así es que cuando Castillo recita estos versos un poco confusos y enigmáticos:

—Cuatro islas han ganado,
y con español valor
a monsieur de Betancor
de la Gran Canaria echado;

(LOPE, III, 332-a.)

no hace más que resumir toda la historia —relatada en sus prosaicos endecasílabos asonantados— de la primera fase de la conquista de Canarias por Juan y Maciot de Bethencourt. Este último, que sucedió a su tío en el gobierno de las Islas, fue desplazado debido a los abusos de mando y al mal trato que daba a los vecinos y naturales de ellas:

Que el Rey Don Juan, doliéndole tal lástima
como cristiano, pío, recto y justo,
despachó luego al punto cierta armada,
por general a Pedro Barba Campos,
con provisión de dalle asalto y guerra
si a su corona el reino denegase

(VIANA, II, 42-43)

Este mandatario o pesquisidor parece que exalta Lope como un héroe guerrero, si Barba de Campos es el mismo Ocampo a que se refieren estos versos:

—Que el Capitán general,
llamado Alonso de Ocampo,
hombre que en regir un campo
merece fama inmortal,

(LOPE, III, 332-a)

Pero ni Viana ni Abreu Galindo dicen que luchase, sino que, por lo contrario, "Pedro Barba de Campos, viendo la resistencia que le hacía y si por fuerza quisiese tomar tierra había de costar sangre con muerte de muchos, acordó llevar el negocio por bien, como llevaba orden, y por medio de terceros, que pusieron por entrambas partes, prometió Mosén Maciot de Bethencourt ir en compañía de Pedro Barba de Campos a Castilla a dar su descargo"⁶¹. Lo cual Viana lo resuelve radicalmente en tres versos:

Acobardado se rindió, y al punto
a Pedro Barba transfirió el derecho
del bien que en las Canarias poseía,

(VIANA, II, 43.)

El estampido de un arcabuz que resuena en los montes corrobora el patriótico discurso de Gonzalo del Castillo. Llega el pastor Firán diciendo al capitán español que vaya a ver a Bencomo que desea pedirle consejo:

—Parte, valiente cristiano,
donde nuestro Rey te espera,
que se quiere aconsejar
contigo, porque del mar
cubre la blanca ribera
aquella armada española
que otras veces vino aquí

(LOPE, III, 332-b.)

Esto demuestra que, como Viana, Lope admite que Castillo —sin ser traidor a su patria— ha hecho una noble amistad con Bencomo, el Rey de Taoro. (Véase, para ello, el episodio de la prisión y acogida del capitán Castillo en la corte guanche en el canto XIV del *Poema*.)

El mismo Firán —representando el buen sentido del pueblo—, al ver partir al español, subraya, con un comentario, el porvenir que espera a los guanches:

⁶¹ Vid. op. cit., pág. 71.

—Si este español generoso
no vuelve esta guerra en paz
(Bencomo está pertinaz,
atrevido y victorioso),
la Isla se ha de perder.

(LOPE, III, 333-b)

Siguen luego varias escenas donde retorna lo maravilloso-cristiano a aparecer, siempre a cargo de los dos comparsas pastores, que en los primeros actos eran casi graciosos de teatro y ahora son casi beatos de comedia de santos. La preciosa ofrenda de los pajarillos, compuesta en siete redondillas, es un desahogo lírico de Lope magníficamente conseguido y situado en las islas idílicas y pobladas de selvas y mil diversas aves.

—¡Ah, pajarillos canarios,
cuyos sabrosos picullos
andan picando ramillos
por esos árboles varios!

(LOPE, III, 333-b)

A continuación las escenas vuelven a desarrollarse en medio de la batalla de españoles y guanches. Primero Lope nos presenta a los jefes hispanos comiendo, cosa que hace para dar más realidad familiar a sus personajes, tratando, de paso, el tema del tópico literario de la vida campestre, que tiene reminiscencias horacianas:

—No es pobre mesa la que tiene amigos;
siéntome en este suelo más contento
que en sus sillas de tela el avariento

(LOPE, III, 334-a.)

Pero suenan “dentro los tamborillos de los bárbaros” y todos se aprestan al combate. Entonces vuelve a aparecer Manil —que retorna pasajeraamente a su papel de gracioso— para hacer un comentario a los acontecimientos belicosos:

—A mala ocasión llegué,
pues asombrando estas peñas,

las trompetas hacen señas
que la batalla se dé.

(LOPE, III, 334-b)

Aunque no sabemos a qué batalla se refiere, de las dos últimas dadas por los españoles en Tenerife —en La Laguna y en Acentejo—, debemos atribuirle a la última porque, en el desarrollo de la acción, es la definitiva. Cualquiera de las descripciones de Viana, referentes a estos episodios, pueden tomarse como telón de fondo a estas escenas lopescas:

Retumba luego el foribundo estrépito
de una parte con horrendos silbos,
y de la otra cajas y trompetas
y en dos bien repartidos escuadrones,
los nuestros al contrario acometieron

(VIANA, XIV, 368)

Este ímpetu y voluntad de victoria se traduce en algunas aco-
taciones y frases de estas escenas. Así, en seguida, se indica: “Los
bárbaros huyendo...”. Y se oyen exclamaciones de triunfo y de jac-
tancia, como las del capitán Trujillo, que llega a decir: “Esta vez,
bárbaros viles, / venimos más bien templados”. Y sorprende a Cas-
tillo en compañía de Dácil, a la que quiere capturar, pero se inter-
pone su galán, al que no reconoce en un principio por su estado
salvaje, sino al irse acercando. Su compañero de armas se admira:

—¿Que vivir habéis podido
entre estos bárbaros?,

y que Castillo justifica con la suprema razón que tantas veces prac-
ticó el amoroso Lope:

—Sí,
que viviendo amor en mí,
puse la patria en olvido.

(LOPE, III, 336-b)

Dácil queda sola, y se lamenta, en un soneto, del abandono de su amado como cualquier cortesana, o como cualquier amante que se quejara de su Lopillo ausente. En la siguiente escena nos enteramos, por el mismo rey Bencomo, que entra cabizbajo y entristecido, de que

—Vencieron esta vez los españoles
mis arrogantes fuerzas con sus artes,
no hallé defensa a sus veloces rayos
en mis arcos y flechas venenosas (?)

(LOPE, III, 336-b)

Viana sólo dice que después de la victoria española de Acentejo

quedó el rey Bencomo mal herido,
y los más principales y valientes
muertos en la batalla rigurosa.

(VIANA, XIV, 374)

Después el Rey guanche de la *Comedia* hace unas reflexiones —en forma de soneto, como estaba preceptuado— sobre la fortuna, el sufrimiento de las desdichas y sobre la muerte, de sentido senequista, como pudiera hacerlas cualquier personaje de época. Claro que mucho más largas y prolijas son las reflexiones que se hace el mismo héroe en el *Poema* de Viana antes de decidir rendirse y a bautizarse.

Pero donde Viana pone reflexión salvadora, Lope pone intervención divina: hace que el propio Arcángel San Miguel, jefe de las milicias celestes, se le aparezca al propio mencey de Taoro:

—Rey, yo soy el Capitán
de la milicia del cielo,
a quien también la del suelo
hoy los españoles dan

(LOPE, III, 337-a)

Así, el ingenuo y ya precristiano guanche narra, en tres octavas, la aparición del Arcángel con todo lujo de detalles en el vestido y en la figura, semejante a cualquier imagen de santo-héroe de los

retablos platerescos del siglo XVI. Esta aparición tiene su paralelo en la visión, en sueños, que tiene el general victorioso, que Lope toma del relato de Viana, simplificando mucho las imágenes alegórico-dantescas de la narración:

Súbene sin sentir siete doncellas,
que le arrebatan en visión celeste,
a la alta cumbre del precelso Teyde,

(VIANA, XV, 382.)

Una de estas ninfas o doncellas, llamada Nivaria, le dirige a don Alonso un largo discurso en octavas, donde le vaticina la rendición definitiva de los naturales, la fundación de San Cristóbal de La Laguna y de las demás poblaciones más importantes de Tenerife, ofreciéndose, al final, ella misma, como esposa del general:

Y dio Nivaria a Lugo un tierno abrazo,
señal de paces y amistad firmísima,
y las seis ninfas bellas sus hermanas,
Canaria, Palma, la Gomera y Hierro,
Fuerteventura y Lanzarote, el pláceme
dieron, y el parabién al desposado

(VIANA, XV, 389.)

A Lope le pareció más lógico —como sin duda lo era— usar de un criterio menos local, y, en la alegoría de las doncellas, hacer el ofrecimiento al Rey Católico, que había tomado, bajo su corona, la definitiva conquista de las Islas mayores. Por eso cuenta don Alonso así su visión:

—Vi, o soñé, que el Angel vía
con siete ninfas hermosas,
que, coronadas de rosas,
al rey Fernando ofrecía.

Preguntéle entre mil varias
luces, músicas y fiestas.
“Dime, señor, ¿qué son éstas?”
Y respondió: “Las Canarias.
que ya todas siete son

de Fernando e Isabel,
que por Castilla y por él
hoy tomaréis posesión”.

(LOPE, III, 337-b)

En Viana, para llevar a cabo la rendición —que se hace esta vez más conforme con la realidad que en Lope—, Bencomo utiliza a Castillo como embajador, que no llega con Trujillo, como en la *Comedia*:

Con esto se partió Castillo al punto
y el Rey quedó sentado en una piedra
con deseo de verse en paz tranquila
cual pretendía su cristiano intento.
Llegó Castillo a su real, a donde
todos confusos no determinaban
el fin de tal suceso, y en llegando
dijo al gobernador con gran secreto
todo lo que Bencomo le propuso,

(VIANA, XV, 392.)

Mientras el rey medita en su derrota, Lope hace aparecer la visión celeste del Arcángel que le manda rendirse:

—Sentarme quiero, de sufrir cansado,
en estas peñas, sol, mientras me enseñas
qué fin tendrá principio tan errado.

(LOPE, III, 337-a)

Viana dramatiza más naturalmente el acto de la rendición, que el mencey Bencomo realiza en condiciones más honrosas, conservando cierto orgullo y dignidad:

—Nuestro poco poder te está sugeto
pronto a tu valor y ministerio,
si prometes con esto que prometo,
no dar a los mivarios cautiverio.

(VIANA, XV, 394.)

En cambio, en Lope, Bencomo se convierte, al final, en un humilde e ingenuo salvaje, aterrorizado por la aparición sobrenatural, y se rinde incondicionalmente porque

.. . el cielo nos lo manda
por un Capitán que hoy
con una desnuda espada
me amenazó

(LOPE, III, 339-a)

Para terminar la obra, el Fénix, dejándose arrastrar o haciéndolo conscientemente por la sugestión de la metáfora: “tesoro terreno” igual a “tesoro divino”, añade, a la anterior visión, el anuncio de que va a aparecer, en el monte, un tesoro, lo que, naturalmente, incita la codicia de los españoles, descubriendo con ello, no sabemos si con intención deliberada o casualmente, el móvil más práctico y más bajo de la conquista. Así dice D. Alonso a los suyos:

—Señores, pues ya sabéis,
aunque vuestro gusto ataje,
lo que os dije del tesoro,
no hay sino luego intentar
cómo se puede buscar:
que si en Tenerife hay oro,
¿cuáles Indias son como ella?

(LOPE, III, 338-a)

Incluso todo el ejército se pone en marcha hacia el monte, donde han visto aparecer las candelas, lo que se especifica en la acotación de la escena: “Todos los españoles, con azadas los soldados...”. Este pasaje sigue la corriente a los que detractaban a los conquistadores por sus fines puramente interesados. Sin duda ello está más cerca de la realidad cotidiana que el panegírico que hace Viana de sus héroes, aunque Lope no tratara tampoco de oscurecer la fama de éstos, sino tan sólo darles más veracidad.

Ante la codicia española, Lope da dos respuestas complementarias. La primera es la que le ofrece el buen salvaje, en nombre de Bencomo, rindiéndose incondicionalmente a los vencedores, y ofreciendo no sus riquezas materiales, sino los bienes espirituales de sus

entrañas, de su buen natural y de su buen deseo de abrazar la nueva luz cristiana :

—Si buscáis, cristianos fuertes,
oro, perlas, piedras, plata,
no lo hallaréis escondido,
sino es en nuestras entrañas,
con las cuales nos rendimos
como el cielo nos lo manda

(LOPE, III, 339-a.)

Y la segunda solución es la que identifica el supuesto tesoro con la Virgen de la Candelaria, del que participaban ya algunos canarios, pero que ahora surge para dar una réplica a D. Alonso para que comprenda de una vez el sentido de su conquista, y también para servir de testimonio en el enlace de Dácil y Castillo. Es decir, para que por medio del amor divino y el amor humano se unan, en paz, los dos pueblos.

En la última escena, Castillo, que niega haber dado palabra de casamiento a Dácil (siguiendo una popular leyenda nacional), se asombra y confiesa la verdad ante la aparición milagrosa de la Virgen, como se indica en la *Comedia*: “Cáiganse unos riscos, y véase dentro la imagen, y encima las candelas, y el Angel, en medio de ellas, diga :

—Este tesoro hay aquí,
que se la Virgen Candelaria”.

A la primera pareja se añaden las de Trujillo-Palmira, Valcázar-Erbasia (frente a las parejas guanches de Viana: Guetón-Guacimara, Ruyman-Rosalva, menos verosímiles), que hacen exclamar al general Lugo las últimas palabras de la *Comedia*, aludiendo a un futuro real que se asentaría en el cruce de la sangre de ambas razas :

—Por lo menos, comenzamos
la población con tres casas
y con tan sagrado templo
de la Virgen Candelaria,
que ha de ser nuestra patrona.

(LOPE, III, 339-b)

En este acto final Lope enmienda, en parte, los errores del acto anterior, dedicándolo, en su mayoría, a la aparición y milagros de la imagen de la Virgen, realmente venerada en Tenerife antes de la llegada de los españoles. Esto hace que la acción de la obra se desvíe un tanto de la línea primitiva, histórico-idílica, hacia el ambiente de lo maravilloso cristiano, propio de la comedia de santos. Alternando con las apariciones, las visiones, los milagros y los sueños, continúa el idilio de Dácil y Castillo, pero dentro del estilo tradicional de la escena española. Se resuelve, también ahora, el antagonismo de guanches y españoles, gracias a la fuerza de las armas y también a la intervención divina en favor de la pacificación de la Isla. En la estructura de este acto hemos de destacar, como elementos positivos, que impregnan la obra en mayor o menor dosis, lo lírico y lo simbólico. Ya hemos indicado el bello logro poético de las escenas de las rústicas ofrendas y también la intuición de Lope para adivinar el recto sentido de la realidad cuando enfrenta al afán de las riquezas terrenas de los españoles los bienes espirituales de las nuevas almas guanches que se ganaban para la cristindad, y, finalmente, el considerar al amor divino y humano como verdadero aglutinador de vencedores y vencidos.

IV

ANÁLISIS DE LOS ELEMENTOS FUNDAMENTALES

Como complemento al estudio realizado, en el apartado anterior, en las fuentes, estructura y composición de las dos obras dramáticas de Lope referentes a Canarias, vamos a hacer un análisis-síntesis de los elementos formativos de éstas, para sacar unas últimas conclusiones. Para su mejor entendimiento distinguiremos los elementos básicos (que son lo histórico, lo idílico y lo maravilloso) de los otros elementos accidentales, no menos interesantes para el concepto lopesco de la escena y de lo canario (que son las costumbres, lo étnico y lo religioso). Para completar el estudio es necesario hacer luego un análisis de los personajes, para tratar de resolver

el antagonismo guanche-español, dramatizado por Lope en ambas obras, como resultado de su interpretación del problema planteado a los españoles en torno al sentido moral y jurídico de la conquista y formación del Imperio hispánico.

2) LOS ELEMENTOS FUNDAMENTALES.

a) *Lo histórico*.—Este elemento está presente en todas las obras dramáticas clasificadas por Menéndez Pelayo dentro del grupo de las “Crónicas y leyendas dramáticas de España” y en muchas que no pertenecen a esta sección. Los pormenores los hemos analizado ya, así como los fundamentos más o menos conformes con la verdad histórica sobre los que Lope basa sus dos obras dramáticas. Lo que nos interesa saber ahora es cómo interpretó y qué sentido le dio a esa realidad histórica.

Al comenzar a escribir el Fénix sobre temas relacionados con Canarias —si damos como buena la fecha de 1588, sobre la que se puede tener dudas—, su conquista hacía apenas noventa años que se había terminado, y mucho menos tiempo los descubrimientos y luchas en el Nuevo Mundo americano. Por otra parte, aún no se había publicado ningún libro sobre las Islas, pues sólo lo hará el P. Espinosa en el citado sobre la Virgen de la Candelaria en 1594. Claro es que existían crónicas y narraciones manuscritas sobre la conquista de Canarias, como la de Pedro Boutier y Juan Le Verrier, los anónimos de La Laguna y Madrid, etc., pero éstos estarían en colecciones particulares, donde, sin duda, no iría Lope a buscar temas para sus comedias.

La primera visión histórica canaria que utiliza Lope en su comedia de santos es la del sentido real de la conquista de las Islas con fines evangelizadores, de la que nos da datos precisos, en relación con la actualidad histórica del tiempo en que San Diego hizo su predicación en las Afortunadas. He aquí las manifestaciones de esta visión expuesta por la boca del santo:

—En los de Fuerteventura
impresión hace el tratarles

los misterios de la fe,
 los de la Canaria Grande
 defienden que entren en ella,
 pero si los conquistase
 el Rey, como en Dios espero
 (aunque tiempos adelante),
 también la fe tomarían,
 puesto que es gente intratable,
 y más los que Guanches llaman,
 que allá en Tenerife caen

(LOPE, *San Diego*, II, 527-a)

Aunque mirada la historia desde la posición de San Diego, éste ve el futuro que ya conoce Lope, es decir la inutilidad de los esfuerzos de los señores particulares en la conquista de Gran Canaria, hasta que los Reyes Católicos no asociaron esta empresa a la Corona. También señala la diferencia de los canarios con los guanches, aún más inaccesibles en aquella época, porque todavía Lope no conocía la piadosa leyenda de la Candelaria que había preparado el terreno evangelizador a los conquistadores.

Respecto a *Los guanches de Tenerife*, en el análisis que hemos hecho ha quedado bien demostrado que Lope tomó de Viana todo, o casi todo, lo que sabía y pone en esta obra, desde el punto de vista "puramente historial", que es mucho más de lo que cree D. Marcelino, como opina Lorenzo-Cáceres. En esta obra es histórico: la llegada y fortificación de los españoles en el puerto natural de Añaza, la tercera entrada —aunque no se ajuste al exacto número de veces que D. Alonso tuvo que embarcar para Tenerife—, las incursiones al interior de la Isla, la matanza y la victoria de Acen-tejo, y naturalmente muchos detalles pequeños y significativos que iremos exponiendo, igualmente que las figuras principales de la comedia más o menos desfiguradas: Don Alonso, don Lope, Trujillo, Castillo, y los guanches Bencomo y Tinguaro.

Mas lo que nos interesa indicar son las adivinaciones de la realidad histórica que puso Lope en su comedia, y también hasta qué punto se apartó de ella. Desde el principio se sitúa en la realidad contemporánea de los hechos que va a escenificar, y cuya acción viene determinada por los héroes que, con sus hazañas, han ido

jalonando las etapas de la grandeza española de ese momento, pues como dice D. Alonso:

Vosotros que en las conquistas
de naciones nunca vistas
habéis hecho hazañas tales
que los tiempos inmortales
serán vuestros coronistas.

(LOPE, *Los guanches*, I, 303-a)

Y los sitúa exactamente en el espacio y tiempo histórico de sus nuevas hazañas:

Tercera vez este mar
habemos vuelto a pasar,
y desde la Gran Canaria,
por tanta fortuna varia,
nos dan sus puertas lugar

(LOPE, *ídem*, I, 303-b.)

Y en boca de D. Lope Fernández pone las razones fundamentales que llevaban a los españoles a la conquista, que también son las razones históricas que mueven la acción de la comedia:

La razón que os ha traído
a la conquista presente,
justa, heroica y santa ha sido,
y a España tan convenientemente
como cuantas ha tenido

(LOPE, *ídem*, I, 304-a)

Estas justas razones son: 1.º, por ser "nación bárbara", hay que imponerle la civilización; 2.º, es heroica la empresa porque se busca la fama y "la gloria del laurel", y 3.º, es santa porque se lleva la luz de la fe a los que no la conocen. Todas ellas son razones históricas vigentes en la época de Lope, aunque discutidas por algunos, como veremos más adelante.

Pero es interesante señalar también una adivinación histórica de Lope, verdaderamente sorprendente. Desde el primer acto los

expedicionarios saben que van a la conquista de una tierra “desnuda de riqueza”, y en una escena donde están reunidos para hablar de los futuros repartimientos —importante hecho histórico del comienzo de la colonización canaria, y que todavía tendría alguna repercusión, entre conquistados y conquistadores, en la época de Lope— se vuelve a hacer hincapié en la natural pobreza de las Islas, siempre refiriéndose al “oro y a la plata”, cuya búsqueda empujaba a tanta gente hacia las tierras americanas:

Es que, pues de la riqueza,
que en bárbaros no hay ninguna,
no hay que tratar .

(LOPE, ídem, I, 307-a)

Y a continuación insinúa lo que pronto se convertiría en una realidad histórica evidente: la explotación agrícola e industrial de las tierras isleñas:

—La tierra es bella, y podría
tener en sí más provecho
del que por bárbaros cría.

(LOPE, ídem.)

Verdad histórica y actual, plena y fecunda a principios del siglo XVII, por la producción de sus vinos y la industria de sus ingenios azucareros; aún mucho más en nuestros tiempos, en que la belleza y la elaboración de la tierra la han hecho tan productiva.

Este sentido histórico viene a completarse, al final de la obra, con la esperanza que tienen los españoles —a pesar de lo dicho sobre la pobreza de las tierras— de encontrar riquezas, pues como dice D. Alonso:

—Que si en Tenerife hay oro,
¿cuáles Indias son como ella?

(LOPE, ídem, III, 338-a)

Esperanza que se desvanece con las sencillas palabras de la rendición de Bencomo, cuya sumisión enfrenta Lope con la codicia de sus compatriotas, acertando en sus afirmaciones.

—Si buscáis, cristianos fuertes,
oro, perlas, piedras, plata,
no lo hallaréis escondido,
sino en nuestras entrañas,

(LOPE, ídem, III, 339-a)

Se trata de otra realidad histórica en la conquista de Canarias: la buena disposición de los naturales para ser absorbidos por la superior cultura hispánica, fenómeno que se cumplió rápidamente, y cuyo complemento —el cruce de la sangre de los dos pueblos— también tenía que adivinarlo el autor que tanto sabía de atracciones y afinidades amorosas.

b) *Lo maravilloso-cristiano*.—Aunque naturalmente este elemento desempeña un papel importante en la comedia de *San Diego de Alcalá*, no hay referencias a él sino en el segundo acto, a causa de la milagrosa conversión de tantos indígenas majoreros por la palabra del santo:

—Ya que en Fuerteventura se convierten
por sus palabras tantos, que parece
que Dios le ha dado gracia como apóstol

(LOPE, *San Diego*, II, 522-b)

y, luego, en el hecho milagroso del niño salvado del horno de Sevilla por San Diego al invocar la ayuda de la Virgen de la Antigua, venerada en Fuerteventura.

Respecto a lo milagroso-cristiano, o simplemente maravilloso, en la comedia de *Los guanches de Tenerife*, ya hemos expuesto, con detalle, los momentos más importantes del acto segundo donde se desarrolla la acción en continua tensión entre la realidad y el milagro. En ésta, como en otras comedias, ante los hechos maravillosos, Lope agota, primero, todos los medios y las explicaciones naturales, sometiéndolos a una duda metódica a través de sus personajes. Así, hemos visto cómo, al aparecer la imagen de la Virgen en la cueva, los pastores se empeñan en considerarla como una mujer española, escondida allí desde la matanza de Acentejo. También ocurre igual cuando los españoles, al oír músicas extrañas y

ver un desfile de candelas, lo atribuyen a fiestas y ceremonias guanches. ¿Querría darnos a entender el Fénix el carácter eminentemente realista de sus compatriotas, o señalar la impenitencia humana y su incredulidad ante la manifestación de lo divino milagroso?

Pero cuando los personajes aceptan como hecho indiscutible la presencia de un poder sobrenatural —como era frecuente en la época de Lope—, éstos quedan sometidos a una devoción sencilla y a una fe inquebrantable, que les da una gran fuerza en sus acciones. Los ingenuos presentes de Manil y Firán —sujetos del milagro de sus dolencias y de su curación— personifican tanto a la sencilla fe del pueblo indígena preparado para el bautizo, como la devoción religiosa del pueblo español en general:

—En vos desde hoy más confío,
y por mi dueño os abrazo,
pues yendo a tener el brazo
del Rey, me dísteis el mío

(LOPE, *Los guanches*, III, 329-b)

Mas en los jefes, en las clases elevadas, como en D. Alonso de Lugo, desde el principio es firme su fe en la protección divina, aunque sea por medio de una intercesión angélica:

—Aquel Arcángel divino
con quien tengo devoción,
y que en nuestra guarda vino,
nos dará en nuestra ocasión
luz, puerto, amparo y camino

(LOPE, *idem*, I, 303-304)

Y ello dará como resultado la intervención de lo maravilloso-divino en la empresa propuesta, como se cumple al final de la comedia con la aparición de San Miguel al vencido rey Bencomo para exhortarle a que se rinda a los españoles. Cosa que tiene su complemento al presentarse el mismo arcángel al vencedor y devoto general para anunciarle el fin de la conquista y el rico legado de la devoción mariana de la Candelaria, que el conquistador se empeña en con-

siderar, al pie de la letra, como un tesoro terreno, hasta que la propia imagen de la Virgen surge de unas peñas y San Miguel diga:

—Este tesoro hay aquí
que es la Virgen Candelaria.

Hecho maravilloso-cristiano que añade Lope a la versión de Viana, y decide la proclamación de la Virgen como patrona del Archipiélago recién terminado de conquistar.

c) *Lo lírico*.—Este elemento no falta en casi ninguna obra teatral de Lope, y, efectivamente, lo encontramos en las obras que estamos analizando, en su forma pura, en algún pasaje como el, que ya hemos citado, de la ofrenda de los pastores guanches a la Virgen. Este pasaje está inserto en lo maravilloso o sobrenatural, y ya lo glosó muy delicada y exactamente Andrés de Lorenzo-Cáceres en su opúsculo sobre *Las Canarias de Lope*⁶². Y así supone que cuando “el árbol lleno de pájaros” se baja a la mano de Manil

¡Oh milagro soberano!
¡El árbol la copa inclina!

(LOPE, III, 333-b)

el pájaro escogido para el Niño sea el canario, “el florido Abril”, como el poeta le llama con metáfora barroca y pura.

Pero lo lírico tiene su plena expresión en su forma idílico-amorosa, primero con unas breves escenas, casi convencionales, en *San Diego de Alcalá*, y en el ya conocido idilio de la infanta guanche con el capitán Castillo. Aunque comentados ambos episodios por las citadas doctas plumas, acaso no sea inútil volver sobre ellos para señalar ciertos aspectos e intuiciones poéticas e históricas logradas por Lope de Vega.

Aceptando lo que Lorenzo-Cáceres dice de la escena de *San Diego de Alcalá*, “en que se presentan la pasión del rey Tanildo y

⁶² Vid. Ed Instituto de Estudios Canarios, Sección de Literatura La Laguna, 1935.

los amores de la reina Clarista y su vasallo Lisidoro”⁶³, por lo que los indígenas de Gran Canaria eran, para Lope, como los bárbaros concebidos al estilo de los pastores arcádicos o de los indios americanos de Ercilla o de Pedro de Oña, podemos encontrar en esa escena un toque misterioso —acaso intuición inconsciente y fugaz del poeta— que resplandece, como una joya, en medio de la moda literaria en que se desarrolla la obra. Así, cuando Clarista aparece —como una nueva Diana— corriendo por la selva que bordea la espumosa ribera marina, y nos dice:

—Amor me alcanzó, aunque reina
de la Gran Canaria soy,
porque en el reino que estoy,
amor poderoso reina.

(LOPE, *San Diego*, II, 522-c)

Es singular que la mujer canaria que nos presenta Lope, con todos los signos convencionales del idealismo renacentista, sea precisamente una reina situada en la única Isla de la que tenemos noticias de que existía una fuerte influencia femenina, que tal vez señale rastros de un antiguo matriarcado. Por lo pronto se sabe que existía una especie de claustro para refugio de “las Harimaguadas” o mujeres vestales, y que en la historia prehispánica de esta Isla abundaron tipos interesantes de mujeres, como Atidama, de la que —según Abreu Galindo— los canarios “tenían en sus palabras tanta fuerza, que movía a lo que ella quería a los naturales”⁶⁴. Y fue una indígena, María Tazirga, aunque españolizada, la que sirvió de intermediaria ante el guanarteme de Gáldar para salvar a Diego de Silva y a sus tropas cercadas por los indígenas. Finalmente, la rendición de Tamarán (Gran Canaria) se verifica por la entrega de la princesa, o reina, Tenesoya a Pedro de Vera.

Luego entra también Tanildo, un rey canario o guanarteme, que Lope señala como “bárbaro, con su bastón”, pues efectivamente llevaban una especie de porra recia que servía de cayado y de arma,

⁶³ Op. cit. Rev. “El Museo Canario”, núm. 3, mayo-agosto 1935, pág. 31.

⁶⁴ Vid op cit, pág. 120.

el "magado". Este rey quiere vencer el desdén de la reina de la Isla deslumbrándola con su poder:

—Clarista, príncipe soy
de dos islas, que en belleza
compiten con la riqueza
de tu Gran Canaria

(LOPE, ídem, II, 523-a)

Estas islas no pueden ser otras que La Palma y Tenerife, aún sin conquistar en el momento en que se supone la acción. Añade a esto los presentes que puede ofrecerle, de tal fantasía que no pueden referirse a un salvaje-idílico, sino al más pulido galán del Siglo de Oro. Podemos señalar, como curiosidad, el regalo de una cama

Labrada en boj de tal modo,
que se ve pintado todo
cuanto en las islas se ve

(LOPE, ídem, II, 523-a)

que es como un reflejo del arte barroco indiano-español de los retablos de las iglesias canarias o una anticipación de la obra modernista de Néstor, en nuestros días.

Finalmente, sin perjuicio de hablar más adelante del paisaje estereotipado o adivinado de Canarias, aquí debemos consignar el de este idilio junto al mar que nos van señalando los protagonistas:

TANILDO: —Allí viene —, ¿Dónde vas
por estas playas a solas?
CLARISTA —Voy a ver del mar las olas,
porque no paran jamás
TANILDO —Su inquietud imitarás,
si tanto sus aguas miras

Acaso adivina Lope con esto una de las formas de vida del isleño o aislado, y su actitud frente al mar: la inquietud que le lleva a buscar otras tierras más allá de otros horizontes, que le invitan a la aventura. Por otra parte, esta alma inquieta de la salvaje Clarista es hermana, en los sentimientos, de la Elvira de *Sombras de*

sueño de Unamuno, que también contemplaría, desde las mismas playas, el mar por el que esperaba al hombre que la sacaría de su aislamiento.

Todos los comentaristas están de acuerdo en afirmar lo que dice Lorenzo-Cáceres: "La comedia de Lope descansa, como el poema de Viana en mucha menor escala, sobre los amores de Dácil y Castillo". Y añade una valoración crítica que luego corrobora con un cotejo de textos: "El pasaje del encuentro de Dácil y Castillo es más hermoso en Antonio, pero en aquellos versos en que interviene la musa popular del Fénix su expresión adquiere una gracia que no se encuentra en Viana"⁶⁵. Si esto es así, es importante que nos detengamos un poco en el análisis del *proceso idílico-amoroso* de la infanta guanche y del capitán español, que constituyen el meollo sobre el que descansa el interés de la comedia. Por otro lado, es precisamente el tema que nos aleja más de las relaciones de Lope con lo propiamente canario, que en este caso tiene un valor simbólico sentado sobre una base real, aunque algunos investigadores —entre ellos Menéndez Pelayo— nieguen el fundamento de tal leyenda, y se tomen a solfa el cariño con que la describen historiadores tan serios como Viera y Clavijo. Hoy está fuera de dudas que la leyenda corresponde a un hecho general cierto sobre el que se basa el origen de muchas familias canarias procedentes de unos primeros matrimonios entre nobles capitanes y princesas o infantas guanches, de los que existen ejemplos en casi todas las Islas⁶⁶. Defienden este mito de Dácil, como quiere Agustín Espinosa⁶⁷, o "este símbolo de la mujer isleña y hasta la propia Isla", como quiere la profesora Alonso⁶⁸, todos los historiadores, críticos y poetas modernos que han tratado del tema⁶⁹.

⁶⁵ Op. cit. Rev. "El Museo Canario", pág. 21.

⁶⁶ María Rosa Alonso también sale en defensa de los fundamentos reales del mito. Vid. Introducción a la comedia *Nuestra Señora de la Candelaria*, pág. 17.

⁶⁷ Vid. artículo *La infanta de Nivaria*, en "La Prensa", 1-V-1932, y *Sobre el signo de Viera*, pub. Instituto de Estudios Canarios, 1935.

⁶⁸ Vid. op. cit. *Poema*, pág. 450.

⁶⁹ Vid. ídem, cap. X, *El vianismo en las generaciones isleñas*, págs. 417-456.

Veamos ahora el desarrollo del mito visto por Lope desde Viana, pero a través de su temperamento. Si el poeta lagunero nos presenta a Dácil como una Nausicaa moderna, esperando del mar la llegada de su amado, con un gran sentido de lo isleño, renovado más tarde por Unamuno en la obra citada a propósito de Clarista y Elvira, a cuyas figuras añadimos ahora la infantina que se dirige así a la mar:

—Incierto mar, no sé si es bien que crea
que atesoras el bien de mi esperanza,
que aunque en creer es fácil quien desea
· · · · ·
Las aguas apresura porque venga,
con más presteza, mira que lo espero,
y es muerte el esperar, no lo detenga
tu inquieto movimiento, porque muero,

(VIANA, Canto III, 83)

El poeta de Madrid nos presenta una delicada joven que, al despertar de su pubertad, siente unas ansias indefinibles de amor; algo así como una primera mujer virgen en un paraíso también virgen; una Eva frente a una Nausicaa.

—Todos dicen que es amor
una pasión que conquista
la libertad por la vista,
con apacible dolor.
Pero yo no la he perdido,
que de mil cosas que veo,
ninguna he dado al deseo,
ni el alma por el oído

(LOPE, *Los guanches*, I, 308-b)

En el encuentro Lope sigue muy de cerca a la descripción de Viana, realizando algunas rectificaciones que, en algún caso, sirven para aumentar la sorpresa de Dácil al ver venir cabalgando en su corcel al capitán Castillo. También es interesante la diferencia entre Lope y Viana respecto al escenario idílico, pues aunque ambos se atienen a los tópicos garcilacianos y renacentistas de la fuente

y de la selva convencionales, Lope imagina que Dácil ha ido allá a bañarse en la laguna, lo que hace más picaresca la escena anterior por la curiosidad de los pastores y, luego, más sensual por la imaginación lopesca de la desnudez de Dácil en el baño, que por otra parte también son tópicos de la poesía bucólica desde el tiempo de los idilios de Teócrito.

En Lope lo canario tiene siempre una repercusión americana, y así cuando Castillo está sorprendido aún por la misteriosa aparición de la bella infanta, refugiada en un árbol, se acuerda de las fantásticas aventuras de los españoles en Ultramar:

Que los que del Mundo Nuevo
vuelven a España, nos cuentan
mil embelecocos como estos.

(LOPE, *Los guanches*, I, 309-b)

Y luego, tomando la suposición de Viana, le atribuye naturaleza angélica: "Ángel o serafín en forma humana", pensando en la posibilidad de lo maravilloso. (Ya hemos visto cómo, en la comedia, lo divino es tomado por humano.)

—Mas ¿si es ángel, por ventura?
que en muchas historias leo
que a capitanes cristianos
en guerra se aparecieron.

(LOPE, *ídem*)

Y hasta piensa que es el mismo Arcángel San Miguel que busca al General D. Alonso de Lugo, su devoto. Hay que reconocer que Viana piensa en la verosimilitud de este encuentro cuando, con lógica, hace pensar a Castillo que es inútil hablar con la salvaje que no comprende su lengua: "No ignoro que estrañáys mi oscura lengua / pues no me respondéis ..". Pero tampoco es absurdo el que Dácil conociera algunas palabras de nuestra lengua, como supone Lope, no sólo por razones escénicas, sino porque era sabido que algunos guanches habían estado viviendo en Lanzarote, y habían vuelto a Tenerife conociendo el idioma y costumbre de los españoles. Estos sirvieron luego como intérpretes entre ambos bandos. Y a esto es

a lo que parece referirse Dácil cuando le explica a Castillo por qué le entiende:

—Poco entiendo.
y a no haber de otras jornadas
tres o cuatro compañeros
tuyos quedado en la Isla
por cautivos de su dueño,
no te entendiera palabra,
que, por mi contento, aprendo
algo de vuestro español

(LOPE, ídem, I, 310-a, b)

Hay otra diferencia entre ambos autores que revela la distinta concepción del idilio amoroso, y cuya explicación está en el afán de Lope de hacer su fábula más conforme con la realidad, y en Viana en dejarse arrastrar por el tópico literario del mito. Están, acaso, más detallada y delicadamente expresados los primeros impulsos de sorpresa, de miedo y de amor en Viana. He aquí algunas muestras:

Túrbase al ver aquel gallardo brío,
pulido traje, y militar arreo,
tan diferente en todo a su costumbre
que con dificultad juzga ser hombre;
quiere huir, y teme, y así dice
... ..
¿Hombre? Sí, más extraño y diferente
combate mi temor con mi deseo,
un extranjero tengo ya presente
¿Verele bien? mas temo de miralle,
¡qué lindo, qué galán qué de buen talle!

(VIANA, Canto V, 119)

En cuanto a Castillo, los conceptos que Viana le hace derramar en sus octavas son más propios de un poeta platónico y estilnovista, que de un rudo guerrero que va en busca de aventuras a las Afortunadas:

Es propio a la humildad siempre vencerse
y es de suyo agradable la belleza

y es lo que agrada fácil de quererse,
el querer es amor, y amor firmeza,

(VIANA, Canto V, 122)

Pero en Lope no hay estas sutilezas; sólo en la forma se presenta como idilio platónico, pues Castillo, al adivinar en Dácil a una mujer salvaje, aunque reconoce su hermosura ("No he visto rostro tan bello"), no siente ningún impulso hacia ella, ni hay otro apretón de manos amoroso más que el que le da, con rudeza varonil, para llevársela al campamento de los españoles, aunque le pida gentilmente perdón:

—Perdóname, que te llevo,
para que cuentas allá
la disposición del reino

(LOPE, *Los guanches*, I, 310-b)

Pero además Lope añade otra escena que no está en Viana. Esto demuestra que Dácil no iba arrastrada por Castillo, pues es éste quien desconfía del sitio por donde le lleva la infanta:

—Parece que no me guías
hacia la mar, y a la tierra
te vuelves

Además nos lo confirma las propias palabras de la joven princesa, con una gracia ingenua no exenta de picardía:

—Tu miedo yerra,
y en ese engaño porfías,
que no voy tan descontenta
como imaginas, contigo.

(LOPE, *idem*, I, 311-b)

Acaso pensara Lope en lo que indica Lorenzo-Cáceres "a propósito de unos versos de *El Nuevo Mundo*, donde el Fénix hace notar que las indias no dan importancia al acto vital"⁷⁰; cosa que se refleja en las desenfadadas y naturales palabras de Dácil:

⁷⁰ Vid. op cit Rev "El Museo Canario", pág 24

—Por lo que en tu trato advierto,
o tú eres el más honrado
del mundo, o yo no te agrado,
que debe ser lo cierto

(LOPE, ídem.)

Lo cual motiva, por otra parte, la actitud cautelosa del soldado, que al llegar a “tierras extrañas” piensa que puede encontrar tanto peligro en los temibles enemigos como en los encantos de Circe, con lo que Lope nos da una nueva versión del hombre continental ante el misterio oculto en las Islas:

—Mas contigo me sucede
lo que a un hombre que ver puede
frutas de tierras extrañas,
que viéndolas tan hermosas,
bien las desea comer,
mas teme que pueden ser
por ventura venenosas

(LOPE, ídem.)

Y si el veneno del amor era lo que temía Castillo, no andaba desca-
minado nuestro héroe, pues ya sabemos que le penetró tan hondo
que su voluntad quedó presa, para siempre, a la infantina de Nivaria
y a su Isla.

En el acto segundo el idilio continúa, interferido por el episodio
semi-picaresco de las aventuras del capitán Trujillo y Palmira,
y el soldado Valcázar y Erbasia. Las jóvenes indígenas consultan
sus males de ausencia con Dácil, que lo padece de muy distinto
modo que ellas.

DÁCIL. —¿No sentís un no se qué
de las almas españolas,
allá, cuando estáis a solas?

(LOPE, ídem, II, 321)

Sólo se ha de encontrar con Castillo en la última escena, en la
que entra éste herido, después de la derrota de Acentejo. Ya hemos
indicado cómo Dácil lo daba por muerto, y cómo, en colaboración

con el gracioso Manil, pensaba ir a buscarlo a las regiones de ultratumba por medio del dulce veneno de una bota de vino.

En el acto tercero de la comedia, Lope resume los varios encuentros en que Viana ha ido jalonando el idilio de ambos amantes. Pero si en el primer encuentro ya las diferencias son hondas en el sentido y carácter de los personajes, aquí se hacen mucho más aún. Así los parlamentos entre Dácil y Castillo parecen, en Viana, un juego conceptista y galante, que recuerda las cortes de amor del trobar cortesano y provenzal. He aquí las galanas palabras del capitán:

—Aunque de tanto bien me hallo indigno,
para vuestro nació, señora mía,
y así tengo a misterio peregrino
ver que mi suerte a vuestros pies me guía.

(VIANA, *Poema*, Canto XIV, 355)

Muy distinta —aunque naturalmente idílica y cortesana— es la escena en que Lope vuelve a presentarnos a los amantes, después de un año de convivencia en la Isla:

DÁCIL: —Pues mira que ha un año ya
que estás, mis ojos, aquí
que la vida que te di .
CASTILLO: —Esa en los tuyos está:
mira que soy bien nacido,
y que allá donde hay nobleza
se tiene por gran bajeza
el no ser agradecido

(LOPE, *Los guanches*, III, 331-b)

Pero todavía hay algo irreductible, que el héroe castellano se reserva. Por eso Dácil, con su fino insinto femenino, presiente que puede perderlo. Al fin él se lo manifiesta claramente:

—Por que siempre estoy,
aunque a tu gusto me inclinas,
esperando que españoles
vuelvan para que nos lleven

(LOPE, *idem.*)

El encanto de la tierra canaria y el hechizo de la bella Dácil no han apagado el sentimiento varonil de Gonzalo y sus deberes con sus compañeros de armas y con su patria. Pero este nuevo Ulises español, a pesar de su deseo de reunirse con los suyos, ya no quiere partir solo, puesto que dice: "para que nos lleven" a los dos a la patria, a la civilización. Y cuando su amada le recuerda la derrota que sufrieron a manos de su padre, el mencey Bencomo, Castillo reacciona con el discurso —que hemos comentado— lleno de orgullo y de fe, afirmando

—Presto, señora, verás
sus artillados navíos

(LOPE, ídem)

Esta fe está basada, además, en una razón suficiente si los españoles han ganado las otras Islas, a pesar de los hombres que han caído, también ganarán a Tenerife.

Este discurso, corroborado con el arcabuz que suena, indicando la llegada de las huestes españolas, alegra de tal modo a Castillo, que Dácil siente celos y desconfía de la firmeza de su amor, y deduce:

—Pues su venida encareces,
fingido ha sido tu amor

(LOPE, III, 332-a)

Y a pesar de las protestas del capitán, la infanta sigue triste y piensa que nunca le verá, hasta el punto que pide le jure ser su esposo. Castillo, un poco asustado, al ver donde le ha arrastrado esta aventura guanchesca, recurre a su ingenio español y donjuanesco buscando una fórmula poco comprometedora:

—Lo juro, por cuanto valgo,
de serlo como lo he sido

(LOPE, III, 332-b)

Es decir, por naturaleza y no por los sacramentos; pero el agudo sentido de Dácil le avisa que hay perfidia tras esas palabras y le obliga a repetir su juramento ante una peña sagrada. Algún crítico

se ha escandalizado —como el capitán Castillo, de la ignorancia de Dácil— de la ingenuidad de Lope al introducir este juramento en el idilio. Pero, aunque el poeta no lo conozca, su fundamento real es innegable, pues corresponde a una costumbre isleña. Así lo atestigua Abreu Galindo, al menos para la isla de Gran Canaria, donde dice que iban en procesión a un risco que llamaban Tirma, que estaba en Gáldar, y añade: “y quien juraba por Tirma o Umiaya, se había de cumplir por ser juramento grave”⁷¹.

Después, cuando los españoles victoriosos van apoderándose de la Isla, y el capitán Trujillo quiere apresar a la princesa, Castillo profiere unas palabras que demuestran su vinculación a los indígenas, aunque sólo sea en el instante en que quieren arrebatársela a su hermosa doncella.

—Aunque hoy nos habéis vencido,
yo no lo estoy, y la gloria
sin mí de vuestra victoria,
no es posible que haya sido

(LOPE, III, 335-b)

Pero cuando reconoce a su compañero de armas, en seguida quiere seguirle, aunque, ante el desconsuelo de Dácil, Castillo promete venir a buscarla, puesto “Que viviendo amor en mí / puse la patria en olvido”. Lo que es un tácito reconocimiento de la fuerza con que la joven y la Isla habían actuado en su ánimo. Un nuevo Ulises para una nueva Circe. En realidad, el idilio semipagano y cortesano termina aquí, pues el desenlace pertenece a lo maravilloso cristiano y legendario. Y todo el mito a la categoría de símbolo de la realidad intrahistórica de la conquista de Canarias.

Lejos del apasionado y galante reencuentro de los dos amantes, según la narración de Viana en el canto XVI de su *Poema*, Lope de Vega, en la escena de la rendición del mencey a D. Alonso, hace aparecer a Castillo, junto a Dácil, bastante indiferente; más bien como un amigo que le debe más gratitud que amor. Esta actitud provoca la reacción de Dácil, que, indignada, trata de traidores a los españoles. Y al negar Gonzalo que le haya jurado dar palabra

⁷¹ Vid op cit, cap III, pág 109

de esposo, se verifica el portentoso milagro de la reaparición de la Virgen de la Candelaria, que había huído de la cueva donde la adoraban los dos pastores guanches.

Esta aparición, aparte de su valoración literaria, como interpolación romántica de una leyenda tradicional inserta en las creencias paganas indígenas, y aparte de su efecto escénico, tiene tres fines muy significativos que redondean el sentido de la obra: a) acabar con la ambigüedad del sueño de D. Alonso y la codicia de los españoles, sancionadas por las palabras del propio San Miguel, que ofrece un tesoro divino por un tesoro terreno que no puede existir en las Canarias:

—Este tesoro hay aquí,
que es la Virgen Candelaria

b) testificar, ante todos, el juramento de Castillo, y por lo tanto la unión de los dos pueblos por el amor y el matrimonio bajo la fe verdadera:

—Señora, si sois testigo,
yo cumpliré mi palabra.

c) y, finalmente, convencer a los indígenas sometidos —y esto está también en el *Poema* de Viana— de la veracidad y de la superioridad de la religión de los conquistadores; lo que hace exclamar a Bencomo:

—¡Hermosura rara!
Por ella todos queremos
de vuestro bautismo el agua

(LOPE, III, 339-b.)

3) ELEMENTOS DE LA TEMÁTICA CANARIA.

a) *El paisaje*.—Como elemento temático, el paisaje, en estas obras dramáticas de Lope, tiene su aspecto literario y su aspecto real. En *San Diego de Alcalá* domina, en lo que se refiere a Canarias, el aspecto tópico-idílico-renacentista sobre el real, aunque no

faltan algunas adivinaciones del poeta. Las características tópicas de este paisaje han sido certeramente comentadas por Lorenzo Cáceres. Explica cómo la imaginación lopesca trata del tema canario sin la debida documentación (actitud romántica), y confundiendo con el paisaje americano, o, mejor, con la interpretación arcádica de lo americano: "hermosea el paisaje tinerfeño con olmos, olivos, manzanos y otras especies arbóreas; Lope hace nacer rosas en los campos canarios y las corta para embellecer a las mujeres indígenas". Y luego añade: "No era necesaria la inclusión de tales elementos, extraños a las Islas, en las comedias *Los guanches de Tenerife* y *San Diego de Alcalá*, pero eran bellos y son naturales"⁷² (cualidades esenciales en un poeta).

Nosotros nos limitamos a señalar, en la obra sobre San Diego, el acierto de algunos versos de Lope que hacen referencia al paisaje marino, tan propio de la poesía de Gran Canaria desde Cairasco hasta Morales. Así, cuando el indígena Tanildo ve correr a su amada Clarista por la ribera, apostrofa al Océano:

Detened su blanco pie,
conchas del mar plateadas,
para que quedéis doradas,

o bien evoca el elemento real y propio de la Isla:

Allí viene.—¿Dónde vas
por estas playas a solas?

Y a ello se añaden algunos elementos de la selva que llegaba casi hasta el mismo mar:

Espinosa del monte, haced
muros a sus pies corredores.
.....
Arboles altos, poned
las ramas delante dellas,

(LOPE, *San Diego*, II, 522-c.)

⁷² Vid op cit. *Canarias de Lope*, págs 12-14.

Aunque esta evocación esté reducida a tan pocos elementos, no cabe duda que coincide con los rasgos del lugar, donde, más tarde, se asentaría el real de Las Palmas, que al decir de los historiadores era "llano, muy lleno de muchas y altas palmeras e higuerales"⁷³.

En *Los guanches de Tenerife*, tanto las acotaciones que indican los lugares donde se desarrolla la acción como las alusiones al paisaje que hacen los protagonistas han sido tomadas por Lope de las abundantísimas descripciones del *Poema* hechas por el bachiller lagunero. Aunque representa un gran avance respecto a la obra anterior, nada aporta de nuevo, porque Lope se limita a ir escogiendo, aquí y allá, los elementos más necesarios para pintarlo; sea siguiendo el tradicionalismo garcilasiano o las aportaciones originales tomadas, del natural, por Antonio de Viana.

Tiene el dramaturgo aciertos de enfoque en la escenografía cuando indica en el acto primero. "Dando una vuelta un monte, por la otra será una media nave con muchos estandartes". Es el escenario giratorio —de la tramoya medieval— que representa la llegada de los españoles. Pero también nos parece una singular síntesis de la Isla Nivaria, monte y nave eternas. Los elementos del paisaje convencional o arcádico de las selvas de La Laguna cobran un especial significado en las palabras de Dácil, puesto que corresponden, aproximadamente, a las descripciones históricas de aquellos lugares.

—En esa verde ribera,
cuya selva pisa el mar,
hay una fresca laguna
que vierte una fuente bella,

.

Porque no he visto ninguna
de tanta hermosura y flores
por las márgenes y orillas,
donde otras mil fuentecillas
le pagan censos menores

.

Míranse en su claridad
tantos árboles frondosos,

.

⁷³ Vid A. Galindo, op. cit, pág 127

Si el viento incita las olas,
 forma unas labores tales,
 que no se labran iguales

En los árboles ya secos,
 dentro del agua hacen ruidos
 mil pájaros, escondidos
 entre los ramillos huecos

(LOPE, *Los guanches*, I, 304-305)

Viera y Clavijo, haciendo una evocación retrospectiva de aquellos lugares, dice: "Entonces las lluvias, bajando de las colinas que ciñen una vega espaciosa, formaban un hermoso lago, cubierto de un espeso bosque de laureles, de mocaneras y viñátigos, siendo cosa muy divertida observar la multitud de aves que acudían a la frescura y las manadas de ganados que pastaban en sus orillas"⁷⁴.

En la escena del encuentro de Dácil y Castillo en estos lugares hay también no sólo anotaciones "de unos riscos", de "un arroyo" y "de unas fuentes", tan tópicas como reales, sino también alusiones a la estación del año en que se supone la entrevista.

CASTILLO —El fuerte calor del tiempo
 y el cuidado del camino

Orillas deste pantano,
 buscando el principio vengo
 de su arroyo

Y al encontrarse con el panorama del lago se queda extasiado, y exclama:

¡Qué hermosa y fresca laguna!
 Parece un lucente espejo.
 ¡Qué fuente sonora y mansa!

(LOPE, I, 309-a)

Hay, esparcidas, algunas alusiones que nos dan cuenta del paisaje por donde van discurriendo los protagonistas, como al bajar

⁷⁴ Vid *Diccionario de Historia Natural*, ed. "Bibl Canaria", Santa Cruz de Tenerife, 1942, t II, pág. 48

de la selva de La Laguna hasta la costa de Añaza. Allí se encuentran "las sendas de césped", los "fresnos", "las hierbas", y un camino que desciende "hasta el mar", rodeado de "verdes ramos". Muy exacta es la descripción que hace, más adelante, en dos redondillas, la guanche Palmira para indicarle el camino, hasta su casa, al capitán Trujillo:

—Si por ese monte abajo
quieres llegar a las cuevas,
entre esas olivas nuevas
hallarás un verde atajo,
luego una fuente pequeña
que forma en el prado un charco,
y cuanto un tiro de un arco,
enfrente una blanca peña

(LOPE, II, 317-b)

Lo cual puede, aun hoy, referirse —sin los olivos— a cualquier lugar montañoso y abrupto de Tacoronte, del Sauzal o de la Matanza, en la parte norte de la Isla más cercana a La Laguna. Precisamente será ese sitio donde se dará la desastrosa batalla contra los guanches, y como Lope no puede describir el lugar, hace algunas alusiones a sus fragosidades y a sus barrancos, que tan desfavorables fueron a los españoles. Así, para indicar la maniobra de los guanches, el rey Bencomo indica. "Salgan del monte los otros", o preparándose contra él el capitán Castillo dirá: "Estará por sus riscos escondido"; y cuando han perdido la batalla los españoles, el soldado Valcázar quiere huir por el sitio más cercano: "Permite que a la mar nos alarguemos". Vemos, pues, que entre monte, risco y mar, queda esquematizado este paisaje, tal como es hoy, con el añadido de los bancales y sus pintorescos pueblecitos diseminados, desde Tacoronte al valle del Taoro, entre la cumbre y el mar que todo lo ciñe.

Hay también, después, otras alusiones a cuevas-palacios y cuevas-santuarios, de Bencomo y de la Virgen, donde se dan algunos detalles, como el de estar "la cueva a oscuras", o de los riscos donde comenzó el prodigio, al ver desfilan una procesión de luminarias, contempladas desde la perspectiva del mar:

—Bien desde el mar os decía
que el resplandor que se veía
era en Tenerife.

O buscando una explicación al milagro aluden a los altos montes,
poblados de los frondosos pinos canarios:

—Por esos montes pusimos
cruces, cuyo verde suelo
corona de luz el cielo

(LOPE, III, 331-a)

Aparte de otras referencias a peñas, árboles y riscos, que sirven de fondo a las actuaciones de lo maravilloso-cristiano, Lope nos ofrece, en síntesis, el paisaje isleño visto, desde otro ángulo, por sus propios habitantes:

Un campo lleno de piedras,
un monte cercado de agua,

(LOPE, II, 323-a.)

Que está deliberadamente exagerado en su pobreza para desengaño de los invasores, que conocían ya la bella exuberancia de sus tierras y las posibilidades de mejorarse:

La tierra es bella, y podría
tener en sí más provecho

(LOPE, I, 307-a)

b) *Lo costumbrista*.—Las viviendas, los utensilios y las diversiones populares citadas en las comedias forman otro grupo de elementos de la temática isleña, aludidas para situar al espectador en el ambiente canario. Solamente en *Los guanches* podemos encontrar algo verdaderamente característico, y siempre a través de Viana, pues las alusiones que hace Tanildo en *San Diego* son convencionales y pueden referirse, igualmente, a los indios americanos. Así aparece Clarista “toda coronada de plumas, con un arco”, o se habla de pieles, de perlas o de joyeles.

Hay algunos pasajes, en *Los guanches*, que nos transportan, con relativa fidelidad, a la época aborígen. Así Bencomo comienza un discurso haciendo referencias a su vivienda:

—Es mi palacio dorado
la cueva de un risco entero

En otro lugar Manil también se refiere a otra clase de viviendas, cuando dice: "Pobres cabañas tenemos" (acto I, pág. 314), y que Viana sintetiza en cuatro versos precisos:

Sus ricas casas eran cuevas cóncavas
que en levantados cerros se hacían,
y otras casas de solas piedras toscas.

(VIANA, I, 35)

Nos habla Bencomo también de los vestidos y abrigos que usaban:

—Sobre pieles de animales
duermo hasta que sale el día,

o de sus alimentos y utensilios:

Es harina de cebada,
en un gánigo molida,
mi sustento y mi comida
sobre unas brasas tostada
Alguna silvestre fruta
a aquellos árboles debo;
agua con las manos bebo
de aquella riscada gruta

(LOPE, II, 315-a.)

Los informes que nos da Viana sobre la comida —de donde sin duda proceden los de Lope— son mucho más detallados:

La mayor variedad de sus manjares
era. que la cebada, bien tostada,
en molino de mano remojan,
tanto que al pajzo y tosto grano

sacaban el menudo y sutil polvo,
 al que llamaron gofio...;
 con leche, miel, manteca lo amasaban,
 y con sola agua y sal, el que era pobre,

(VIANA, I, 28)

Además nos habla el rey de los adornos y abalorios, utilizados por Dácil para señalar el camino que seguía al lado de Castillo, su presunto raptor:

Si algún vasallo en el mar
 halla un caracol o bucio,
 muy limpio, oloroso y lucio,
 me lo suele presentar.
 Este, y otros más pequeños,
 me cuelgo alguna mañana
 del cuello, en trenzas de lana

(LOPE, II, 315)

Cuando se refiere a las armas, mezcla algunas propias de los aborígenes canarios con otras propias de los indios de América. Dice que no poseen

Sino estos dardos tostados,
 y algunos ramos cortados,

y habla de la hidalguía del arco y las flechas. Sin embargo, el autor del *Poema de las Antigüedades* enumera puntualmente todas las armas que usaron los guanches, y nunca cita esos instrumentos. He aquí una detallada descripción que no necesita comentario:

Eran muy gruesas masas y bastones
 de troncos, o pimpollos de árboles,
 que jugaban ligero a dos manos,

 Usaban dardos como gruesas lanzas,
 que llamaban "banoes" en su lengua:
 eran del corazón de secos pinos

llamado tea, y la aguda punta
tostada al fuego

(VIANA, I, 30)

Respecto a los vestidos, las únicas alusiones que se hacen es que iban en trajes muy ligeros o con pieles. Así ya hemos citado la comedia de *San Diego* en la que Tanildo hace unas ofrendas a su amada:

—Darete otras tantas pieles,
que en blandura y hermosura
compiten con la blancura
que ver en la espuma sueles.

(LOPE, *San Diego*, II, 523-a)

En *Los guanches* hay varias notaciones escénicas a los mismos materiales del vestido, como al salir Bencomo, "bárbaro, en traje de pieles" (acto I, pág. 304-b), y algunas observaciones sobre la ligereza de ellas, como dice Manil:

—Acá sí que, en traje libre,
hallaréis hombres gigantes

(LOPE, *Los guanches*, I, 314-a)

Estas alusiones corresponden justamente a unos versos de la exacta descripción que Viana dedica a los vestidos de los guanches:

Vestían blandas pieles gamuzadas,
de cabras, de cordero, y de oveja,
y con curiosidad y rara industria
hacían un pellico muy pulido
a modo de camisa en la hechura,
que en su lengua llamaron el "tamarco".

(VIANA, I, 27)

Pero son las fiestas, cantos y bailes populares los elementos costumbristas que con más gracia y acierto emplea Lope para escenificar la realidad local de cualquier región española. Sin embargo, hablaremos antes de otros aspectos costumbristas, como las ocu-

paciones, creencias e instituciones indígenas, a las que Lope hace referencia aunque sea sólo de paso.

Las únicas labores de los guanches que cita el dramaturgo son las del pastoreo, pero se dan por supuesto, en algún caso, como cuando se habla de la cebada como alimento. Aunque tienen sabor arcádico las alusiones de Bencomo, son verdaderas, aunque no atribuidas a los menceyes:

—Yo soy un Rey que el primero
sale a guardar mi ganado

como los héroes de la *Odisea* o los pastores de la Arcadia, como vuelve a repetir su propio lugarteniente:

—Hombre que, como nosotros,
por esos prados repasta
cabras monteses y ovejas
silvestres, toros y vacas (?).

(LOPE, II, 323-a)

Viana dedica amplia información a las ocupaciones de los indígenas, y así dice que recogían en apriscos a las ovejas, o habla del curtido de las pieles de cabra, de cordero o de oveja, y relata cómo los españoles salían en busca de los rebaños que los guanches tenían pastando. En algunos pasajes contradice a Lope cuando éste nos dice que entre el ganado había toros y vacas, y que lo sacaba a pastar el mismo rey. Error cometido por su visión idílico-arcádica de la realidad isleña, que expone Viana en estos pasajes:

Su común ejercicio de ordinario
era guardar ganado, salvo aquellos
que fueron nobles, ricos principales,
o los que se ocupaban en oficios
tocantes a gobierno de República

(VIANA, I, 29.)

Además de ésta tenían otras ocupaciones y oficios, como tejedores, alfareros, carniceros, etc. Había también hechiceros expertos en

curas de heridas y enfermedades, que conocían ciertas hierbas medicinales, a las que hace alusión la infanta Dácil:

—Y con hierbas saludables
que acá conocemos muchas,
secretamente curaríe

(LOPE, II, 327-a)

Referencia que, como otras, tiene su precedente en otra detallada descripción de la medicina guanchesca del *Poema de Viana*:

Curávanse asimismo las heridas
con bálsamo odorífero, compuesto
de yerbas y de flores salutíferas

(VIANA, I, 29)

En cuanto a las leyes, juicios, castigos, etc., Lope hace referencias más o menos precisas, pero con tendencia a la idealización de la vida del salvaje, que, sin duda, también tomó del *Poema de las Antigüedades*. He aquí la visión idílica de Manil, al hablar de la firmeza de su legislación y del poder absoluto de su rey:

—Leyes, no hay quien las quebrante;
acá no hay hombre que mienta,
ni a su Rey se atreve nadie
lo que él manda, se obedece,
lo que él quiere, eso se hace

(LOPE, I, 314-b)

Opiniones que estaban casi trasladadas de otro pasaje muy semejante de Viana, que dice:

Sus leyes, estatutos y preceptos
no quebrantaban, que antes fueron siempre
puntuales en cumplirlos y observarlos

(VIANA, I, 23)

A los que quebrantaban estas leyes se les daban diversos modos de castigos, y entre los más comunes estaba el arrojar al culpable

de un alto risco, como nos lo confirma la sentencia de Bencomo dada contra Guetón y Rosalva :

Mas en lo más subido de la cumbre
están los afligidos sentenciados
puestos a punto ya de despeñarse,

(VIANA, XVI, 409)

Prueba de que Lope conocía esta manera canaria de suicidio o de castigo es la alusión que hace cuando Dácil indica cómo va a morir para ir a reunirse con su amado Gonzalo, al que cree ya muerto :

—Puedes, como yo, arrojarte
deste risco

(LOPE, *Los guanches*, II, 326-a)

No mucha fidelidad guarda Lope a Viana en las alusiones que hace a la religión y los sacrificios que practicaban los nivarios. Así Viana afirma que no tenían ídolos y que eran monoteístas :

En una causa todos concurrían,
creyendo y adorando en un dios solo,
cuyo ser infinito Omnipotente,
justo, clemente, y pío confesaban,

(VIANA, I, 22.)

Mientras que Lope se refiere a ese dios como al sol, acaso por asociación con el culto solar de los incas suramericanos, y por eso les atribuía sacrificios y ceremonias. Bencomo invoca siempre al mismo dios :

—Pero venid conmigo y aplaquemos
al sol, que por ventura está enojado

Y añade su hermano Tinguaro :

—Bien dices hazle un grande sacrificio;
no perdone en él toros, ovejas,
aves, peces, olores, ni vidas
de nuestros hijos.

(LOPE, I, 306-b)

Pero ninguna crónica o historia antigua habla de sacrificios, ni menos de inmolaciones humanas. El mismo Lope, en otro lugar, contradiciéndose, nos confirma esta ausencia de idolatría por boca de uno de los capitanes españoles:

—Estos no tienen ídolos, Castillo,
y son sus fiestas en el campo raso;

(LOPE, II, 322-b)

Con esta cita al lugar donde celebraban sus diversiones los guanches entramos en el último elemento costumbrista tan caro a nuestro poeta: las fiestas y los bailes populares. Referencias a los juegos y bailes de los aborígenes canarios las pudo encontrar Lope en el *Poema* de Viana, si ya no los conociera por las citas de los historiadores de Indias y por la fama que alcanzaron ciertas danzas que se suponían originarias de las Islas. Sin embargo, un pasaje del bachiller lagunero pudo servir de fuente a Lope para algunas referencias a estas diversiones:

Celebraban anales alegrías
en días festivos, congregándose
en las cortes y casas de los Reyes,
haciendo grandes gastos en convites,
y sobre apuestas, para regocijos,
hacían fuerzas, levantaban pesos,
en luchar, en correr, saltar, y en pruebas,
en bailes, con destreza y valentía

(VIANA, I, 28-29)

Aunque Lope no toma de Viana todo esto con detalle, como el lugar de celebración de los juegos, sí le sigue —añadiendo algo de su cosecha— en lo fundamental, como en el discurso de Tinguaro, cuando compara a los españoles con los guanches:

—Y no saben luchar, correr, dar saltos,
jugar un árbol, esgrimir un pino,

(LOPE, *Los guanches*, I, 306.)

Una anotación indica. "Canten y bailen el "canario" los bárbaros y las mujeres" A continuación Lope copia una canción —que bien puede ser una estilización de las formas populares de la época— compuesta de un estribillo lírico y una estrofa romanceada de tipo narrativo referente a la conquista de Canarias y sus circunstancias:

Canaria lira,
lilrum fa,
que todo lo vence
amar y callar

En la Gran Canaria,
Isla deste mar,
que los españoles
quieren conquistar
para el Rey Enrique
que en Castilla está

(LOPE, *San Diego*, II, 523-b)

Los modernos etnólogos se muestran bastante escépticos al tratar de la autenticidad guanchinesca de este baile tan conocido en la época de Lope, pues incluso en la forma que lo indica nuestro poeta —mezcla de lírico y narrativo— corresponde a una forma más moderna, según la autorizada opinión de Menéndez Pidal⁷⁶.

De una manera muy semejante, y con un estilo parecido a la obra anterior, Lope introduce otra vez "el canario" en *Los guanches de Tenerife*. De igual modo que antes se celebra para distraer tristezas y males de amores a una dama indígena. La notación escénica indica: "Músicos, y baile canarios". Cantan una letra en la misma forma estrófica que la copiada más arriba, y hasta con la misma rima de acento yámbico, que parece imitar el sonido del tamboril que acompañaba, en su forma popular, a estos bailes:

Españoles bríos,
mirar y matar;
volveréis vencidos
Fan, falalán

⁷⁶ Vid *Cómo vivió y cómo vive el romancero*, Enciclopedia Hispánica, Valencia, s a, pág 74 y ss

Vino a las Canarias
 por el rey don Juan,
 con lucida armada,
 un gran capitán.
 Puso gente en tierra,
 saltó de la mar:
 tomó cuatro islas,
 por el Rey están:
 Lanzarote, el Hierro,
 y luego se da
 la Fuerte Ventura,
 en el nombre más.

(LOPE, II, 321-b.)

Como se ve después de leer a Viana, no ha modificado en nada su conocimiento del baile "canario", que era, con seguridad, el que predominaba en su época. El mismo texto del poeta lagunero que enfrenta las rústicas danzas indígenas con los desenfadados bailes de la corte, ha sido la pauta que han seguido los investigadores. La sencillez de las diversiones campesinas (= indígenas) frente a las cortesanas.

Comiéndanse ante el Rey bailes solemnes,
 no la descomulgada zarabanda,
 chacona, gatatumba, o los menos
 de varias descompuestas ceremonias,
 antes con el recato y cortesía
 que puede permitirse sin agravios
 de simple honestidad y llano término,
 hacían saltos, vueltas y mudanzas

(VIANA, IV, 104.)

De la misma opinión eran los autores que hablan de las danzas regionales canarias en un curioso opúsculo compuesto por J. Bethencourt Alfonso⁷⁷. Pero María Rosa Alonso, en un documentado estudio de fecha posterior, vuelve a replantear el problema bajo interrogante lógica: "El baile llamado "canario" desde el siglo XVI, ¿era un baile indígena exportado por los españoles o sencillamente

⁷⁷ Vid. *Los cantos y danzas regionales*, "Bibl. Canaria", Tenerife, s. a. [1940?]

era un baile inventado por los músicos de la época, cuando las Islas, al ser incorporadas a Castilla, se pusieron a la moda?"⁷⁸. Nuestra investigadora se inclina por la segunda hipótesis, aunque está dispuesta a rectificar si se aportara alguna prueba concluyente en contra. Supone que "a raíz de la conquista muchos esclavos canarios fueron vendidos a España. Sabemos de algunos que manifestaban su destreza en las calles sevillanas, pudiera ser que también exhibieran sus rudimentarias dotes coreográficas y que músicos españoles instrumentaran con entera libertad y conforme a sus cánones unas danzas cuyo motivo y nombre se los ofrecieran estos sencillos indígenas".

Lo más prudente es suponer que Lope, siguiendo la opinión de la época, pensó, como todos, que estos bailes, a pesar de su aire cortesano, tenían un indudable origen isleño, y que podían muy bien servir para evocar en el público, que ya los conocía, el ambiente adecuado a estas obras. Seguramente se representaría en escena tal como luego ha supervivido en algunos pueblos peninsulares e isleños (Hierro), donde se ha comprobado la existencia de un baile al son de una flauta y un tamboril y acompañado por el canto de unas endechas o corridos, especie de romances narrativos al estilo de los que Lope de Vega presenta aquí de un modo más cultista.

V

EL ANTAGONISMO GUANCHE-ESPAÑOL
Y LOS PERSONAJES

Todavía en su obra sobre la vida y milagros de *San Diego de Alcalá* Lope no se planteó, como problema dramático, el antagonismo entre el primitivo salvaje de Canarias y el español civilizado, como luego ha visto D. Marcelino en *Los guanches de Tenerife*. Tenía entonces nuestro poeta vagas ideas sobre los canarios, au-

⁷⁸ Vid *Las danzas y canciones populares de Canarias*, Rev "El Museo Canario", enero-junio 1948, núms 25-26, pág 86

mentadas con la situación histórica primitiva en que debía colocar la evangelización del santo franciscano de Fuerteventura.

He aquí cómo ven los españoles, desde lejos, a los indígenas canarios que iba a evangelizar San Diego. Cuando el padre le pregunta al portero del convento adónde ha ido su hijo, aquél contesta:

Hermano, está en medio el mar,
 porque la obediencia, luego
 que su virtud conoció,
 para bien de aquella tierra
 y hacer al demonio guerra,
 a Canaria le envió
 que es bárbara aquella gente,
 y no conocen a Dios

(LOPE, *San Diego*, II, 522-a)

Este concepto de lejanía de las Islas y de ser sus habitantes unos bárbaros sin ley y sin conocimiento de Dios, y por tanto casi aliados con el demonio, era, sin duda, el predominante en el público español. Incluso cuando Fray Diego intenta pasar a Gran Canaria—cuyos habitantes tenían fama de belicosos por las numerosas luchas que ya habían sostenido con los invasores— con la intención de hablarles el primero, se hace acompañar de gente de armas, aunque está dispuesto a sufrir el martirio si es preciso, como otros hermanos suyos en religión que allí habían corrido esa suerte.

Después, el santo, al volver a Fuerteventura sin haber logrado su intento en la Gran Canaria, hace unas distinciones entre los habitantes de las diferentes Islas, al contestar a fray Juan, su compañero del convento, que sigue teniendo un concepto mítico de los canarios:

—Diga, padre: los gigantes
 y bárbaros de Canaria
 ¿cómo llevan que les traten
 de que dejen a sus dioses?

(LOPE, II, 527-a)

Y Fray Diego, en versos que ya hemos copiado en otro lugar, explica cómo a los de Fuerteventura “impresión hace el tratarles / los misterios de la fe ” y los asimilan rápidamente, los de “la Canaria Grande”, si la conquistasen, “también la fe tomarían”; pero los más intratables son los que viven en Tenerife, los guanches. En cuanto a sus costumbres e indumentarias, para Fray Diego los salvajes de Canarias son los mismos que los indios americanos, antes de descubrirse América, pues visten “plumas y pieles / de diversos animales”, y las armas son “arcos y flechas”.

Pero Lope no se contentó con esta cita indirecta del santo, sino que los presenta, a los canarios, actuando en la escena, para lo cual tiene que idealizarlos. De esto resultan esas escenas donde una pareja de indígenas, Tamildo y Clarista, actúan como verdaderos cortesanos disfrazados de pastores arcádicos, y donde los celos, el amor, las galanterías y diversiones son idénticos a los de cualquier ambiente renacentista europeo. Acaso para contrarrestar esta impresión cultista intercala el baile “canario”, que él creía una interpretación indigenista, y luego también el concepto mítico del salvaje:

—¿Qué hacéis en bailes ociosos,
caballeros de Canaria,
descendientes de gigantes
que hoy en aquestas montañas,
en las cuevas de sus riscos,
de siete codos se hallan ?

(LOPE, II, 523-c)

En la réplica a estos interrogantes hay un indicio de antagonismo canario-español, al propio tiempo que un esbozo de idealización de los bárbaros guerreros de Gran Canaria de resonancias romancescas:

—Calla, Minodante, calla,
que adonde Tamildo vive,
no tiene fuerzas España
Trocad, bárbaros valientes,
los instrumentos en mazas,

(Idem, íd)

Como se ve, todavía no hay un propósito claro de oponer lo salvaje a lo civilizado, ni el canario al español. Los personajes isleños son convencionales, así como sus nombres, e igualmente sus sentimientos y características, que pertenecen, no a un conocimiento más o menos directo de su época, sino mítico literario medieval. Esta mezcla de medievalismo y renacimiento está de acuerdo con el concepto de las Canarias en el siglo xv. Sin embargo, en el propósito de San Diego y en la ideología evangelizadora de la conquista que se deja entrever en sus palabras, cuando divide a los canarios por su maleabilidad para la predicación, haya un sentido real que será aprovechable en la polémica de la conquista.

1) BOSQUEJO DE LOS PERSONAJES.

Antes de establecer los términos del antagonismo guanche-español y sus últimas consecuencias en la concepción lopista de lo canario, es conveniente señalar los rasgos más característicos de los personajes de la comedia de la *Conquista de Canaria* en su ecuación de tres términos: realidad o intrahistoria, vianismo y lopismo.

Para hacer este análisis dividiremos en dos grupos a los personajes: los españoles y los guanches. Empezando por los de más jerarquía y más significación dramática, tenemos, en primer lugar, a D. Alonso de Lugo, personaje que conserva en la comedia todas sus preeminencias históricas. En cualquier crónica o historia de la conquista de Canarias ocupa D. Alonso un papel importante, aunque algunos juzguen o interpreten de distinto modo sus hechos. Se sabe que vino a las Islas con el general Pedro de Vera, para terminar la conquista de Gran Canaria. Por los méritos contraídos se le dieron tierras en Agaete; pero, según Viera, "la costumbre, la educación, el espíritu del siglo, el genio activo que animaba entonces a la nación y, sobre todo, la bella perspectiva de Tenerife, que se presentaba diariamente a 9 ó 10 leguas de la morada del alcaide de Agaete, excitaba en su ambicioso corazón un deseo irresistible de arrancarlas del poder de los bárbaros y de someterla a la corona, sacrificándose a esta empresa capaz de oscurecer la fama

de Pedro de Vera y de D. Juan de Bethencourt”⁷⁹. Sin embargo, el Dr. Wölfel opina que son otros los móviles que le llevaban a la conquista: “No cabe duda —dice— de que en el carácter de Alonso de Lugo no faltaron los rasgos de valentía y de amor de aventuras, pero sus móviles primeros en todas sus acciones fueron sus codicias y sus deudas”⁸⁰. Lo cierto es que, tomando como punto de partida a Gran Canaria, y, como dice María Rosa Alonso, “para la conquista de las restantes Islas realengas, prepara su expedición para la conquista de Tenerife”. Con ello “entramos ya en terreno conocido: es probable que el desembarco fuera el 1.º de mayo de 1494; entre esta fecha y el 8 de junio, en que sala derrotado para Gran Canaria, debió ocurrir el tremendo descalabro de la Matanza ..”. Después, “nuevos negocios con mercaderes y las huestes de Cádiz, gentes del duque de Medina Sidonia, le permiten el definitivo desembarco el 2 de noviembre de 1494; en ese mismo mes tiene el “desbarato” definitivo de los naturales en La Laguna, donde murió el mencey de Taoro . En 1495 se verifican varios encuentros. El último sería el de la Victoria de Acentejo ”⁸¹. Hasta aquí la historia, pero el *Poema* y la comedia lo presentan de distinta forma. Según María Rosa, Viana “hace de Lugo un gran señor magnánimo y tan paradisíaco como sus guanches”, pues para él es sobre todo el

noble don Alonso de Lugo,
gobernador y general supremo

Con unas palabras muy semejantes nos lo presenta Lope, por boca del capitán Castillo:

Gran Don Alonso de Lugo
nuestro invicto general,

y naturalmente es el héroe de la conquista, el enviado de los Reyes, el elegido de Dios para la victoria final. Además todos sus hechos

⁷⁹ Vid. *Historia*, ed Madrid, 1773, t II (libro 8º), pág. 144

⁸⁰ Vid *Alonso de Lugo y Compañía, sociedad comercial para la conquista de la isla de La Palma*, en Rev “Investigación y Progreso”, año VII, número 78, 1934

⁸¹ Vid op cit *El Poema...*, pág 501

y rasgos demuestran nobleza, valentía, generosidad, que queda bien patente cuando habla de los futuros repartimientos:

Yo, aunque soy el General,
seré en partirla el menor
y con un soldado igual;

(LOPE, I, 307-a.)

aunque la verdad histórica contradice a Lope, ya que “en el reparto de 1501 el Conquistador se adjudica lo mejor de la Isla”. Sin embargo, al final de la comedia, para disminuirle de su pedestal heroico y acercarlo más a lo humano, descubre la codicia del general y los suyos, cuando creen ver en aquellas misteriosas luces la señal de un oculto tesoro, que le lleva a preguntar a los indígenas recién sometidos:

—¿A qué parte deste monte
hay minas de oro o de plata?

(LOPE, III, 339-a)

Otra figura que corre casi pareja con la de Lugo es la de D. Lope Fernández de la Guerra, cuyo papel en la conquista de Viana exagera un poco —por ir dedicada la obra a sus descendientes—, y que Lope, aunque contagiado por el entusiasmo de Viana, la rebaja a su justo papel, con lo que se ajusta más a la verdad histórica. Así María Rosa, por boca del P. Espinosa, dice que “don Lope Fernández fue un auxiliar decisivo en la campaña y vino también a Tenerife en el segundo desembarco. Luchó en la batalla de la Matanza y la Victoria. Vendió dos ingenios en Gran Canaria para subvenir a los gastos de la campaña antes de la misma batalla de la Victoria, en la que dirigió una de las dos alas del ejército invasor, siendo persona de la confianza del gobernador”⁸². Véase cómo define Viana a su héroe:

El gran maestro de campo Lope Hernández
de la Guerra, que, como buen hidalgo,
vendió en Canaria toda su hacienda

⁸² Vid *El Poema*, pág. 555

para costos y gasto de conquista,
 fue el primer Regidor, cúpole en parte,
 aunque más merecía su grandeza,
 el valle que de Guerra se intitula.

(VIANA, XVI, 426-27.)

Siguiendo su idealización, Lope nos presenta a su homónimo como el prudente consejero del general, esforzado y generoso; así le juzga el capitán Castillo:

... Lope Fernández Guerra,
 natural de las Montañas,
 ha hecho insignes hazañas
 por la mar y por la tierra;

(LOPE, III, 332-a)

Lope de Vega también consigna su famoso rasgo, dramatizándolo en todos sus detalles: cuando Lugo, a la vista del desastre de la Matanza, queda completamente descorazonado, es Fernández de la Guerra quien le anima a intentar otra vez la empresa, ofreciéndole generosamente todas sus propiedades:

D LOPE: Volvamos a Canaria, que mi hacienda,
 mis ingenos de azúcar y otras cosas,
 haré que en plaza pública se vendan,
 y armaremos dos naves belicosas

 D. ALONSO: ¿Valdrá la hacienda?..
 D LOPE: Nueve mil ducados,
 que bastan para naves y soldados

(LOPE, II, 325-a)

Pero cuando D. Lope ve la posibilidad de que el descubrimiento de una mina de oro o de plata en Tenerife le compensara de sus pérdidas se despierta en él —igual que en el jefe de la expedición— un codicioso pero humano entusiasmo, y al preguntarle Castillo: “¿Qué es lo que vais a buscar?”, le responde: “No menos que un monte de oro”.

Otros dos personajes, también con base histórica, aparecen en un plano medio inferior, pero no por ello menos representativos: son los oficiales Trujillo de la Coba y Gonzalo del Castillo, ambos nobles y guerreros españoles, idealizados e incorporados a la literatura de la conquista de Tenerife. Siguiendo al P. Espinosa, María Rosa Alonso dice que Hernando Trujillo "era natural de Jerez de la Frontera y vino con el general Lugo en el segundo desembarco y le nombró su lugarteniente, con todo su poder para lo tocante a su justicia"⁸³. Viana lo presenta con todas las cualidades de un héroe del Renacimiento:

Hernando de Trujillo, caballero
prudente, benemérito y persona
de prendas, gran valor y entendimiento,
bien dispuesto con soldados y vecinos

(VIANA, XVI, 426)

Y Lope pone, en este personaje, las características del oficial noble y aventurero, valiente y generoso, poseído de sus títulos y de su valor, algo fanfarrón pero sin doblez:

Y Trujillo de la Coba,
de Jerez de la Frontera,
dentro de su quinta esfera
a Marte la espada roba.

(LOPE, III, 332-a)

Es además el émulo de Castillo en los momentos de arrojo y de peligro. Esto se refleja, por ejemplo, en la escena en que los dos disputan por ir a reconocer el campo de La Laguna. Sin embargo, representa la prudencia frente a la temeridad de su compañero de armas, y así nos lo prueba la escena en que discute con D. Lope y con Castillo sobre los belicosos preparativos de los guanches. Oiganse sus opiniones:

CASTILLO · El bárbaro, señor, amedrentado,
estará por sus riscos escondido,
pues apenas parece algún soldado.

⁸³ Vid. op cit *Poema.* , pág 563

D LOPE El no habernos la entrada defendido
muestra que su temor y cobardía
para las vidas pedirá partido.

Pero frente a esta actitud, basada en el desprecio del enemigo, está la opinión del capitán Trujillo, basada en la experiencia y justa valoración del adversario:

TRUJILLO Cuando de riscos ásperos venía
con Valcázar ayer, reconociendo
qué gente el Rey, qué ejército tenía,
oímos de armas belicoso estruendo,
digo de gente a la defensa puesta,

(LOPE, II, 322-b)

Formando pareja con aquel héroe o personaje está D. Gonzalo del Castillo, cuya personalidad histórica aparece más desdibujada al haber sido tomado, por Viana, por el personaje paradigmático de su *Poema*, lo mismo que Lope de su comedia. María Rosa nos hace notar que “aparece en la obra de Espinosa como persona que figuró entre la gente de a caballo que mandó el duque de Medina Sidonia, o sea en el segundo desembarco”. Por mucho fundamento histórico que tenga su actuación en la conquista y sus famosos amores con una infanta indígena, “ . los genealogistas no han desenredado la difícil madeja que se tejió respecto al matrimonio de este caballero. El señor Arribas afirma que Gonzalo se casó con Francisca de Tacoronte, hija del rey Bencomo”; pero ya hemos visto cómo la base real del mito Dácil y Castillo se ha seguido discutiendo por historiadores y poetas. Lope, como lo hemos confirmado en el análisis del mito amoroso, partiendo de Viana, vuelve a recrear en su personaje, Gonzalo del Castillo, al héroe de la conquista, pero disminuído a los límites de lo humano y hasta lo demasiado humano, que, a veces, se desfigura en lo gracioso y lo satírico. He aquí cómo el propio personaje se hace su retrato:

—No soy lindo;
trigueño sí, barbinegro,
aunque ningún hoquirrubio
me la ha ganado en lo tierno,

que aunque en la guerra me tienen
por atrevido y soberbio,
delante de una mujer
soy un tímido conejo.

(LOPE, I, 310-b)

Apenas hay que añadir una pincelada a este exacto diseño del oficial español del Siglo de Oro, tal como aparecía en las comedias de capa y espada. Así le vemos temerario frente a los guanches y en competencia con Trujillo, y descomedido y descortés en sus fanfarronadas, entre sus compañeros, cuando se aprestan a la lucha en el campamento de Añaza:

—¡Vive Dios, que solo baste
a sorberme, como huevos
frescos, canastas de guanches!

(LOPE, I, 314-b.)

o su orgullosa reacción y réplica impulsiva al embajador de Bencomo, que llega a proponerles la retirada o la guerra. Don Alonso tiene que contenerle:

—Que me dejes que yo haga
satisfacción y respuesta
a este guanche y a esta infamia.

(LOPE, II, 323-b)

Pero este personaje impulsivo, fanfarrón, orgulloso de su juventud y de su fuerza, arriesgado y valiente hasta la temeridad, será el elegido para comprender, el primero, la generosidad, el amor y las virtudes de sus enemigos. El proceso de este reconocimiento se pone en marcha desde el primer acto, cuando la misma joven que conducía a su campamento le salva la vida, y le hace conducir, por un guía, hasta los suyos. Después será, también, la cura de sus heridas y su larga estancia entre los indígenas lo que le hará comprender, cada vez más claramente, las bondades de los indígenas, despertando en él sentimientos nobles:

—Curástemme, y de la muerte
me redujiste a la vida:
si está el alma agradecida,
la misma razón lo advierte.

(LOPE, III, 331-b.)

Luego, aunque asombrado de la ignorancia de Dácil, le promete, ante una peña, ser su esposo. Y cuando su compañero de armas, el mismo Trujillo, después de la victoria, se dispone a cautivar a su compañera, Gonzalo le sale al paso como si fuera un guanche más:

—Un hombre soy
que entre bárbaros estoy,
pero no soy de su ley.

(LOPE, III, 335-b.)

Y, finalmente, aunque se olvide, al volver a los suyos, de sus promesas de matrimonio como cualquier galán donjuanesco, ante los acontecimientos sobrenaturales, como buen cristiano, capitula y accede gustosamente a ser esposo de la princesa indígena.

Valcázar aparece en la comedia como un representante de los soldados que contribuyeron a la conquista. Tiene todos los rasgos típicos del personaje: entre medio pícaro y medio guerrero. Acompaña a su capitán en sus correrías por el monte y la selva, y participa lo mismo de las aventuras militares que de las amorosas. Y, por último, cuando sus nobles jefes están dispuestos a casarse con las isleñas, él, como representante del pueblo, también: "Y yo con la bella Erbasia", dice. Es, pues, un personaje literario, pero con posibilidad real de existencia dentro de esta coyuntura histórica.

Al pasar al grupo de los personajes guanches vemos, en seguida, que el número de los tipos literarios, o con posibilidades intrahistóricas de existencia, aumentan en relación con los verdaderamente históricos. En primer lugar tenemos al gran Bencomo, el mencey del Valle de Taoro, el único que se opone decididamente a la entrada de los españoles en la isla de Nivaria. Los historiadores nos dan unos pocos datos reales mezclados de fantasía. Así Viera y Clavijo

nos dice "que naturalmente era de carácter sañudo, y había despreciado en su corazón toda otra nación que no fuese la suya"⁸⁴. Viana hace un detallado retrato del héroe guanche, con todas las características patriarcales y convencionales del buen salvaje, aunque dentro del mito medieval del gigantismo isleño:

De cuerpo era dispuesto, y gentil hombre,
robusto, corpulento, cual gigante,
de altor de siete codos, y aun se dice
tenía sesenta muelas sin los dientes,
frente arrugada, calva y espaciosa,
repartida melena, poca y larga,
rostro alegre y feroz, color moreno

Temperamento en todo a lo colérico,
algo compuesto con humor sanguíneo;
era ligero, altivo en pensamientos,
justiciero, modesto, grave, sabio,
prudente y sobre todo arrogantísimo

(VIANA, III, 68.)

Sin embargo, como dice María Rosa Alonso, "las acciones de Bencomo son perfectamente verosímiles, naturales, propias de un noble rey que vive dominando a los suyos con toda dignidad y sano juicio". Se revela su carácter violento al no tolerar el fatídico anuncio de Guañameñe, al que manda ajusticiar inmediatamente; pero también es digno y sereno en la contestación a los españoles, y prudente en la reprensión a Zebensuí; "siempre valiente y seguro de sí mismo, arenga a los suyos antes del combate de La Laguna, pero su espíritu comienza a abatirse después del desastroso fin de este encuentro. . ." ⁸⁵. El capitán Castillo será el intermediario para la rendición, pero no hay intervención milagrosa como en Lope, sino natural consecuencia de la imposibilidad de seguir la lucha a causa de la epidemia y la superioridad manifiesta del enemigo.

En la comedia, Lope hace descender bastante de su mito y de su colérica majestad al mencey de Taoro, y lo presenta como per-

⁸⁴ Vid. op cit *Noticias de la Historia general* .., t II, ed 1773, pág. 203.

⁸⁵ Vid op cit. *Poema* , pág 394.

sonaje más humano, aunque no menos arcádico. Cuando Sileno (el agorero) anuncia la llegada de “aquellos negros pájaros de España”, el rey invoca piadosamente al sol y se lamenta de que vengan a invadir sus tierras sin haber dado motivo alguno, y en vez de reaccionar violentamente reconoce el artificio y el poder del enemigo y convoca a los suyos para aplacar a su dios:

Conozco, amigos, que esta gente astuta,
lo que le falta en fuerzas, tiene en ánimo;
pero debo estimar el alto ingenio
con que saben hacer cosas tan raras.

(LOPE, I, 306-a)

Más adelante Bencomo se presenta a sí mismo como un pastor arcádico y al mismo tiempo guerrero, haciendo una vida sencilla e idílica:

Yo soy un Rey que el primero
salgo a guardar mi ganado,
... ..
De una vez naturaleza
mis aposentos labró;
en ellos no encierro yo
la codiciada riqueza

(LOPE, II, 315-a)

A veces nuestro dramaturgo le rebaja dignidad, y nos lo muestra harto inocente o bravucón, como después de haber vencido a los españoles y le vuelven a anunciar que han llegado, de nuevo, preparados para el combate

¡Por el sol, que si tomo los navíos,
que los arroje a España con la mano!

(LOPE, III, 330-a)

Pero estos son rasgos pasajeros del comediógrafo, pues la humanidad del rey Bencomo se le impone al mismo autor, y aparece tierno con su hija Dácil, a la que le pide se alegre con su victoria, o como

cuando, después de la derrota, se muestra animoso y dispuesto a rehacer las huestes, y le dice:

—Ruégote que te escondas mientras pasa
la furia destes hombres, y reformo
la gente que me queda y la que espero,
para probar segunda vez la suerte.

(LOPE, III, 336-b)

Y luego, en un soneto bien significativo, Lope —que conocía bien los males de la adversa fortuna— pone en boca de Bencomo todas las reflexiones del desdichado, que, gradualmente, pasa del estado reflexivo, donde trata de darse ánimo al culpar al hado de su mala fortuna, hasta interrogar desesperado a su sino por el fin de sus desdichas. Veamos sólo los tercetos donde el héroe llega al borde de la desesperanza:

Sentarme quiero, de sufrir cansado,
en estas peñas, sol, mientras me enseñas
qué fin tendrá principio tan errado
Mas mátame, y diré que me despeñas,
porque el peso de un hombre desdichado,
apenas lo podrán sufrir las peñas

(LOPE, III, 336-337)

Obsérvese cómo Lope le hace pensar en la muerte común entre los héroes canarios vencidos: poner fin a sus vidas deshonradas despeñándose. Pero lejos de esto, con un efecto teatral buscado, ya vimos cómo la aparición del Arcángel San Miguel hace que el soberbio rey Bencomo se convierta en un sumiso y neófito cristiano. Sin embargo, aunque a primera vista parezca esto poco natural ante la verdad histórica, no lo es ante la concepción de la comedia de santos, ni menos ante la santología cristiana, pues rebeldes y soberbios fueron San Agustín y San Pablo antes de sus conversiones. El mismo Bencomo explica que no se somete a los invasores, sino a las órdenes de un poder que está por encima de los españoles, pues cuando Siley le dice:

—Si puede tu dolor tener consuelo,
es ver que al español te hayas rendido

replica el mencey:

—Bien dices, aunque ya tan solamente
al cielo estoy rendido y obediente

(LOPE, III, 337-b)

Otro personaje que dramatiza Lope y que tiene realidad histórica es el guerrero Tinguaro, del que han quedado pocos datos. Viana no le retrata, pero hace representar un papel importante en el desarrollo del *Poema* a

El gran Tinguaro, de Bencomo hermano,
a él muy semejante y parecido

(VIANA, III, 69)

Y lo presenta como un caudillo valeroso, luchando en Acentejo, pactando con el mencey de Anaga, rendido de amor ante la desdenosa Guacimara, y muriendo, finalmente, como un héroe de la *Uada*, en la montaña de San Roque frente a La Laguna. Así formó Viana un personaje típico de su *Poema*, mezcla de figura histórica y tópico literario heroico e idílico. Lope conserva, también en parte, este mismo carácter que le infundió Viana, suprimiendo el aspecto sentimental y su heroica muerte, consiguiendo con ello un personaje de menos relieve pero acaso más veraz. Lope funde, en este héroe, al Tinguaro de la historia y al guerrero Sigoñe, que acompaña al rey, y se muestra siempre animoso y prudente consejero; y así, cuando Sileno le manifiesta los desalentadores vaticinios al rey, es Tinguaro quien le da ánimos para la lucha futura:

—No te entristezcas, gran señor, ni al cielo
te quejes de las cosas, que es más justo
rendirle gracias que enviarle quejas
Vengan los españoles, vengan; traigan
riquezas, que nos dejen, de sus tierras,
.
Vasallos tienes que sabrán quitárselas

(LOPE, I, 306-a)

En vez de Bencomo es Tinguaro quien quita la espada a Trujillo mientras éste dormía, y lejos de darle muerte se porta con nobleza al respetar su sueño, pues

—El que duerme, muerto está;
yo no he de matar los muertos.

(LOPE, II, 319-b)

Es al mismo tiempo prudente y arrojado, y así arenga a sus compañeros y soldados, antes de la batalla de la Matanza :

—No salgáis, guanches famosos,
hasta mejor ocasión,
pocos los contrarios son,
puesto que son valerosos;
estad a punto esperando,
hasta cogerlos en medio,
porque no tengan remedio

(LOPE, II, 324.)

Finalmente, Tinguaro es el único que se atreve a levantar la voz para hacer reflexionar a Bencomo, cuando éste decide rendirse, y darle su último consejo, como el último eco de su bravía independencia :

—Señor, tú harás lo que te manda el cielo,
pero has de ser prudente en el partido.

(LOPE, III, 337-b)

El único personaje femenino es el de la infanta indígena Dácil, cuya identificación histórica ha sido tan discutida por los comentaristas del *Poema* de Viana y por los historiadores de la conquista de Tenerife. Sea Francisca de Tacoronte, como quiere Arribas, u otra indígena bautizada, lo cierto es que tal como aparece en la *Comedia* o en el *Poema*, puede simbolizar la unión del pueblo guanche con el español, y todo símbolo tiene un fundamento intrarreal e intrahistórico.

Viana la idealiza, según los moldes idílicos, con todas las galas del tópico femenino del Renacimiento :

Es de muy poca edad, gallardo brio,
tiene donaire, gracia, gentileza,
frente espaciosa, grave, a quien circuye
largo cabello más que el sol dorado,

Los ojos bellos son como esmeraldas
cercadas de cristales transparentes,

Graciosa boca, cuyos gruesos labios
parecen hechos de coral purísimo,
donde a su tiempo la templada risa
cubre y descubre los ebúrneos dientes,
cual ricas perlas o diamantes finos,
hermoso rostro de color de nieve,
con fuego y sangre misturado a partes,
y, como al cielo claro, lo estrellaban
algunas pecas como flores de oro

(VIANA, III, 82)

A pesar de esta convencional descripción, Viana —acaso por el secreto instinto de su isloteñismo— logra hacer de Dácil un personaje más natural y de reacciones más sencillas que la de Lope. Así, por ejemplo, le parece que no debe entender el español, aunque el saber algunas palabras no fuera del todo inverosímil, o nos la muestra confusa y avergonzada al encontrarse con el capitán Castillo: “Y ella se estaba en él embelesada, / vencida y llena de vergüenza honesta” (VIANA, V, 121). Y, aunque enamorada, nunca exige nada al español, como ocurre en Lope cuando le hace jurar ante una peña que ha de ser su esposo.

La única descripción que hay de Dácil, en la comedia, es la notación que se pone al entrar en escena como una Diana cazadora, “tendido el cabello, con su arco y flechas” (I, 304-b). No obstante, otros personajes se encargan de encarecer la belleza extraordinaria de la princesa guanche. Así el pastor Manil dice, cuando la ve ir a bañarse a la laguna:

Por ver si tanta hermosura
y peregrina belleza
igualó naturaleza
a la exterior compostura

(LOPE, I, 308-b)

O cuando Castillo la contempla, por vez primera, reflejándose su gentil figura en las aguas:

—,Qué bello hermoso mancebo,
si por dicha no es mujer,
como lo muestra el cabello!

(LOPE, I, 309-b)

Sin embargo, a pesar de que todas las reacciones de la Dácil de Lope se produzcan como las de la típica dama de una comedia de capa y espada del siglo XVII, hay una adivinación, un no sé qué de naturalidad y primitivismo, que la acercan a la verdad histórica. Podrá tener una mezcla de picardía e inocencia, como al insinuarse al capitán español:

—Por lo que en tu trato advierto,
o tú eres el más honrado
del mundo, o yo no te agrado,
que debe de ser lo cierto.

(LOPE, I, 311-b);

o la hace jugar, dentro de las reglas del conceptismo amoroso, poniendo en su linda boca frases como esta:

—Y toma aqueste cordón
en señal de que me pesa
de no ir contigo presa,
quedando en mayor prisión.

(LOPE, I, 312-a);

o, celosa de su honra, le exige palabra de matrimonio a Castillo, que ya había disfrutado de ella:

—Jura de ser mi marido,
pues te precias de hidalgo

(LOPE, III, 332-b),

como haría cualquier dama de la época que se trasladara al teatro o a las novelas. Pero esa entrega natural, ese dominio femenino

sobre el hombre, ese sentimiento de espera, de soledad y de desamparo son otros tantos rasgos de adivinación sutil del personaje a través de la sensibilidad de nuestro gran dramaturgo.

De los otros personajes de la Comedia, aunque sean sólo circunstanciales o secundarios, vale la pena citar algunos, como Sileno, el agorero real de los guanches, que tiene su antecedente en el Guañameñe de Viana, que, a su vez, como ya vio María Rosa Alonso, viene de la obra del P. Espinosa, aunque con influencia del zahorí Puchecalco de la *Araucana*. La profecía que el poeta tinerfeño pone en boca del adivino es mucho más cruda y no deja casi posibilidad a la esperanza, lo cual justifica, en cierto modo, la cólera de Bencomo:

—Por el cerúleo mar vendrán nadando
pájaros negros de muy blancas alas,
truenos, rayos, relámpagos echando,
señales propias de tormentas malas,
dellos saldrán a tierra, peleando,
fuertes varones con diversas galas

Conquistarán por armas esta tierra.
sin que puedas hacerle resistencia:
que el cielo, en su furor, nos hará guerra
con brava y contagiosa pestilencia;
cuanto Nivaria y su distrito encierra
a de dar a sus reyes la obediencia,

(VIANA, III, 72-73)

En cambio, el “agorero bárbaro” de Lope es más prudente, y aunque sus palabras y hasta las figuras poéticas (ya de tradición clásica) y las predicciones sean semejantes, queda el destino en manos no de los hombres, sino del cielo y la fortuna:

—Vuelven tercera vez con alas blancas
aquellos negros pájaros de España
que, como ya sabéis, llaman navíos
La determinación con que ya llegan
es de morir o conquistar la Isla
Esto alcanzo, esto sé, esto te digo:

agora, ordene el cielo tu remedio,
que aún está la fortuna de por medio

(LOPE, I, 305-306.)

Además, como se ve, Lope no afirma la victoria y la conquista de los españoles, sino sólo su determinación y su valentía temeraria. Añade Sileno una queja sobre la superioridad del armamento, las naves y el vestido de los invasores, pero su espíritu no es derrotista como el del agorero de Viana, lo que provoca la reacción del mencey y su bárbara muerte.

Por último, completan la comparsa de los personajes isleños de la Comedia: el capitán Siley, que tiene un lejano parentesco con el Sigofne de Viana, y los dos soldados pastores, Manil y Firán, creaciones lopescas necesarias según la concepción y desarrollo de la comedia. Manil, sobre todo, es una especie de pastor arcádico combinado con el gracioso tradicional, y así le vemos en escenas picarescas, como la del baño de la infanta, o en la búsqueda del alma en el bello cuerpo de Dácil, donde dice frases tan subidas de color como las de un "bodeville" moderno:

—Desnúdate, y por ventura
la hallarás donde sospecho

(LOPE, II, 316-b);

o en escenas simplemente cómicas, como cuando, sin saber lo que contenía, se emborracha con una bota de vino, en compañía de su dueña, con la idea de ir al paraíso. Pero también sirve este personaje, a Lope, para presentarnos una crítica de la sociedad civilizada, cuando pone en boca del salvaje Manil sus opiniones sobre el vestido:

—¿Cómo podéis tener fuerzas
para las nuestras iguales,
atacados y ceñidos
por el cuerpo en tantas partes?

(LOPE, I, 314-a.)

Todo su discurso es una defensa de la vida libre y de la ropa holgada, que sólo unos siglos más tarde triunfará.

Después, como ya hemos indicado, en el tercer acto, Lope transformará al personaje, por la intervención de lo maravilloso. Y tanto Manil como Firán serán los pastores de la leyenda piadosa de la Virgen de la Candelaria, que se inserta en la Comedia. He aquí su profesión de fe ante el milagro.

—En vos desde hoy más confío,
y por mi dueño os abrazo,
pues, yendo a tener el brazo
del rey, me disteis el mío

(LOPE, III, 329-b)

Sin embargo, el personaje, ya depurado de sus picardías, sigue siendo el gracioso y hasta el adalid de la asimilación de lo guanche a lo español. Firán, comparsa de Manil en la escena del baño y en la aparición de la Virgen, será también objeto de lo maravilloso-cristiano, y luego, igualmente, amigo del capitán Castillo.

—Si este español generoso
no vuelve la guerra en paz

(LOPE, III, 333-a)

Aquí quedan, pues, dibujados los dos grupos de personajes: los españoles y los guanches, que Lope enfrenta en su Comedia. Con ello ya podemos explicar el antagonismo entre ambos pueblos, base estructural de la acción dramática, lo mismo que haría, por ejemplo, en *El Villano en su rincón*: París, con el rey y sus cortesanos, frente a la Aldea, de Juan Labrador y sus familiares y criados; lo mismo en *Los guanches de Tenerife*: nobleza y soldadesca de los españoles frente al primitivismo y la inocencia de los guerreros y pastores guanches.

2) EL ANTAGONISMO HISPANO-GUANCHE.

En el primer acto de la Comedia el antagonismo se plantea entre los dos héroes principales: el protagonista de la invasión, D. Alonso

de Lugo, y el antagonista de la defensa de la Isla, el rey Bencomo. Del mismo modo que D. Alonso hace una arenga a los suyos al llegar a Tenerife, donde habla de los

Valerosos españoles
que en la patria fuisteis soles,

(LOPE, I, 303-a),

cosa que el mismo Bencomo reconoce en un discurso paralelo:

Lo que le falta en fuerzas, tiene en ánimo;
pero debo estimar el alto ingenio
con que saben hacer cosas tan raras,

(LOPE, I, 306-a),

así también D. Alonso juzga a los guanches con cierta estimación:

A probar los belicosos
brazos que ya conocéis,
de sus bárbaros famosos

(LOPE, I, 303-b)

Tinguaro y Sileno son los que se encargan de hacer la apología de los súbditos nivarios, porque Bencomo sólo afirma su confianza en ellos, serenamente:

—Bien sé que tengo yo vasallos tales
que sabrán defenderme y ofendellos

(LOPE, I, 306-b)

Queda así planteado, desde el principio, el antagonismo como el enfrentamiento de la inteligencia ante la fuerza bruta, reconocido por ambos caudillos, que además, naturalmente, confían en el valor y en el ánimo de sus soldados.

Después se pasa al terreno religioso: frente a la invocación de D. Alonso a San Miguel, como arcángel de la hueste celestial, al que ruega:

Eche al demonio de sí,
como salió de Canaria

(LOPE, I, 303-b),

está la orden y recomendación de Bencomo para ir a rogar a su dios y a ofrecerle sacrificios:

—Pero venid conmigo y aplaquemos
al sol, que por ventura está enojado

(LOPE, I, 306-b)

Así, pues, el segundo término del antagonismo se plantea en la piedad cristiana de los españoles y la extraviada idolatría del dios-solar de los indígenas nivaros.

Como prolongación de este antagonismo valorativo de españoles y guanches, tenemos las opiniones de los más nobles seguidores de ambos bandos. Así como D. Lope de la Guerra confirma su decisión de combatir y ratifica las razones de la conquista:

—Y así es cosa necesaria,
puesto que en valor exceda
a los bárbaros pasados,
o conquistarla, o morir
como españoles soldados

(LOPE, I, 304-a),

frente a ello Tinguaro anima a su rey a resistir, basándose en la fuerza de sus guerreros, que opondrán sus fuerzas a la astucia de los invasores:

—Vengan los españoles, vengan, traigan
riquezas, que nos dejen, de sus tierras,
... ..
Vasallos tienes que sabrán quitárselas
y resistir su furia ¿De qué temas
la fuerza de unos hombres embaidores,
... .. ?

(LOPE, I, 306-a)

Mas el capitán Castillo resume, en pocas palabras, su confianza en la religión y en el valor de sus generales:

—Después de lo que debemos
a la fe que profesamos,
hasta morir seguiremos
los dos nortes que llevamos,

(LOPE, I, 304-a.)

Y, un poco más abajo, basa su indiscutible triunfo futuro en las hazañas de los españoles reconocidas por todo el mundo:

—¿Qué bárbaros, qué demonios
no han de temblar, si han temblado
los que hoy rinden testimonios
por todo el mar conquistado?

(LOPE, I, 304-a.)

Este antagonismo, pues, se plantea también en el terreno de la fe, en el valor de los jefes y en la tradición victoriosa de los españoles, mientras que los guanches sólo cuentan con su fuerza corporal y su destreza en la lucha. Por eso Sileno dirá, como un nuevo Quijote anticipado:

—Si ellos fueran valientes, cuerpo a cuerpo
probaran nuestras fuerzas

(LOPE, I, 306-a)

¿No habrá, en las palabras del mismo Sileno, una iniciación del tema planteado también por Cervantes ante la progresiva desaparición del noble guerrero y la aparición del nuevo hombre que desea adaptarse a la nueva técnica, aunque al mismo tiempo la crea injusta?

—¡Quién supiera como ellos hacer aves
de madera labrada, lenzo y cuerdas,
con que volar encima de las aguas!
¡Quién armas de metal resplandeciente,
con que resisten nuestras duras flechas!

(LOPE, I, 306-a)

Al final del acto primero hemos señalado, más arriba, una derivación cómico-burlesca del antagonismo español civilizado y el guanche salvaje, a cargo de la figura de Manil. Los términos de la oposición se establecen entre los vestidos que llevan ambos:

—Ni es posible que se ensanche
con tan estrechas ropillas
el corazón por las carnes
Acá sí que, en traje libre,
hallaréis nombres gigantes

(LOPE, I, 314-a)

Pero este antagonismo, con todos sus términos antitéticos, se ha de resolver en una conciliación de las partes opuestas, pues de otro modo el motivo principal de la comedia no tendría razón de ser. Esta zona de conciliación o de contacto civilizado-salvaje se expresa en el mito dácilo iniciado en el primer acto, con el encuentro de los protagonistas de la leyenda.

Al pasar al segundo acto, Bencomo se autodefine como prototipo del salvaje feliz e independiente, y del mismo modo que, en *El Villano en su rincón*, Juan Labrador no tiene deseos de conocer al rey de Francia, tampoco el rey de Taoro desea ir en busca de la pompa y la riqueza de los españoles, como ellos vienen en busca de su pobreza; y le inquieta

—Ver que despiertan mi olvido,
por dicha, ¿voy a buscar
a los españoles yo?

(LOPE, II, 315-b)

Insiste Lope, en el mismo acto, en presentarnos otra visión del salvaje, con las palabras del capitán Siley, donde vuelve a oponerse la sencillez y la pobreza de la vida patriarcal del rey

Sin aparato y grandeza,
sin palacios y sin guardas

(LOPE, II, 323-a).

frente a los españoles, que, según los indígenas, a pesar de sus riquezas y de sus armas, no dudan en buscar ingeniosos subterfugios y hechicerías para vencer a las inocentes almas libres y salvajes. Esto conduce a un desafío al estilo medieval, y, por lo tanto, al enfrentamiento, en el terreno de la acción, que termina, en esta primera fase, con el triunfo de lo guanche sobre lo hispánico.

Mas la zona de conciliación y contacto, que en el acto anterior se inicia entre los nobles, ahora desciende al pueblo: a los pastores y a los soldados. Manil es el primero que muestra claros síntomas de esta influencia:

—Aunque al español traté
poco tiempo y de camino,
a su valor peregrino
aficionado quedé

(LOPE, II, 316-a)

El mismo sentido pueden tener las parejas Trujillo-Palmira y Valcázar-Erbasia. Y así cuando el capitán Trujillo intenta la aproximación explicando los propósitos de los españoles con razones de amistad y de fe, es la bárbara Palmira la primera en aceptarlas. Por eso dice refiriéndose a sus compatriotas:

—Sé que engañados están,
pero ¿cómo dejarán
por ese tu Cristo al sol?
Cuanto a mí, yo te prometo
que le quiera desde aquí

(LOPE, II, 318-a)

Ella misma resume el proceso de unión y rendimiento amoroso, que luego ha de ser ratificado por las leyes cristianas al final de la obra.

Así como en el acto primero y segundo son dos hechos humanos, aunque el primero sea casi mítico —los amores de Dácil y Castillo— y el otro natural e instintivo —los juegos sexuales de los soldados españoles y las jóvenes guanches—, los que representan el acercamiento entre los dos pueblos, en el tercer acto la interven-

ción de lo sobrenatural es lo que vendrá a conciliar los términos antagónicos del civilizado y el salvaje. No podía resolverse de otro modo la conciliación de dos mundos tan contrapuestos sino sólo por medio del milagro y la religión cristiana: no era bastante la unión de las almas y la de los cuerpos. Para resolver ese antagonismo era necesario una fuerza supranatural que sólo podía darla la verdadera religión de Cristo.

En realidad, en esta parte de la obra, ya no se puede hablar de antagonismo en el mismo sentido que en los actos anteriores, es decir como paralelismo de opuestos méritos combativos, opuestas religiones, opuestas maneras de vivir, sino más bien como un proceso de características, que terminarán por revelarnos el verdadero sentido de la creación de los personajes.

Aunque todavía vemos al rey guanche echando bravatas, un tanto inocentes, antes de la última batalla:

—Este pino que veis que agora calla,
dará a sus naves golpes que las hunda

(LOPE, III, 329-b),

como si se tratara de un gigante al estilo de Polifemo, después de la derrota todo se transforma en desaliento y desesperanza. Pero este proceso del carácter de Bencomo ya lo conocemos. Lo que aquí nos interesa es señalar lo siguiente: a medida que el héroe guanche descubre, por lo sobrenatural, el verdadero camino de la sencillez y de la humildad precristiana, los españoles siguen un camino inverso: la victoria les ensoberbece y les llena de esperanza codiciosa. Y si Bencomo ve al Arcángel que le comunica el triunfo del cristianismo identificado con el triunfo de los españoles

—Yo aquestas Islas conquisto,
ya el Evangelho de Cristo
quiere tomar posesión

(LOPE, III, 337-a),

a D. Alonso también le es anunciado por el mismo Ángel el definitivo triunfo de las armas cristianas de los reyes españoles, terminando por recomendarle que busque “en este monte un tesoro”.

Esto no es tomado por los invasores en el sentido espiritual y milagroso que tenía, sino en el que sentían sus corazones llenos de codicia de cosas terrenas y materiales, que les lleva a ver, aunque momentáneamente, en la pobre y desnuda Isla nada menos "que un monte de oro". Frente a este afán está la sencilla respuesta de Bencomo, que establece el definitivo término del antagonismo: riqueza material de los españoles, riqueza espiritual de los isleños, que señala el tesoro en el propio seno de los canarios sometidos a la grandeza de una religión y de un imperio superior:

—Si buscáis, cristianos fuertes,
oro, perlas, piedras, plata,
no lo hallaréis escondido,
sino es en nuestras entrañas

(LOPE, III, 339-a)

3) LA POLÉMICA DE LA CONQUISTA DE CANARIAS.

Para cerrar nuestro ensayo, que acaso se ha extendido demasiado, es interesante ver algunos pasajes de las dos obras dramáticas de Lope a la luz de las polémicas teológico-jurídicas que se producen en España ante el descubrimiento y conquista de las nuevas tierras. Latentes estaban aún, en la época de Lope, las opiniones de Ginés de Sepúlveda, de Vitoria y de Bartolomé de las Casas sobre la licitud o derecho de los españoles para el gobierno y evangelización de los pueblos descubiertos más allá del Atlántico.

Llegaba hasta la época en que se inició la conquista la opinión medieval, derivada de una falsa interpretación de un texto de Aristóteles, de que los hombres salvajes o bárbaros eran siervos por naturaleza. Esta idea halló eco, en parte, en algunos teólogos españoles, como Ginés de Sepúlveda, que admitía hacer la guerra a los pueblos salvajes como preparativo a la predicación del Evangelio, y el derecho a someterlos por la fuerza e imponerles nuevos dueños si eran idólatras, tiranos o simplemente inferiores al pueblo conquistador.

Algo de todo esto se refleja aún en estas obras de Lope. Aunque *San Diego de Alcalá* está compuesta en las postrimerías del Rena-

cimiento, se nota cierto primitivismo en la concepción de la obra, acaso derivado de sus fuentes hagiológicas. Así, cuando San Diego es enviado a Fuerteventura, para los españoles aquella era una tierra de salvajes, donde ha habido que ejercer la violencia para imponer la religión:

para bien de aquella tierra
y hacer al demonio guerra
a Canaria le envió
que es bárbara aquella gente,
y no conocen a Dios

(LOPE, *San Diego*, II)

Y el mismo concepto demoníaco de los bárbaros se encuentra en las obras de Lope que tratan tanto de los canarios como de los indios. Así, en *Los guanches*, cuando D. Alonso de Lugo habla de sus propósitos de conquista en Tenerife, sus palabras parecen una continuación del anterior pasaje:

Eche al demonio de sí,
como sahó de Canaria

(LOPE, *Los guanches*, I, 303-b)

Una réplica teológico-alegórica a esta concepción dramatizada aparece en una escena de la comedia *El Nuevo Mundo*, de Lope, donde uno de los personajes dice, refiriéndose a las Indias por descubrir: "El demonio en ellas vive", hasta que aparece la Providencia y lo expulsa para que entren en posesión de ellas la Religión, guiada y protegida por los Reyes Católicos.

Por otra parte, aunque Lope compusiera estas obras más con elementos literarios o histórico-legendarios que reales, no podía sustraerse a cierta atmósfera de ideas, latentes en su tiempo. Y así no pudo desconocer la bula de Alejandro VI, dada el 4 de mayo de 1493 (precisamente un año antes del primer desembarco de los españoles en Tenerife), donde se otorgaban ciertos privilegios para la evangelización de las tierras recién descubiertas; y tampoco desconocería la exégesis del P. Francisco de Vitoria a esta bula, en la que sostenía que los príncipes cristianos no pueden, ni aun con

la autoridad del Papa, castigar a los bárbaros. Por esto los españoles que “navegaron por primera vez hacia las playas de los bárbaros no llevaban consigo ningún título para ocupar aquellas tierras, que no eran deshabitadas, sino que tenían señores propios”⁸⁶. Cosa en la que estaba también conforme el exagerado historiador y defensor de los indios, Fray Bartolomé de las Casas. Pero en la obra de Lope sobre *La vida de San Diego* más bien parecen reflejarse las ideas más ponderadas del P. Vitoria, como, por ejemplo, en el postulado que dice que “los bárbaros no están obligados a creer sin argumentos y motivos de credibilidad”, como son, en este caso, la palabra y los milagros de San Diego, que hace decir a un hermano del convento franciscano:

—Ya que en Fuerteventura se convierten
por sus palabras tantos, que parece
que Dios le ha dado gracia como apóstol

(LOPE, *San Diego*, II, 522-b),

o sea el don de lenguas y el de hacer milagros que Cristo les prometió a los Doce. Y lo mismo ocurre en *Los guanches de Tenerife*, donde los nivarios se convierten, finalmente, no por la palabra o la violencia de los conquistadores, sino por ciertos hechos sobrenaturales, como la visión del Arcángel o los milagros y prodigios realizados por la imagen de la Virgen entre los propios nativos, que hace exclamar al simple Manil:

En vos desde hoy confío,
y por mi dueño os abrazo

(LOPE, *Los guanches*, III, 329-b),

o rendirse definitivamente al rey Bencomo, cuando, al final de la Comedia, dice, en nombre de su pueblo:

Por ella todos queremos
de vuestro bautismo el agua

(LOPE, *ídem*, III)

⁸⁶ Vid. R. Menéndez Pidal: *El P. Las Casas y Vitoria*, “Col. Austral”, número 1.286, Madrid, 1958, págs. 14-15.

De aquel postulado del P. Vitoria se desprende que “si los indios no atienden a esa proposición no persuasiva los españoles no pueden hacerles guerra”. Cosa que ocurre de hecho cuando San Diego intenta desembarcar en Gran Canaria para tratar de convertir a los canarios por medio de la predicación, y aunque él quiere quedarse a recibir el martirio para dar testimonio de su fe, el capitán de la expedición le obliga a reembarcar. Pero, prueba de que el proyecto de evangelización no estaba totalmente de acuerdo con esta norma de Las Casas y de Vitoria, es que el propio franciscano de Fuerteventura, antes de su aventura, hace un balance de las fuerzas que le van a acompañar, y dice de ellas:

—Verdad es que son pocos, aunque es gente
ejercitada, práctica y valiente,
y los bárbaros son muchos .

(LOPE, *San Diego*, II, 522-b)

Y también. luego, cuando hace un resumen de las posibilidades de la conversión de los isleños, los clasifica, como ya hemos visto, por su docilidad u hostilidad a la predicación evangélica. Pero admite la posibilidad de la guerra de conquista como único medio para la conversión de los bárbaros de Gran Canaria y Tenerife:

—Los de la Canaria Grande
defienden que entren en ella,
pero si los conquistase
el Rey, como en Dios espero
(aunque tiempos adelante),
también la fe tomarían,
puesto que es gente intratable,
y más los que guanchos llaman
que allá en Tenerife caen

(LOPE, *San Diego*, II, 527-a)

Con ello se abre una puerta a la teoría de la conquista, que el Padre Las Casas no aprueba de ningún modo, pero que defiende, en varios títulos, el P. Vitoria, y encontramos su plena aplicación en la dramatización de *Los guanches de Tenerife*.

En *San Diego de Alcalá*, a pesar de la idealización de los ca-

narios, que aparecen en estado idílico (como no podía ser menos en plena época del auge bucólico y virgiliano de la novela pastoril), sólo representa, en todo caso, la primera fase de la polémica sobre la conquista, en la que todos estaban de acuerdo: la evangelización pacífica de los naturales de las tierras descubiertas, que por otra parte, en este caso, tienen sus precedentes históricos en los primeros evangelizadores de Canarias que sufrieron martirio en ellas.

Representa, en parte, *Los guanches de Tenerife*, respecto a la fase de la polémica de los derechos de la conquista, en la mente de Lope, la aplicación práctica de los postulados de Ginés de Sepúlveda, o sea: realizar la guerra de conquista, como pueblo superior y como preparación a la evangelización. Pero si este sentimiento se refleja, por ejemplo, en las palabras de Castillo cuando éste desprecia al enemigo:

—¿Qué estáis tratando si tienen
o no tienen estos fieros,
que con las bestias convienen?

(LOPE, *Los guanches*, I, 307-a),

también cuando habla D. Alonso, que debe representar la ideología de los conquistadores, sus palabras vienen a señalar los títulos que expone el P. Vitoria para justificar el dominio de los españoles sobre los pueblos bárbaros. En primer lugar, Lugo cuida de indicar que acuden a Tenerife por “tercera vez animosos”, es decir, después de haber sido rechazados dos veces, con lo que quiere justificar su nueva intentona en nombre del salvajismo que no quiere aceptar el yugo de la religión:

—Mas nuestra justa intención
es resistir su fiereza.
¡Ah, piadosa Religión!

(LOPE, *idem*, I, 303-b.)

Esto corresponde a la puesta en práctica del segundo título legítimo de conquista defendido por Vitoria, que dice: “si los bárbaros permiten la predicación, ora reciban la fe, ora la rechacen, no puede haber guerra ni ocupación de las tierras; pero si impiden

la libre evangelización, hacen injuria a los españoles y dan motivo a guerra justa, que puede conducir a ocupar tierras y a deponer a sus señores..."⁸⁷. Ampliación de este postulado es el que indica que el Papa, aunque no tenga potestad temporal, pudo encomendar a los Reyes hispánicos la predicación de las Indias, y por eso, a su vez, D. Alonso, cuando esgrime sus razones frente a Bencomo, dice:

—Vengo a obedecer no más
lo que mis Reyes me mandan:
que reduciros desean
a la ley de Cristo santa

(LOPE, ídem, II, 324-a)

Y como los enemigos de estos principios, especialmente el Padre Las Casas, opinaban que se encubría tras ese afán de dominio o evangelización la codicia de los españoles (argumento que Lope pone en boca de los guanches), D. Alonso continúa refutando esa imputación:

—A Fernando y a Isabel,
que así mis Reyes se llaman,
no obliga humano interés:
obliga piedad cristiana.
Que no habemos menester
tierra, sobrándoles tanta
en Castilla y Aragón,

(LOPE, ídem)

Esto parece contradecirse con el carácter mismo de los personajes españoles de la Comedia. Pero no debemos achacarlo a un descuido de Lope, pues bien sabía él que las nobles teorías, en la práctica humana, se convertían, con frecuencia, en duras realidades. Por lo contrario, debemos alabar su sentido realista, que le lleva a concebir héroes de carne y hueso con ideas sublimes y pasiones bajas. Y si, en la reunión de D. Alonso con sus oficiales, aquél habla de los repartimientos de la Isla antes de iniciar la campaña:

⁸⁷ Op. cit. M. Pidal, pág. 23

—Que della seréis señores,
y como conquistadores
la repartiréis, ganada
por los filos de la espada,

(LOPE, ídem, I, 307-a),

es porque esta conquista queda justificada: 1.º, por la resistencia de los guanches a permitir la propagación de la fe de Cristo, y 2.º, porque se oponían al primer postulado emitido por el P. Vitoria, que se basa en la “universal sociedad humana y la natural comunicación de los hombres”. Apoyándose en esto, los españoles tenían derecho a comerciar, cambiando sus mercancías por el oro y la plata que en las Indias abundaba, pero además podrían también explotar “los campos que tienen abandonados”. Y a esto puede referirse cuando D. Alonso añade, en su anterior discurso:

—La tierra es bella, y podría
tener en sí más provecho
del que por bárbaros cria

(LOPE, ídem)

Claro que Lope, al enfrentar al pueblo guanche con el español, como ya hemos visto, utiliza también el argumento del otro término de la polémica, que representa Las Casas, aunque vaya acompañado de otros elementos idealizadores del salvaje, derivados de la tradición literaria virgiliana e idílica. Según esto, los españoles no tenían ningún derecho para comerciar, dominar o hacer guerra a los bárbaros, por la sencilla razón de que ellos vivían bajo gobiernos y leyes, la mayoría de las veces, más morales y justas que las de sus conquistadores. Esta manera de concebir el problema lo pone en boca de los guanches, y así vemos reflejado, en las palabras de Manil, este sentido idílico de ver a los salvajes:

—Pobres cabañas tenemos;
leyes, no hay quien las quebrante:
acá no hay hombre que mienta.

(LOPE, ídem, I, 314-b.)

Y a continuación habla de los caciques, reyezuelos o menceyes, como casi equiparables a los monarcas absolutos de los reinos europeos:

ni a su Rey se atreve nadie:
lo que él manda, se obedece,
lo que él quiere eso se hace.

(LOPE, idem.)

Así se explica que Las Casas opinara que ante reyes tan perfectos no podía haber ningún derecho justo que pretendiese derrocarlos o sustituirlos por otros mejores.

En varios pasajes es este mismo esforzado y bondadoso rey, prototipo del buen salvaje del tópico renacentista, quien expone los puntos de vista de la teoría del P. Las Casas, encaminada a demostrar lo injusto de la conquista. Así, dirigiéndose a su dios, dice:

—Vuelan encima de la mar, furiosos,
trayendo en sus entrañas esta gente
que nos molesta con tan varias armas,
y nos quiere arrojar injustamente
de aquella patria que nos diste propia

(LOPE, idem, I, 306-a)

Y argumenta con la razón fundamental que ratifica mil veces el famoso autor de la *Destrucción de las Indias*: “que nunca los indios de todas las Indias hicieron mal alguno a cristianos hasta que, primero, muchas veces, hubieron recibido de ellos o sus vecinos muchos males, robos y muertes”^{ss}. Todo lo cual, traducido en la boca de Bencomo, dice así, en varias ocasiones:

—¿Voy yo, por dicha, a conquistar a España?
¿Tengo pájaros yo que allá me lleven?
¿Codicio las mujeres de su tierra,
las galas que se visten ?

(LOPE idem, I, 306-a)

^{ss} Vid op cit M. Pidal, pág 53

Y vuelve a insistir, más adelante, con el mismo argumento, que parece reflejar la machacona repetición empleada por el defensor de los indios:

—Por dicha, ¿voy a buscar
a los españoles yo?
¿Qué pájaro me llevó
por encima de la mar?

(LOPE, II, 315-b)

Así que los españoles no tienen ningún motivo para hacer la guerra a los salvajes, porque son buenos, porque están bien gobernados y porque, además, no han salido de sus tierras para ir a ofender a nadie. Por otra parte, no es cierto que los invasores vienen a propagar la fe, ni la religión, ni a imponer la justicia, ni tan siquiera a comerciar o a explotar sus tierras, sino sólo, por codicia de riquezas, a someter y esclavizar, sin razón, a un pueblo sano y feliz.

Por eso, hacia el final de la obra, y para hacer una última concesión a los que, con Las Casas, creían que todos los argumentos de sus compatriotas no encubrían sino la más baja codicia, Lope hace incurrir en este pecado a los más famosos capitanes de la expedición a Tenerife. Es el propio D. Alonso quien, ofuscado por una revelación del Arcángel San Miguel mal interpretada, reúne a sus oficiales para decirles:

—Lo que os dije del tesoro,
no hay sino luego intentar
cómo se puede buscar:
que si en Tenerife hay oro,
¿cuáles Indias son como ella?

(LOPE, III, 338-a.)

Y ni siquiera con la rendición de los guanches y la humilde y significativa afirmación de que el tesoro existe, no en la tierra, sino en sus entrañas, cesa ese afán de riquezas:

—Que lo que dicen las lenguas
es lo que sienten las almas.
¿a qué parte deste monte
hay minas de oro y plata?

(LOPE, III, 339-a)

Pero, como hemos dicho, Lope no basa su Comedia en teorías o polémicas, sino sobre las realidades de su tiempo, y sus personajes han de tener flaquezas como todos los seres humanos. Además, el pensamiento de nuestro autor no se identifica con el de Fray Bartolomé de Las Casas, pues, tanto en esta obra como en otras, ese argumento en contra de los conquistadores se transforma y se sublimiza, para convertirse en un tesoro simbólico y divino, lleno de riquezas celestiales, representadas por la aparición de la Virgen, patrona del Archipiélago Canario.

En la comedia de Lope, ya citada, *El Nuevo Mundo descubierto por Colón*, vemos claramente reflejada, en las personificaciones escénicas de la Religión y la Idolatría, la polémica ideológica en torno al hecho de la conquista de los llamados pueblos bárbaros. La Idolatría hace de fiscal, como el P. Las Casas:

—Pues los lleva la codicia
a hacer esta diligencia
so color de religión:
van a buscar plata y oro
del encubierto tesoro

(LOPE, *Nuevo Mundo*, I, 351-b.)

Y la Prudencia contesta, seguramente por boca de la opinión general y por el buen sentido realista, que sería el de Lope mismo:

—Dios juzga de la intención:
si El, por el oro que encierra,
gana las almas que ves,
en el cielo hay interés,
no es mucho que le haya en la tierra.

(LOPE, ídem)

Esta respuesta serviría, sin duda, para justificar la actitud de don Alonso y los suyos, que, aunque codiciosos de tierras y riquezas, llevan siempre como fin la expansión de la cultura y la religión a las nuevas Islas conquistadas. Y por encima de todos, quedan siempre los Reyes, a los que no puede alcanzarles ese pecado, pues, como hemos visto, a ellos

no obhga humano interés;
obhga piedad cristiana.

En *El Nuevo Mundo*... da por supuesto este desprendimiento generoso del Rey

Y del cristiano Fernando,
que da principio a esta empresa,
toda la sospecha cesa

(LOPE, *Nuevo Mundo*, I, 351-b)

En resumen: podemos afirmar que Lope, aunque recoge los puntos de vista de la polémica jurídico-teológica promovida en torno a la conquista de las nuevas tierras para utilizarla como elemento dramático y antagónico de su Comedia, se inclina más por la opinión realista del P. Vitoria, aunque, en algunos casos, asome, junto a las fanfarronadas de los españoles, los extremos tiránicos de Sepúlveda, y por el otro, en los guanches, las exageraciones utópicas de Las Casas. Mas, por encima de todo, triunfa el carácter de los personajes y el sentido simbólico de la Comedia, donde Lope logra representar la realidad humana de la conquista de las Canarias como el P. Vitoria supo interpretar la realidad histórica y jurídica de toda la conquista hispánica.